¿Quién es esa chica?



ALANA & MALEK

LIBRO 1

IVONNE VIVIER

Título: *¿Quién es esa chica? - Alana y Malek - Libro 1.*
© 2025, Ivonne Vivier
De la edición y maquetación: 2025, Ivonne Vivier
Del diseño de la cubierta: 2025, Cálice Servicios Editoriales
Copyright **Case #:** 1-14690817848
Primera edición: Febrero, 2025
ISBN: 9798313124650
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

¿Quién es esa chica?

ALANA & MALEK



Índice

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1 - Malek

Capítulo 2 - Alana

Capítulo 3 - Malek

Capítulo 4 - Alana

Capítulo 5- Malek

Capítulo 6 - Alana

Capítulo 7 - Malek

Capítulo 8 - Alana

Capítulo 9 - Malek

Capítulo 10 - Alana

Capítulo 11 - Malek

Capítulo 12- Alana

Capítulo 13 - Malek

Capítulo 14 - Alana

Capítulo 15 - Malek

Capítulo 16 - Alana

Capítulo 17 - Malek

Capítulo 18 - Alana

Capítulo 19 - Malek

Capítulo 20 - Alana

Capítulo 21 - Malek

Capítulo 22 - Alana

Capítulo 23 - Malek

Capítulo 24- Alana

Capítulo 25 - Malek

Capítulo 26 - Alana

Capítulo 27 - Malek

Capítulo 28 - Alana

Capítulo 29 - Malek

Capítulo 30 - Alana
Capítulo 31 - Malek
Capítulo 32 - Alana
Capítulo 33 - Malek
Capítulo 34 - Alana
Capítulo 35 - Malek
Capítulo 36 - Alana
Capítulo 37 - Malek
Capítulo 38 - Alana
Capítulo 39 - Malek
Capítulo 40 - Alana
Capítulo 41 - Malek
Capítulo 42 - Alana
Capítulo 43 - Malek
Capítulo 44 - Alana
Capítulo 45 - Malek
Capítulo 46 - Alana
Capítulo 47 - Malek
Capítulo 48 - Alana
Capítulo 49 - Malek
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Los libros de Ivonne

Sinopsis

Lo tenía muy bien calculado, había pensado cada detalle, hasta que una imprevista revelación lo cambió todo. Me vi obligada a precipitar mi plan más arriesgado, usando el engaño como único recurso para protegerme.

Por eso estoy aquí y así lo conocí.

Tengo miedo. Miedo de lo que dejé atrás, de las sombras que siguen acechándome y de lo que pueda suceder si esto sale a la luz. Pero lo que más me aterra no es el caos que he creado, sino ÉL. Alguien que está complicando mi vida de formas que jamás imaginé. Derriba mis muros, sacude mis convicciones y transforma mis días en algo tan desconcertante como bonito.

Su mirada me hace bien, sus palabras me desafían, y reconocer estos sentimientos me llena de incertidumbre. El temor a quedar al descubierto es tan real como lo que él provoca en mí.

No sé si estoy preparada para sentir. Pero sí sé que estoy lista para aprender y seguir adelante, dejando atrás las sombras del pasado.

Yo estuve en tu lugar, quizá, tú no en el mío.

Alana

Prólogo

Miro para un lado y otro. Sé que puedo parecer una loca de atar con estas pintas, además de por los nervios reflejados en la cara y mi cuerpo tenso. Me conozco y sé que soy incapaz de disimular mi torpeza cuando estoy en este estado.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —pregunta, con tono angustiado, el hombre de seguridad del hotel en el que me hospedo y por el que, ahora mismo, deambulo angustiada.

El pobre no dará crédito y lo entiendo.

—Estoy bien, gracias. Busco a mi amiga. No sé si recuerda a la chica de cabello oscuro y largo. La delgadita de los ojos grandes —le explico.

Este señor pasa eternas horas aquí parado y nos ha visto ir de aquí para allá haciendo barullo y sonriéndole en más de una oportunidad. Mis amigas y yo no pasamos desapercibidas para él, lo sé.

—Sí, claro. Sé de quién habla, pero no la he visto. Si lo hago, le aviso que la busca —dice y asiento, alejándome sin aclarar nada más y dando por hecho que, de verdad, se acuerda de ella.

Tropiezo con un par de parejas que van entrando y me disculpo sin mirarlos. Una de las mujeres no parece haber aceptado mis disculpas y murmura un par de improperios. Estoy girando sin decidirme si encaminarme hacia el pasillo de la derecha o hacia la zona del restaurante.

—¡Alana! —me gritan, y detengo mis pasos.

Me ilusiono de inmediato.

—¿Y? —Mi amiga Val se acerca dando largas y decididas zancadas. Tiene la misma cara de preocupación que yo. Y las mismas pintas.

Aunque su caso es algo diferente. Ella es alta, muy rubia, tiene los ojos rasgados y celestes, un cuerpo de modelo que da envidia y una sonrisa encantadora. Bueno, en este preciso instante está desdibujada. Su rostro entero habla de pánico, porque es un poquitín exagerada y dramática.

—Nada. Como si se la hubiese tragado la tierra. Vamos al comedor —ordena.

Es expeditiva y rápida para todo. Le pifia bastante por serlo, pero ¡quién le dice que no! En realidad, sí se lo decimos, pero no nos da tiempo. La pata la mete antes.

Ahora mismo, agradezco que sea así. La prefiero mandona y lanzada, porque yo estoy bloqueada.

Me toma de la mano y comienza a dar pasos kilométricos. Olvidé comentarte que mido poco más de metro y medio. Y mientras ella da un paso, yo corro tres.

Así, entramos al restaurante principal del hotel, que es uno de cuatro estrellas, de los caros y elegantes. Es que quisimos darlo todos estos días. Nos lo merecemos.

Frenamos un poco nuestro andar al percibir la tranquilidad que irradia el lugar. Seguro que conoces la sensación: la música suave de un piano tocado por manos hábiles, el susurro constante de la gente que disfruta de una velada amena, el golpecito suave de los cubiertos… Solo se aprecia paz y serenidad.

Nada de lo que sentimos ahora mismo Val y yo, pero lo disimulamos.

—Buenas noches, señoritas. ¿Necesitan una mesa para cenar? —pregunta el hombre de traje negro que nos mira detrás de un pequeño atril.

—No. Buscamos a Conny. ¿La recuerdas? La de cabello oscuro —explica Val moviendo las manos para describir el largo del pelo y la altura de nuestra amiga. Ella mueve las manos, siempre, para todo.

—No la vi entrar, señorita Val, pero si desea comprobarlo, adelante —dice el hombre y sonríe.

Miro a mi amiga con los ojos bien abiertos. ¡¿Hace un día y medio que estamos hospedadas aquí y ya conoce al *maître*?!

—Gracias, Otto —murmura ella, y vuelve a tirar de mi mano.

—¿Otto? —indago entre intrigada y envidiosa de su capacidad para hacer amigos. No puedo creer a esta mujer. Tiene un don.

—Siempre es útil tener contactos —declara con arrogancia.

Miramos por todos lados, saludamos a un par de comensales, que reconocemos de haber cruzado por ahí, y sonreímos a quienes nos piropean por nuestra ropa.

—Llamemos a Celine. A ver si ella la ha visto. Ya no sé por dónde seguir buscando —reconoce la rubia, de vuelta en la entrada del salón. Celine es otra de nuestras amigas, la pelirroja del grupo.

Tomo el móvil para seguir sus órdenes. Lo son. Su voz es firme y la solicitud, directa. Yo siempre obedezco. Mi personalidad es de esas.

Ya te contaré.

—¡Como si se la hubiese tragado la tierra! —exclama Celine. Mejor dicho, grita Celine, del otro lado de la línea.

—Ya la escuché —asegura Val, a un par de metros del móvil que tengo pegado a la oreja, y sonríe.

—¡Ahí está! —chillo, y me cubro la boca al darme cuenta de que lo hice—. Es ella, ¿no?

—¿A dónde? —pregunta Celine, intrigada, porque claro, no ve para dónde señalo.

—En la piscina —le respondo, y corremos hacia afuera sin pensarlo dos veces.

—¡¿Con lo que llueve?! —reniega la pelirroja en mi oído y corto la llamada para poner al cubierto el móvil. Lo guardo en el bolsito de mano que llevo cruzado en el cuerpo y patino nada más dar un paso bajo el agua.

—¡Me mato!

—Descalcémonos —manda la rubia, y lo hago.

Con los tacones, bellísimos tacones, en las manos, nos acercamos a Conny.

—Allí está la muy… —Celine aparece por un costado, con los bucles pegados a la cara y el maquillaje corrido por su sensual cara. La muy perra es sexy incluso con estas fachas—. ¡Ay, madre!

Tuerce el gesto al reparar en Conny, en su aspecto y abatimiento.

—No pinta bien —murmuro, porque claro que también lo advierto.

—La ahogo —asegura Val.

Creo que las tres pensamos lo mismo al ver los restos de rímel en las mejillas de Conny y la espalda curvada.

Un trueno nos hace tambalear y pegamos un gritito. Yo sola pego un gritito. Uno fuerte, en realidad, que llama la atención de nuestra amiga.

Gira la cabeza y nos ve. Eleva los hombros y vuelve a bajar la mirada a sus pies. Los tiene dentro de la piscina, los zapatos están a un costado de su cadera. Sentada allí, en el borde, bajo la torrencial lluvia nocturna, es la viva imagen de la derrota y la desesperanza.

—No, esto no pinta bien —asegura Celine, repitiendo mis palabras.

Nos sentamos una al lado de la otra, cerca de Conny, y yo soy quien la abraza. Ella apoya su cabeza en mi brazo y suspira.

—No pu… No puedo… No puedo hacerlo —balbucea, como si le faltase valor para pronunciar las palabras.

—Prefiero no escuchar —afirma Val poniéndose de pie.

Ambas se miran y lloran.

—Lo siento, Val. Entiendo si te pones de su lado —dice Conny.

—No se trata de lados. A ver… Val, hay una explicación y nos la dará ahora mismo. Conny, más te vale que sea razonable —sentencia Celine—. Val, siéntate, por favor.

La rubia toma asiento en el mismo lugar, con la duda reflejada en los movimientos.

—Si no me gusta lo que dice, me voy.

Acaricio el rostro de Conny, le quito el pelo que le cae por la cara y le despejo los ojos. Los tiene colorados de tanto llorar.

La lluvia no cesa y, cada pocos segundos, el cielo se ilumina con un relámpago.

Conny se quita la corona de penes de silicona y la banda que dice «Soy la novia». Las deja a un lado, junto a sus zapatos azules y suspira.

—No puedo casarme, chicas. No lo amo, o eso creo.

—Dante te adora —asegura Val, llorando.

—Y yo a él, pero no del modo que debería hacerlo.

Celine se pone en pie, refunfuñando. Se quita el macropene que tiene por collar, la vincha con cuernitos de diablo y las tetas de mentira que asoman por el escote de su vestido. No puedo dejar de comentar que es precioso, el vestido, digo. Tiene plumas, flecos, y ahora mismo, chorrea agua. Si mal no recuerdo, es de ese tipo de vestidos que dice en la etiqueta, en letras mayúsculas, «lavar en seco».

Un haz de luz nos ilumina una por una. Dos hombres se acercan con sendos paraguas y linternas.

—Lo siento, Val. No pueden estar en esta área a estas horas ni con este clima. Las tormentas eléctricas son peligrosas —señala uno de ellos.

—Entiendo —responde mi amiga.

—Estos paraguas son obsequios de la casa y traje unas toallas —agrega el muchacho, observando a Conny y poniendo carita de pena.

El chico debe tener unos veinte. Trabaja como coordinador de actividades en la piscina y Val no se perdió ninguna desde que llegamos al hotel. Por supuesto, que ya son «mejores amigos por siempre».

—¿Está bien? —me pregunta cuando me acerco a tomar los paraguas y las toallas, señalando con un gesto a la novia. Exnovia a partir de hoy, supongo.

Afirmo con la cabeza y luego, niego. Él hace una mueca de tristeza y se aleja con su compañero, en silencio. Hasta que llega a una terraza con techo, donde hay mesas, sillas y algunos sillones cómodos. Se gira y aclara:

—Pueden quedarse aquí. Deben mantenerse lejos de la piscina.

Nos ponemos de pie y seguimos sus indicaciones, yo la primera.

—¿Te quieres emborrachar, Conny? —pregunta Celine.

La nombrada asiente y perdemos de vista a la pelirroja por varios minutos. La vemos volver con un par de botellas y cuatro copas un rato después. Mientras sirve el líquido que prefiero no ver qué es, por la cantidad que sirvió, Conny comienza a explicarse.

—Hace poco más de un mes, se me cruzó por la cabeza la idea

de tomarme unos días, sola, lejos, en silencio, incomunicada. No lo hice, pero imaginarlo me supuso un antes y un después. Pensé en mi vida sin Dante desde entonces y no me agobié, no sufrí, no… Jamás había sentido la necesidad de huir de mi realidad y eso me sorprendió. Es una sensación oscura y desagradable.

Bajo la mirada y me miro las manos al escucharla. Giro mi anillo de bodas y me muerdo el labio.

Sé lo que es sentirse así, aunque no estén al tanto. Ninguna de ellas lo sabe. Mi secreto es pesado, asusta. Si se silencia, desaparece.

Mentira, no desaparece, se esconde.

Otra mentira.

Lo escondo yo y juego a desaparecerlo.

—Hacía más de diez años que no me sentía así. Desde…

—Mi hermano te quitó de esa angustia, Conny. Fue él quien te ayudó, quien te rescató. Dante es quien te amó, incluso, más que tú misma.

—Y lo quiero por eso. Mi agradecimiento será eterno, hacia él y hacia ustedes. —Inspira profundo y se aprieta las manos, nerviosa. Distingo una lágrima cayendo por su mejilla y no se la seca, la deja correr.

Me rompe el alma verla así.

—En estos días, pensé mucho y no creo que seamos felices juntos, Val. Son diez años de noviazgo y lo veo más como una costumbre que como verdadero amor —continúa y se angustia más al decir las últimas palabras.

—Le destrozarás el corazón y lo sabes —insiste Val con un tono de enfado que quiere evitar, pero no puede.

—No pensemos en Dante ahora. Conny nos necesita. Hoy estaremos para ella —ruega Celine.

Yo asiento mirando a Val. Celine le toma las manos y ambas se miran a los ojos. La veo confirmar sin ganas y suelto el aire que estaba reteniendo.

La entiendo. Su hermano mayor, Dante, es su única familia y lo adora. Se criaron prácticamente solos. La madre de ambos falleció cuando Dante tenía diecisiete y ella, trece. El padre era un

fracasado, que terminó abandonándoles a los pocos años. Sin tíos y solo una abuela, que ya era mayor…, siempre fueron ellos dos. El uno para el otro.

—Brindemos por la verdad, aunque duela —pide Val, convencida de querer tenderle la mano a su amiga Conny.

Levanto mi copa, sin mirarlas, y me bebo todo de un solo trago.

—Era brindar, no beber —dice, riendo y admirando mi valentía.

Todavía estoy tosiendo y quiero desgarrarme la piel del pecho. Me quema por dentro.

—¡¿Que estamos tomando?! —pregunto entre quejidos y arcadas.

—*Cachaça.*

Miro mi copa y en el fondo transparente, veo un rescate inmediato. Necesito desconectar mi mente. Un poco más de *cachaça* y santo remedio.

Sin la boda, ya no tengo metas próximas con las que evadirme de mi propia realidad. Me acaricio el vientre e intento retener una arcada. No sé si es por la idea de tener que volver a mi vida o la copa llena de c*achaça* que acabo de bajarme de un trago.

—¿Y eso qué es? —quiere saber Conny, señalando la botella con su copa todavía llena.

—Absenta —responde Celine riendo a carcajadas—. Le pedí al barman las bebidas con más porcentaje de alcohol que tuviese, y me dio esto.

Capítulo 1: Malek



Yo solo me meto en estos líos. La próxima vez voy a decir que no y punto. Eso no me lo creo ni yo. Niego en silencio y sonrío sin levantar la cabeza para que no me vea mi hermano, porque comienza a indagar y no tengo tiempo para sus tonterías. Me recojo el pelo con una goma y me acerco a él.

—Va siendo hora de que te lo cortes, Malek —me dice.

—Cuando me llegue a la cintura —aseguro, quitándole la mano de mi cabello de un golpe.

Mi hermano mayor es calvo. No voy a endulzar las palabras. Comenzó a perder cabello desde los veintitantos y, cansado de hacer tratamientos sin resultados visibles, se pasó la máquina en el punto cero. Así ha seguido hasta hoy. Su calva es brillosa y se la cuida como yo mi cabellera. Ya tiene treinta y seis, lo que lo deja sin esperanzas. Son cuatro más que los míos, que, a diferencia de él, tengo una *peluca* que, madre mía.

Cuido mis bucles, largos hasta los hombros de momento. A decir verdad, cuido mi apariencia: como sano, hago deporte, no fumo, no bebo, no me drogo. Trabajé de modelo unas cuantas veces debido a mi físico. Gané una buena cantidad extra con esos trabajitos esporádicos mientras montaba mi cafetería y la ponía en funcionamiento. Hoy, mi negocio va muy bien, no lo voy a negar, y ya no tengo tiempo para seguir con aquello del modelaje, tampoco tengo ganas. La moto me la compré con aquel dinero extra, por ejemplo. La guitarra eléctrica, también.

Todo esto es irrelevante. ¿A qué viene esta sarta de tonterías? No me acuerdo por qué me puse a divagar con estos pensamientos. Será porque acabo de responder un correo donde me querían contratar para una publicidad de colchones. *Sip*, colchones. Cada tanto me llega alguna invitación, mis datos deben haber quedado en alguna lista de contactos.

—Bien, ¿ya saben lo que van a pedir? —pregunto con mi anotador en mano, volviendo a la realidad.

Mi hermano trajo un séquito de personas a mi cafetería para hacer una especie de *brunch* de negocios. Todas estas personas son sus empleados. Él tiene una discoteca. Una que se puso de moda y requirió de arduo trabajo responsable y eficiente por parte de todos. Cada tanto hace este tipo de reuniones para mantener la cordialidad y el buen compañerismo, además de bajar órdenes claras.

El murmullo es constante y nadie me presta atención. Sigo esperando respuestas. Le guiño el ojo a una de las bailarinas que me está mirando y me sonríe con picardía.

No, no tuvimos nada. Ganas no me faltan, pero Leroy, mi hermano, me tiene prohibido intimar con «sus» chicas. También le prohibí las «mías», pero le importó un carajo y se puso de novio con una de las meseras. Menos mal que salió bien y se comprometieron. Llevan así desde hace cinco años, pero viven juntos. De bodorrio no se habla todavía.

—Para todos, ese menú que tienes… el número tres. Agrega café y jugo de naranjas —responde Leroy con determinación y le agradezco con un gesto que me lo ponga tan fácil.

Quince personas hablando a la vez no iban a ponerse de acuerdo con facilidad.

Giro sobre mi eje para dirigirme a la cocina y me llevo puesta a la mujer que acaba de entrar. Lleva gafas de sol, móvil en la oreja (ya no, voló por el aire), un bolso grande y una cara de mala hostia que asusta.

Me mira, aprieta la mandíbula, inspira profundo y recoge su teléfono.

—¿Sigues ahí? Nada, un gigante torpe y peludo que parece no tener educación —dice sin dejar de caminar.

Ese gigante, peludo y torpe debo de ser yo.

«¿Quién esta chica?».

Es la primera vez que viene.

La veo acomodarse en la mesa del fondo, una de las dos vacías, aunque la única con dos sillas (las demás están rodeando las mesas que pusimos en hilera para la comitiva de mi hermano).

Voy para la cocina y ordeno la comida. Tomo el anotador que siempre llevo conmigo y me acerco a la mujercita. Está trajinando con su bolso. No deja de sacar cosas de ahí, parece un agujero sin fin. Pone su portátil en la mesa, el móvil a un lado, un cuaderno con marcadores, un par de folios… Giro la cabeza y la dejo hacer sin interrumpirla.

Segundos después, ella levanta la mirada y me ve.

Estoy parado como un espantapájaros, sin hacer ni decir nada para no ponerla nerviosa.

—¿Puedo enchufar mi cargador ahí? —me pregunta, señalando el tomacorriente de la pared, y asiento—. Tráeme un café doble y una tostada sola, no muy quemada.

—¿Sola? —repito porque me cuesta creer que alguien coma algo tan desabrido.

—Sí, de pan negro, por favor.

Pongo cara de asco sin poder contenerme. Un pan negro tostado, ¿eso va a comer?

—Tengo unos muffins buenísimos, tartas de frutas, algunas mermeladas, jamón y queso, crema de…

—Solo la tostada —pronuncia, interrumpiéndome.

Bajo la cabeza a modo de afirmación y parto hacia la barra. No soy de discutir y «el cliente siempre tiene la razón».

Me pongo con el café y la tostada sin dejar de observar su ritual. Se montó una mesa de trabajo en toda regla. Lo único que espero es que consuma algo más que un mísero café. Ya que era el único lugar libre que pensé tener en horas para clientes espontáneos.

Dos de las meseras salen de la cocina con algunos platos para la mesa grande y decido ser quien lleve el insulso desayuno de la chica que ha montado su oficina en mi cafetería.

—Tu café y la tostada. Seguro… —insisto en ofrecerle otro tipo de acompañamiento para su café.

—Estoy bien, gracias —me interrumpe otra vez, sin levantar la vista.

Dejo la taza y el plato sobre la mesa, todo amontonado en una esquina, y me alejo para no mandarla al demonio por maleducada.

—¿Y esa cara? —pregunta mi cuñada al verme llegar al

mostrador.

—Atiende tú a la chica esa o la mando a la mierda —le respondo, señalando a la clienta con la cabeza y girando para buscarme un vaso de agua.

Me puso de mal humor.

Soy un tipo simpático, hablador, siempre tengo palabras de bienvenida y despido a la clientela con una sonrisa. Mi cafetería es de barrio, tengo buena mercadería y excelente atención, por eso siempre está llena. Tengo ocho mesas dentro y cuatro más en la terraza de afuera, que ahora mismo está inhabilitada porque llovió toda la noche y todavía cae una llovizna muy molesta. No es del tipo de cafeterías grandes y bulliciosas, por el contrario. Creo que nunca me enredé en una discusión con un cliente y tampoco recuerdo haber tenido malos entendidos con los proveedores.

¿A qué viene esto? A que me molesta la arrogancia.

Levanto la cabeza y la miro. Sigue allí, con la espalda recta, la vista clavada en la pantalla y el móvil pegado a su oreja.

—Solo le dio un mordisco a la tostada. Es obvio que no le gusta, ¿quién come eso? ¡Mierda! —exclamo en voz baja, al ver que me mira y levanta la mano.

Ojeo para todos lados, buscando a una de las chicas y las encuentro sirviendo la mesa larga.

Bufo y me acerco a ella, resignado a tener que ser yo y no una de mis empleadas.

—Dime.

—¿Podrías traerme un té digestivo? No quiero el café.

Estoy por preguntarle si se siente mal, entonces me observa, negando con la cabeza.

—Sí, lo pagaré de todas maneras —agrega.

¿Me vio cara de qué?

Cierro los párpados y cuento mentalmente hasta diez. Al abrirlos, me encuentro con sus ojitos celestes vidriosos.

«Es preciosa», digo para mí y me alejo con la taza en la mano.

Me dejó mudo su mirada. Y su belleza.

—¿Qué pasó? —pregunta Julia. Así se llama la novia de mi hermano, quien me conoce demasiado bien—. ¿No le gustó el café?

—Creo que se siente mal. Prepara un digestivo y llévaselo —digo, renegando conmigo mismo, porque mis ojos se van hacia ella, vigilantes.

—Vienen dos más —me avisa Leroy, del otro lado del mostrador. Ni cuenta me había dado de que se había acercado.

—Me complicas la mañana y me rompes las bolas, lo sabes, ¿no? —gruño. Para él es todo joda.

—Te dejaremos propina, llorón —dice, despeinándome.

Envidia tanto mi cabello que no puede dejar de tocármelo. Siempre lo molesto con eso y se ríe, pero sé que es así.

Bufo, cuento hasta treinta, niego con la cabeza y me acerco a la mesa de la desconocida con mala hostia.

—Estás sola, ¿verdad? —le pregunto.

Me mira, entrecierra los ojos y abre la boca.

No me perdí ni un detalle de cada uno de sus movimientos. Es bonita y, en mi defensa, debo aclarar que me gustan las cosas bonitas, las admiro.

—Sí, estoy sola. Porque quiero. No soy de esas mujeres que necesitan la compañía de un hombre a su lado para sentirse bien, ergo, no…

—Me parece perfecto. Solo necesito la silla. ¿Me la puedo llevar? —indago, mordiéndome la risa.

Se pone roja de vergüenza y asiente con la cabeza.

El dulce sabor de la venganza es lo que me obliga a enderezar los hombros y alejarme feliz.

Capítulo 2 : Alana 

Me quiero morir. Hoy no tengo un buen día. La culpa no es solo del *cachaça* que tomé hace dos días. El *absenta* creo que me cayó peor. Y la noticia que nos dio Conny. Bueno, a decir verdad, el llanto de Val me revolvió el estómago también.

A ver, pongo en contexto todo lo ocurrido hasta hoy. El fin de semana nos escapamos de nuestras casas y contratamos un par de habitaciones de hotel para disfrutar de una larga despedida de soltera. La de Conny, claro está. El sábado teníamos reserva en una discoteca. Iríamos con sus amigas del trabajo, la universidad y algunas de sus primas. Nos pusimos ridículas pelucas, bandas y diademas, penes por todos lados, prótesis de tetas y culos, vestidos sexys, maquillaje llamativo y… ya sabes lo que pasó.

El grupo de mujeres disfrutó de la salida de todas maneras y volvieron a casa al otro día. Nosotras cuatro acabamos la noche borrachas, llorando, diciendo tonterías y con algunos magullones que no sabemos de dónde salieron.

El chico que nos regaló los paraguas nos ayudó a llegar a nuestras habitaciones. Argumentó que nos encontró tiradas en la escalera de incendio llorando. No tenemos idea de dónde están esas benditas escaleras. Lo que sí sabemos es que el muchacho no mintió, porque alguna que otra diapositiva de nuestra andanza por lugares recónditos del edificio se nos vino a la mente como un rompecabezas incompleto de muchas piezas.

Yo compartía cuarto con Conny y cuando desperté, ella ya no estaba. Después de vomitar hasta la primera papilla, leí la nota que me dejó sobre la que había sido su almohada. En ella, se disculpaba por no quedarse y nos avisaba de que iba a hablar con Dante, el novio.

La boda tiene fecha para dentro de dos semanas. No tengo idea

de lo que pueda suceder, aunque mi amiga está segura de cancelarla y dejar a Dante libre, para que pueda ser feliz con alguien que sepa valorarlo. Esas palabras escribió sobre el final de su escueta carta.

Por lo pronto, Val es la encargada de suspender lo del cáterin, yo me encargaré del salón de fiestas y Celine, de lo demás. De los invitados se ocupará la misma Conny.

¡Todo parece una locura!

No podemos creerlo todavía. Se los veía tan bien, tan compenetrados, tan unidos.

Me miro el anillo de casada y lo giro con el pulgar. Recordar mi boda me hace sonreír con nostalgia. Fue perfecta.

Entro a la iglesia de la mano de mi padre. Nunca he sido tan feliz como hoy. David se convertirá en mi esposo y mi sueño se convertirá en realidad.

Su mirada me recorre de pies a cabeza al verme avanzar hacia el altar y me sonríe bonito, con toda la cara, tan fuerte, que sus ojitos quedan pequeños. Me besa la mejilla cuando me tiene a su lado, no la boca, según me dijo después, por respeto a mi padre. A quien deja de respetar en la fiesta, donde no para de besarme y halagarme. Me abraza y mima todo el tiempo. En un momento de la noche, en el que estamos dándolo todo en la pista de baile, me toma de la mano y me aleja de la gente. Me arrincona en un baño y, entre besos y caricias, me promete la luna, el sol, las estrellas y la felicidad eterna. Nada más y nada menos.

—Nadie te amará como yo. Nadie, mi amor —pronuncia, con sus ojos atrapados en los míos y hasta se me escapa una lágrima de emoción.

Bailamos pegados el resto de la noche, mirándonos con admiración y deseo.

Nuestra noche de bodas posterior es increíble, soñada, romántica, apasionada.

—Nadie te amará como yo. Nadie, mi amor —repite antes de dormirse apretándome entre sus brazos.

Tenía razón. Nadie me amará como él.

Siempre nos vimos bien juntos también.

Esos momentos congelados en recuerdos me alimentan el alma cuando caigo, cuando aflojo un poco y dejo que la impotencia y el dolor me aborden, que puedan conmigo. Son pequeñas perlas relucientes que me aseguran que amé y me amaron como soñé.

Bueno, en eso, creo que me equivoco. Yo soñé otra cosa.

Mi estómago vuelve a quejarse y una nueva arcada me obliga a cerrar los ojos.

Miro hacia la barra y lo veo ahí. Seguro que todavía riéndose de mí en silencio. Qué estúpida fui. Me comporté como una tonta.

Te explico. Me siento mal, muy mal, y cuando estoy en este estado, soy un dolor en el trasero. Mi humor se pone… para no hacerla larga, me pongo insoportable. No quiero que me miren o me hablen, mucho menos que me contradigan.

Este muchacho hizo todo mal: me habló, me miró y me contradijo.

Echo un vistazo a la larga mesa que ocupa casi todo el salón y sonrío al ver la algarabía que tiene el grupo. Un chico guapo me guiña el ojo al ver que los observo y eleva los hombros. Leo sus labios y se disculpa por el bullicio, sonrío y niego con la cabeza para darle a entender que no me molesta. Todo lo contrario. Lo prefiero, así no tengo que oír mis pensamientos contándome lo que me espera.

Miro la pantalla otra vez y, por fin, veo que el correo electrónico ha llegado.

Bebo un sorbito de té, con terror de que me caiga mal. Desde la noche del sábado no puedo comer sin devolverlo al rato, abrazada al inodoro.

Aflojo los hombros ante lo que leo.

¡Menos mal!

Me interrumpe el sonido de la llamada entrante de Val.

—Hola. ¿Estás segura de que te quieres quedar? Puedo hacerte compañía un día más. Última oportunidad, estoy por subirme al tren —dice de corrido.

—No te preocupes. Tengo trabajo y no seré buena compañía. Prefiero estar sola y ganar tiempo —miento—. ¿Cómo estás?

—Preocupada. No quiero que Dante sufra, Alana. Tampoco que lo haga Conny, pero Dante…

—No tienes que explicarte. Es entendible. Estás en medio y todas lo comprendemos. Conny, la primera, te lo aseguro —le explico y me llevo a la boca la taza.

—Al final, ¿has cambiado de habitación? ¿Te han pasado a una más pequeña? —me pregunta.

—Sí, sí. Y más económica —vuelvo a mentir, carraspeando porque el té se me atraganta.

Cortamos la conversación después de un par de frases sin importancia y nos despedimos con cariño y exageración de mi parte. No sé cuándo la volveré a ver.

Ya no me hospedo en el hotel y tengo mis maletas en el coche, pero no necesita saberlo. Mejor dicho, no soy capaz de contárselo.

Me cubro la boca y cierro los ojos. Cuento hasta tres y no llego a cuatro cuando otra arcada me hace estremecer. Me pongo de pie y corro hacia la entrada del aseo. Mi silla cae haciendo un estruendo poco oportuno y todos me miran.

Un chico de calva reluciente me abre la puerta del baño y escucho que alguien dice: «Yo la ayudo».

Entre los dos me allanan el camino y caigo de rodillas frente al retrete justo a tiempo.

Solo tengo un poco de líquido en el estómago. Nada más es lo que sale de mi boca.

Apoyo el culo en el suelo y la espalda en la pared, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—¿Mejor? —pregunta una voz femenina.

Niego con la cabeza y la escucho reír bajito.

—No te preocupes por tus cosas, te las estamos cuidando.

—Gracias —susurro. Lo último que me importa en este instante es eso.

—Toma un poco de agua. Soy Julia. Trabajo aquí.

Abro los ojos y tomo el vaso que me tiende; después de dar un par de sorbos cortos, me ayuda a ponerme en posición vertical.

—Soy Alana. Estoy mudándome a la ciudad. Mi apartamento está a dos cuadras de aquí —me presento y le explico con la voz

ronca.

Doy unos tambaleantes pasos hasta el lavabo y me doblo hacia él bajo su atenta mirada.

—Te acompaño, ¿quieres? —pregunta mientras me observa lavarme la cara.

Niego con la cabeza y la miro brevemente antes de echarme agua en la cara otra vez.

—No tengo las llaves todavía. Acaban de confirmarme que me aceptaron. Tomo posesión mañana.

Recordar que no sé dónde pasaré la noche me produce una nueva arcada.

Capítulo 3: Malek

He dejado de contar los minutos que llevan ahí dentro después de llegar a quince. Todavía estoy blanco del susto que me hizo dar con el golpe de la silla contra el suelo.

—¿La conoces? —me pregunta Leroy con el gesto serio.

—Es la primera vez que la veo —respondo sin dejar de vigilar la puerta del baño.

—Tampoco la vi nunca —agrega mi otra empleada.

Vuelvo a mirar que todo esté como lo dejó. Su mesa está repleta de cosas, entre las que dejó abandonado el té a medio tomar.

—Ve a buscar esa taza y prepara otro té digestivo, ese está frío —indico a la mesera.

La puerta del servicio se abre y sale mi cuñada seguida por la chica. Está pálida y con mala cara.

—Ahí vienen. Uf, esa chica no está bien —dice mi hermano y se acerca a ayudar—. Apóyate en mí.

—Estoy bien, gracias. De verdad lo estoy —dice con una sonrisa triste y mirándolo a los ojos.

Es que mi hermano hizo una mueca con la que le aseguraba que no le creía.

Se acomoda en la silla y baja la cabeza, avergonzada.

—Toma este té caliente. El otro se te enfrió —comento y pongo la taza en la mesa.

Me mira y agradece con un gesto. Las ojeras me dicen que no se siente bien todavía y su piel está más blanca que antes. Ojea su teléfono cuando se ilumina con una llamada entrante. Lo tiene en silencio, pero puedo leer el nombre «David» en la pantalla. Ella lo ve y pone el móvil boca abajo sin pensárselo dos veces.

—¿Necesitas algo? —le pregunto, incómodo por haber presenciado algo que no me compete.

Clava su mirada celeste en la mía.

¡Qué ojos más bonitos tiene! ¿O son las pestañas largas, que hasta parecen maquilladas, las que los hacen así de llamativos? Se recoge el cabello con un gancho y deja varios mechones rodeando su rostro. Tiene la nariz más pequeña que recuerdo haber visto y los labios llenos. Es lo último que le miro, me prometo, y es que tiene la boca perfecta. Como la dibujaría un pintor.

—No. Intentaré tomar el té caliente. Gracias. No quiero molestar. De verdad, me siento mucho mejor.

Eso debería decírselo a su cara; por muy preciosa que sea, está demacrada, pálida y ojerosa.

No sé cuándo sucedió, pero soy el único que la acompaña. Es lo esperable, siendo el propietario de la cafetería. La estudio mientras acomoda sus petates y bebe con lentitud.

—No es rico —murmura, solo por decir algo ante mi silencio y observación.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Nunca pude beber uno de esos. Es asqueroso —confirmo—. Estaré en la…

—No te preocupes —me interrumpe e intenta sonreír.

Golpeo la mesa con los nudillos, solo por hacer algo, y me voy. Tengo infinidad de preguntas atoradas en la garganta, pero me las trago.

Advierto, desde mi nueva ubicación tras la barra, que otra vez se alerta ante su móvil iluminado. Tampoco lo contesta y se pone a escribir algo en el portátil. Lo positivo es que, cada tanto, bebe un sorbo de té.

Julia se acomoda a mi lado y la señala con la cabeza.

—Es nueva en la ciudad —explica como si se lo hubiese preguntado.

No digo nada. No hace falta. La chismosa es ella.

Me tomo unos segundos haciendo nada, solo respirando y disimulando. Ella ya se puso a acomodar unos vasos o qué sé yo.

—¿Qué le pasó? —le pregunto por fin y, ojo, no por chismoso, sino por preocupación.

—Ni idea —responde sin mirarme y se aleja para buscar platos vacíos de la mesa que ocupa la gente de mi hermano.

Entran dos chicas y me miran. Sé a lo que vienen. Abro el cajoncito que tengo debajo del mostrador y saco un par de tarjetas.

—¿Eres Malek? —quiere saber la morena y, ante mi confirmación, agrega—: ¿Tienes para el viernes?

—Solo te puedo dar una por persona —respondo después de asentir como respuesta.

—Perfecto. Gracias —susurra y me mira más de lo normal—. ¿Vas a ir?

—No lo sé —respondo sin dar crédito a su arrojo.

Sonrío por cortesía. Es una chiquilina. Debe tener veinte, si los tiene. La amiga se ríe nerviosa y tira de ella hacia afuera. Va reprendiéndola en voz baja; aun así, oigo que le dice:

—Es un viejo.

¡La madre que la parió!

—Ya nos vamos —me comunica el socio de mi hermano y me tiende la tarjeta de crédito.

Le cobro mientras veo salir al grupo entre risas y conversaciones. Leroy me alborota el pelo cuando está cerca y le da un pico a Julia. Ella le pellizca el culo y lo abraza para darle otro beso que incluye roce de lenguas.

—Exhibiciones obscenas en la calle —aclaro, peinándome. Soy el centro de sus pullas, siempre están molestándome con una cosa o la otra.

—¿Me dices cuánto te debo? —escucho que pregunta la chica de ojos claros. No la vi acercarse, peleando con la parejita fastidiosa.

—¿Tomaste el té? —le pregunto.

—La mitad —responde con cara de asco. Me obliga a sonreír la manera en que frunce la nariz.

—Nada, entonces —le digo. Lo mínimo que puedo hacer es no cobrarle. Con lo mal que lo pasó, la pobre.

La veo mover la cabeza enérgicamente y aprieta los labios.

—*Nop*. Pago lo que debo. Son dos tés y un café, y la tostada. Casi la olvido —asegura, a la vez que rebusca en su cartera.

—Te cobro el té y media tostada —transo.

Sin dirigirme la mirada, asiente. Y una vez que tiene la tarjeta de crédito en la mano, me la extiende. La mira con gesto dubitativo y

antes de que yo la tome, me la quita.

—Pagaré en efectivo —indica, y le muestro la cuenta para que sepa cuánto es.

Se pone nerviosa, husmeando en su propio bolso, que es bastante amplio, por cierto.

—¡No puede ser! —dice. Levanta la vista y me mira—. No tengo… no me alcanza. ¡Todo me tiene que pasar! ¡MIERDA!

Explota en un grito contenido y aprieta la mandíbula; de inmediato, golpea el suelo con sus zapatos, en un claro gesto de frustración.

Estaba por soltar la carcajada ante su enfado, pero no lo hago porque distingo un par de lágrimas en sus mejillas. Se me pasa la diversión enseguida.

—Hey, no pasa nada. No quiero cobrarte, solo he cedido a tu exigencia de pagar —murmuro en tono calmo y lento, con la intención de tranquilizarla.

Sigue buscando en el bolso, supongo que algún billete, y se le cae algo. Al recogerlo, un manojo de llaves también termina en el suelo junto con un lápiz y un sobrecito de pañuelo de papel.

—No necesito de tu ayuda. No necesito a nadie. Puedo sola —asegura, con las mejillas coloradas por la bronca que acumula. Lo veo con claridad.

Se pone de pie, con todo ya guardado, y me mira a los ojos.

—Te lo debo. En un rato paso a pagarte —dice.

Tiene la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados. Sus movimientos son duros, torpes, furiosos. Prefiero no decir nada, bajar la cabeza confirmando que la he escuchado y acepto su plan.

Abandona el local con pasos firmes y refunfuñando por lo bajo. Reparo en que se mete en un coche, tira sin cuidado las cosas que ocupan sus manos y golpea la frente en el volante varias veces.

No puedo alejar mi mirada de ella. Lo bueno es que no sabe que seguí cada uno de sus movimientos desde el mismo lugar en que estaba parado, detrás de la barra. Por suerte, no puede verme desde allí.

—Chismoso —bromea Julia a mi espalda, y al fijar la vista donde la tengo también, agrega—: Esa chica no está bien.

Capítulo 4: Alana



Inspiro y suelto el aire un par de veces. Necesito calmarme. El móvil vuelve a sonar y me hace pegar un gritito del susto. Le subí el volumen porque ya no estaré trabajando. Trabajar. ¡Como si hubiese podido hacer algo!

Es Celine. Antes de atender, carraspeo y ensayo un «hola» en voz alta, para asegurarme de que mi voz suena firme. Después, deslizo el dedo y acepto la llamada.

—Hola, ¿ya estás en tu casa? —le pregunto, esforzándome en sonar animada, incluso algo jocosa. Quizá exagero un poco.

—Sí, todavía con las maletas cerradas. Estoy agotada. ¿Has hablado con Conny? No me atiende el teléfono —me cuenta.

Cierro los ojos de golpe, con la culpa atragantada en la garganta. Ni siquiera intenté llamarla. No es por ser mala amiga, pero tengo la cabeza atrapada en un millón de problemas que resolver.

—No pensé en llamarla hasta dentro de unos días. Creo que necesita tiempo —aseguro, improvisando una excusa que suena lógica, al menos para mí.

—Puede ser. ¿Trabajaste en la piscina? Dime que sí, así te envidio.

Pongo los ojos en blanco y me muerdo el labio antes de responder con una mentira más. Ya son tantas que me hacen sentir una persona horrible.

—Sí, un rato. Después me senté en el comedor y tomé un té. Sigo mal del estómago.

Rezonga, como si le doliera en carne propia.

—Google dice que comas zanahorias, bananas, caldo de verdura, y que tomes mucha agua —enumera con un tono firme. Puedo imaginarla concentrada, seguramente leyendo lo que acaba de buscar en internet.

—Yo estaba intentando con tostadas y café —le cuento, y se parte de la risa. Poco a poco, con la conversación, logro relajarme. Me siento más cómoda en el asiento del coche y relajo los hombros.

—¿Estás bien? Te noto rara.

—Preocupada por temas del trabajo y esta molestia en el estómago, que no me permite estar al cien por ciento. —Sí, miento otra vez, y como la angustia quiere meterse en mi cabeza, me apuro a colgar—: Tengo que dejarte. Estoy en medio de algo y…

—No pasa nada. Beso, nena. Cuídate. Avisa cuando vuelvas, que nos juntamos —dice.

—Por supuesto —aseguro.

—Espera. David me llamó. Quiere saber a dónde estás para sorprenderte.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—No le has dicho, ¿no? —pregunto, y me tenso de pies a cabeza.

—No, claro que no. Sabes que amo las sorpresas y más las que son románticas como la que le has planeado. ¡Puajjj! —Hace un sonido de asco que me arranca una carcajada genuina. Si hay alguien antirromántico en el mundo, esa es Celine.

Nos despedimos, pero la inquietud permanece en mi interior. Respiro hondo, tratando de convencerme de que todo está bajo control, aunque la ansiedad sigue creciendo.

Levanto la vista y veo la fachada de la cafetería, lo que me recuerda que casi desmonto mis propios planes. ¡Dios mío, ya estaba pagando con la tarjeta de crédito! Por suerte, reaccioné enseguida, si no, David se enteraría desde dónde la usé. Menos mal que reaccioné enseguida. Tengo que ser más cuidadosa.

Marco el número de mi jefe. Él es el único que sabe que estoy aquí y que mi estadía se volverá permanente.

—Alana —dice al atender, seco, como siempre.

—Necesito pedirte algo y es confidencial. ¿Puedes mantenerlo en secreto? —pregunto, apretándome el labio mientras espero su respuesta.

—¿Es por lo de tu mudanza? —El audio cambia, seguramente porque ha tomado el teléfono para llevárselo al oído. Es muy

reservado, y una conversación como esta no la dejaría en manos libres.

Lo conozco bien, es un hombre de costumbres. También sé que puedo contar con él, porque es leal.

—¿Crees que puedes cambiar la cuenta de banco por donde cobro mi salario sin que se sepa desde qué ciudad lo hago? —le pregunto, poniendo el coche en marcha, pero recuerdo que no tengo a dónde ir y vuelvo a girar la llave para apagar el motor.

—Puedo tramitarlo. ¿Necesitas dinero? —me pregunta con tono preocupado.

—Sí. No es que no lo tenga, es que…

Apoyo la frente en el volante, avergonzada y no soy capaz de acabar la frase.

—Entiendo —me interrumpe él, y agrega—: Ya me lo devolverás. Déjame ver cómo lo hago. ¿También para el alquiler?

—No, eso está cubierto. Tengo dos meses asegurados —respondo y enderezo la espalda, buscando el orgullo que debería sentir por haber sido previsora.

Junté dinero desde que tomé la decisión. La despedida de Conny fue la excusa perfecta y aceleró un poco las cosas, que sucederían de tarde o temprano, supongo.

—Dame unas horas y te llamo. —Hace una pausa y chasquea la lengua antes de hacerme la pregunta que sé que le gustaría evitar—: ¿Estás bien?

Suspiro antes de responder:

—Sí. Intentando arreglar todo de la mejor manera. Gracias. Te debo muchas ya.

—No me debes nada. Cuídate y me llamas por lo que sea. Por lo que sea, Alana.

—Lo haré. Gracias otra vez. Te llamo en un par de horas por lo de la cuenta —le aviso antes de cortar la comunicación.

Trabajo en *Marketing*. David también. Nos conocimos en la empresa. Tenemos… teníamos el mismo puesto, pero me ascendieron a mí en lugar de a él. Todos creíamos que el puesto sería para mi esposo y, para sorpresa de nuestros compañeros inclusive, eso no sucedió.

—Puse champagne *en la nevera para brindar mientras degustamos la comida china, que compraremos* al *volver. ¿Qué te parece mi plan? —digo, y le abrazo la cintura*; *también le beso el cuello porque sé que le gusta.*

—Me parece el plan perfecto. Sumemos la cama a la ecuación —ronronea, dándose vuelta y poniendo las manos en mi trasero.

—Como no te gusta comer en la cama, entiendo que propones una noche de pasión.

—Has entendido bien —dice y me besa en los labios durante largos segundos. Lo tomo como una promesa y sé que va a cumplir.

—Vamos, que se te escapa la ansiedad por los ojos —bromeo, y salimos de casa.

Llegamos a la oficina media hora después. David está pletórico. Parece el gallo del corral con su petulancia. Es bueno en su trabajo, sabe manejar al personal y es práctico. Su personalidad de líder es evidente. Para mi gusto, le cuesta adaptarse a lo nuevo y se ha vuelto holgazán, además de poco creativo. Delega demasiado en sus compañeros y eso le hace perder el ritmo. Es una opinión muy particular que, seguro, no comparto con nuestro jefe.

Mi esposo y yo tenemos diferentes puntos de vista en lo laboral. Yo soy más de resolver todo con el equipo y delegar poco. Lo mío es acompañar, dirigir y no ordenar. Soy una buena discípula del director. No por nada, fue mi profesor y quien me reclutó en la universidad.

Es él, justamente, quien me llama nada más entrar a la empresa y me da la noticia. *A solas.*

El puesto es mío. Me asigna tres de las cuentas grandes y un grupo de creativos solo para mí. Es un ascenso importante, también en lo económico, por supuesto.

Desde la oficina acristalada, miro a David, que no me quita el ojo, y elevo los hombros. Me entiende de inmediato. Hace un esfuerzo por sonreír, sin embargo, le sale una mueca fea. Lo entiendo. Él quería mi lugar.

La noche que planeé con tanto entusiasmo fue un fracaso. Apenas tocamos la comida. Tampoco hicimos el amor esa noche. David se excusó con un malestar y, al día siguiente, se quedó en

casa. Cuando volví de la oficina, ya no había más *champagne* y se había tomado media botella de *whisky* también.

Capítulo 5: Malek 

Todavía sigue ahí. Estoy por salir a ver si le pasa algo, porque me preocupa. Miro a Julia y frunce el gesto.

—No me parece que tengamos que hacer nada —dice sin moverse de mi lado.

—¿Y si no se siente bien? —argumento para que reaccione, yo no me atrevo a acercarme.

No me deja terminar el argumento y sale disparada por la puerta. Desde mi posición, veo que le golpea la ventanilla del coche.

La chica se sorprende, en realidad, se da un susto de muerte. Si no distingo mal, se seca una lágrima con disimulo. Sonríe. Baja del vehículo y se enfrenta a mi cuñada, muy erguida en su corta estatura.

No tengo la más puta idea de lo que se dicen. Si supiese leer los labios… pero no.

Una mujer exuberante y con poca ropa entra a la cafetería y se planta delante de mí. Me observa de arriba abajo, con ese descaro que la caracteriza, y la reconozco al instante. Es imposible olvidarla: viene un par de veces al mes a buscar tarjetas, exponiéndome a su provocación constante.

Voy a caer. Lo sé. Un día lo haré. Pero siempre aparece en los peores momentos. Y hoy, supongo que tampoco será.

—¡Cada día más guapo! —dice, lanzándome uno de sus habituales cumplidos.

—Y tú, más desnuda —respondo con una sonrisa ladeada, y la recorro con la mirada mientras me enderezo. Había estado apoyado en el mostrador, entretenido entre chismes con la novia de mi hermano y vigilando a la chica que se encerró en su coche hace rato.

—Solo tienes que pedirlo y me quito todo —asegura con voz ronca y mi determinación comienza a tambalear.

Le guiño un ojo, tentado. Lo considero por un instante. Tal vez no sea tan mala idea. Mi oficina queda cerca, aunque no es el lugar más apropiado: demasiado concurrida, demasiado personal.

«El baño», pienso. Suena como un plan B aceptable.

Miro alrededor. Resuelto. Analizo la situación. Mi otra camarera está ocupada atendiendo a un cliente.

Podría ser algo rápido, nada complicado. Un trámite. Eso. Solo necesito su aprobación y sí, voy a lanzarme:

—¿Te importaría...? —comienzo a preguntarle.

Justo en ese momento, Julia entra con la chica de ojos bonitos y se me atragantan las palabras.

—¿Decías? —insiste la mujer sexy, mirándome con una mezcla de curiosidad y burla.

Levanto la vista, pero mis ojos no se quedan en su escote ni en esos labios provocadores que apuntan directo a mí como un arma cargada. No. Ahora mi atención está en otra parte.

—Nada, no me hagas caso. Aquí tienes las tarjetas —respondo, sacudiendo la idea de mi cabeza como si nunca hubiese existido.

Ella arquea una ceja, incrédula, y me lanza su última desvergonzada.

—Solo tienes que pedirlo —repite, antes de soplarme un beso y marcharse, contoneándose como si estuviera en un escenario.

«¡Qué culo!», pienso mientras desaparece por la puerta.

Del otro lado de la barra de madera, unos ojitos celestes llorosos se clavan en mí y una boca preciosa sonríe con altanería.

—Le ofrecí un caldo de verdura. Va a trabajar allí, en el rincón. Está mareada y no le puedo permitir conducir así —aclara Julia, pasando por mi lado. No soy capaz de reaccionar.

La chica y yo nos miramos, sin decir nada. Observo en detalle sus rasgos, que ya sé que me gustan, y aunque mis ojos quieren bajar por su cuerpo para descubrir sus curvas, me lo prohíbo.

—¿Tu novia? —pregunta, señalando la puerta de entrada.

—No tengo novia —respondo seco, casi en un gruñido. Y es que mi humor cambió al ver su mano y descubrir un anillo de oro en su dedo anular—. Toma asiento. Julia te va a atender. Espero que te sientas mejor en un rato. Te abro una cuenta para ir sumando todo.

Cuando te hagas con el dinero, solo debes decir tu nombre en este mostrador. ¿Que es…?

«¡¿Qué mierda me importa su nombre?!», me reprendo en silencio.

Ya sé que soy muy borde y que no tengo derecho. Lo reconozco. Lo cierto es que estoy irritado y eso es algo que no puedo modificar. Así son las emociones: jodidas.

Acabo de dejar ir la oportunidad de meterla en caliente porque la vi entrar, solo por eso. No encuentro en mi mente ningún otro motivo. Lo hice porque así lo sentí. ¿Que me parece linda?, sí, por eso actué sin pensar… y está casada. Ca-sa-da. Tampoco es que se me hubiese insinuado u observado de una manera que me diera a pensar que le gusté también, todo lo contrario.

No voy a perder más tiempo, carezco de una explicación lógica para mi forma de actuar.

Giro sobre mi eje y me meto en la cocina para mascar la rabia inoportuna y desubicada.

—Te pagaré. ¡No soy una deudora! —exclama en voz alta, para que la oiga.

Me asomo, la veo ocupar la mesa mientras hace los mismos movimientos bruscos de hoy temprano.

Parece enfadada y no es para menos. Si la traté como el culo. Soy un imbécil.

Capítulo 6: Alana 

Me sitúo de espaldas al mostrador. No quiero verlo. Me pone de una mala hostia que hasta le pegaría un par de gritos.

—Aquí tienes. Está caliente —me dice la chica que me convenció de volver y comer algo más sustancioso.

Tiene razón, ya pasó el mediodía, tengo el estómago vacío y, de verdad, tengo hambre. Llevo tanto sin comer que hasta mareada me siento.

Digo yo que esta chica es la dueña. Por cómo se desenvuelve y toma decisiones sin consultar, no puede ser de otra manera. Ya podría despedir al antipático, peludo y gruñón ese que me mira sin decir mucho. Y menos mal. Total, ¡para lo que tiene que decir!

—Te abro una cuenta —repito imitándolo y agregando un tonito burlón.

Gruño bajito por el desagrado que me produce recordar la mañanita que llevo y le sumo lo que me ha dicho y hecho el muy… ¡Grrr!

—Cuando te hagas con el dinero solo debes decir tu nombre en este mostrador —vuelvo a imitarlo con retintín.

¡Es un odioso!

Más odioso es que tenga razón. No tengo dinero y consumí un montón de cosas que no he abonado.

Miro la pantalla de mi portátil y me encuentro con que mi jefe me envió un correo con datos de una cuenta bancaria y el saldo que tiene, me tranquiliza. Solo debo ir al banco a firmar unos papeles y solicitar una tarjeta de crédito, cuya dirección agrega en el cuerpo del correo.

Este hombre tiene contactos en todos lados. No como los que suele tener Val; esos son menos importantes, aunque prácticos a veces.

Me relaja saber que cuento con dinero. Lo que me falta es la

vivienda.

Vuelvo a mirar las fotos del apartamento que alquilé ingresando al *email* que me envió la dueña. Es horrible, pero es lo que puedo pagar por ahora, con las condiciones que puse. Que son muchas, para tan bajo presupuesto.

Busco imágenes archivadas de mi casa, la que compré con David, y no hay comparación. Mi casa es espaciosa, linda, moderna, con mucha luz y está decorada con objetos de arte que fuimos adquiriendo poco a poco. Amo esa casa, la convertí en mi hogar nada más entrar en ella hace casi cuatro años.

—Es enorme, David —digo, girando sobre mis talones en el salón vacío.

—Lo es, pero entre los dos, podemos pagarla. Mira la cocina. Es perfecta —señala y camina hacia allí. El sonido de su voz y hasta el de sus pasos produce un eco que rebota entre las paredes blancas y el mármol de la encimera.

—Sí que lo es. Ya quiero comprar los muebles, elegir la pintura del dormitorio y el cuadro para ese rincón de allí —relato entre suspiros. Él se ríe.

—Puedes hacerlo desde hoy mismo —me asegura, abrazándome, y nos besamos emocionados.

Recuerdo que fuimos eligiendo todo entre los dos y pagábamos a medias. Decoramos cada ambiente con mimo. Más adelante, cuando pudimos darnos ciertos gustos, David me mostró su faceta de decorador. Comenzó con un jarrón chino, le siguió un cuadro de no sé qué artista emergente, la mesa de madera de no sé dónde para la galería…

—No te mereces menos, mi amor. Usé tu tarjeta, me disculpo, fue un error. Luego te lo devuelvo. ¿Te gustan?

David admira el juego de sillones de diseño que compró y costaron un ojo de la cara. Reconozco que tiene muy buen gusto. Sus elecciones son hermosas, sí, y bastante caras también.

—Son preciosos. Lo de cómodos, me lo debes —bromeo.

La verdad es que es una queja camuflada, porque no son de los

que, al sentarte, sueltas un suspiro de placer.

—Bueno, no se puede todo. No debes ser desagradecida, amor. Creí que te gustarían. —Pone esos morritos que me derriten y me acerco a él.

—No lo tomes a mal. Son bellos y combinan perfecto en el ambiente. Gracias —le aclaro, y me cuelgo a su cuello para evitar que se ponga de mal humor por mi actitud.

No es lo que esperaba para mi cumpleaños, debo reconocer. Soy más de ropa y zapatos, una cena romántica o una escapada de fin de semana. No sé, algo más personal. Su generosidad con el obsequio no fue una excepción; siempre me hizo regalos costosos y ostentosos. Nada que yo hubiese comprado por mi cuenta, a decir verdad. Como el flamante coche que veo desde la mesa en la que me encuentro, tomando un caldo delicioso y soñando con un presente mejor.

Entro a la página de mi banco, el anterior, el de siempre y reviso la cuenta que tengo en conjunto con David. Casi no hay dinero. Seguro que ya pagó la factura de este mes. Se confundía tanto las tarjetas de crédito que tuvimos que unificar las cuentas y poner todo en una sola. Dejamos la de él como cuenta extra, para depositar dinero y ahorrar.

Cierro la carpeta con las fotos de mi cumpleaños e intento concentrarme en las tareas laborales que tengo atrasadas. El fondo de pantalla que brilla en el monitor me distrae otra vez.

Fuimos ilusos al pensar que podríamos hacer el viaje que habíamos ideado para nuestro tercer aniversario. El trabajo no nos dio tregua. El dinero se acumulaba y no lo usábamos. Seguramente, todavía está ahí. Es una pena no poder utilizarlo para nuestro quinto aniversario.

No sé cuánto dinero ahorramos, nunca tuve acceso a aquella cuenta. Siempre olvidábamos ir al banco para crear mi clave personal. Supongo que la tarjeta de crédito con mi nombre, que sí me sacó, aún descansa en el cajón de su mesa de noche. Jamás la llevé conmigo. Fue su consejo. Decía que si él, con lo minucioso que es con los gastos, se equivocaba, también podría pasarme. Y «los

ahorros son sagrados», repetía entre risas y arrumacos. Siempre le di la razón; desde el comienzo fue la parte responsable de la pareja.

Capítulo 7: Malek

¡Qué día más largo he tenido hoy!

Entre clientes, proveedores, el *brunch* de mi hermano y el susto que me dio la chica bonita, tuve suficiente.

—Me voy a casa —anuncio.

Quedan al mando las chicas, que como entran más tarde que yo, se quedan hasta el cierre. Hoy les pagué horas extra gracias a Leroy.

Tomo el casco del rincón donde tenemos un perchero para los empleados y salgo a la calle. Me subo a la moto y arranco.

Creo que pasaré un rato por la discoteca, voy analizando mientras conduzco y giro a la derecha, hacia mi nuevo destino. No tengo ganas de irme a casa, aunque esté agotado. Una cervecita no me…

—¿Qué hace ahí? ¡Cómo se nota que es nueva en la ciudad! —digo al ver a la chica bajita, la misma que hoy puso a prueba mi humor, entrar al hotel de mala muerte que está a pocas calles de la cafetería.

Con el cochazo que tiene, no creo que no pueda costearse un hotel como la gente. Este es sucio, viejo y atrae mala gente. Tengo entendido que hasta lo usan los borrachos para llevar prostitutas.

Doy media vuelta y me acerco a ella. No me gustaría que le pasara nada por ignorar lo que yo sé.

—¡Tengo gas pimienta! —me grita, empuñando lo que creo es eso, gas pimienta.

Me quito el casco y sonrío de lado. La chica se las trae.

—¿Me estás siguiendo? —indaga con mal tono, apuntándome todavía.

—Ya quisieras —bromeo, solo para molestarla un poco más, porque así, envalentonada, da ternura—. Estaba yéndome a casa y te vi entrar en esta pocilga.

—No estoy entrando. Estoy sopesando la idea de hacerlo —me

explica seriamente.

—Ya te digo que yo que sería una mala idea. Y no creas que estoy sugiriéndote que vengas a mi casa —digo, pero no le aclaro que es una broma.

Bufa y entrecierra los ojos. Me dan ganas de reír y tampoco lo hago, mantengo mi fachada.

—Conduces dos calles para abajo y doblas a la derecha. Allí hay un hotel pequeño, es limpio y no es caro. Seguro que puedes pagarlo —agrego y señalo el coche desde donde baja una maleta pequeña.

Me arrepiento al instante. No debo opinar sobre lo que desconozco. Ella considera lo mismo y me lo va a decir. Puedo adivinarlo.

Tres, dos, uno…

—¿Y tú qué sabes si puedo pagarlo o no? No te enseñaron que es feo prejuzgar a la gente. —Cero.

—Lo siento. Tienes razón. Haz lo que quieras. Solo ten en cuenta que este cuchitril es peligroso.

Estoy a punto de agregar «para mujeres solas y no veo a nadie acompañándote», pero me trago las palabras.

Me coloco el casco. Arranco la moto. La miro un instante y acelero, retomando mi camino.

Por el espejo retrovisor veo que me observa. Sonrío con vanidad, como un tonto. Me atrae, lo que no significa que yo la atraiga, pero mi ego se hace la película y me convence de que es así. Me acostumbré a ser observado.

No estoy siendo engreído, sino realista. Soy alto, tengo el cuerpo trabajado, musculoso, atractivo; llámalo como quieras. Mi cabello también gusta. Mi apariencia al completo es interesante, dicen. Mi cuñada dice que tengo un estilo muy particular de vestir y que soy muy masculino. No tengo la más puta idea de lo que quiere decir.

En fin… que estoy acostumbrado a ser observado. Y por lo que sea, ella me siguió con la mirada.

También puede ser la moto. Porque le guste o porque la odie. Aun así, debo ser sincero conmigo mismo; no reparó en mí ni un solo segundo extra desde que la vi por primera vez. Como yo sí lo

hice en ella.

Llego a la discoteca haciendo estúpidas elucubraciones sobre la mujer casada y estoy considerando la idea de que estaría necesitando algún tipo de distracción. Va siendo hora.

Voy directo a la oficina de Leroy y lo encuentro con su socio. Están discutiendo algo serio, lo noto por sus gestos.

—Sírvete una cerveza, ya voy —me dice el calvo. Así lo llamo para molestarlo.

Asiento y me dirijo a la barra.

—Hey, dichosos los ojos —dice Mía, la bailarina, la misma con la que no pasó nada, pero queremos que pase todo—. ¿Te quedas al ensayo? Te dedico un bailecito sexy.

—Me quedo un rato, sí. Lo del bailecito… Creo que deberíamos detener esto antes de que a mi hermano le dé algo.

—¿Qué me va a dar? —interroga el nombrado y me golpea la espalda—. ¿Vamos al gimnasio?

La chica se aleja, se muerde el labio, sonríe y mueve la cadera.

—Solo una noche —ruego. Leroy niega con la cabeza y yo no le quito los ojos al cuerpo de Mía.

Entiende a lo que me refiero, por supuesto que lo hace.

—Es la mejor del grupo. Si metes la pata, si me complicas la vida, si se la complicas a ella o lo que sea que pase como consecuencia, buscas y encuentras un reemplazo. ¿Te queda claro?

Afirmo con la cabeza y tomo el botellín que me ofrece. Sonrío, le beso la calva y bebo un par de tragos oyendo sus maldiciones.

Nos apoyamos en la barra y observamos la coreografía que hacen las dos chicas y el chico en una pequeña pasarela que termina en dos caños verticales.

Nunca me he acostado con una bailarina. Acabo de darme cuenta de ese detalle. Ya lo estoy disfrutando. Todavía no lo hablé con ella, aunque ya me imagino su respuesta.

—Me contó Julia que no le cobraste a la mujer que se descompuso hoy por la mañana —dice Leroy y me observa—. No eres capaz de fiarle a tu hermano mayor, pero sí a una desconocida con el culo bonito.

—No sé de qué me hablas. No le miré el culo. Le fie porque no

llevaba dinero en su cartera. Y volvió al rato porque Julia la convenció. Eso seguro que ya lo sabes, y se quedó hasta tarde. Almorzó y pidió otro té. Así que, si no paga, se lo descontaré a tu mujercita, por metiche. La chica trabajó todo el día, lloró, suspiró y perdió la mirada en la nada mientras comía como un pajarito. Lo bueno es que no vomitó más —le explico sin dirigirle la mirada ni una vez.

Si llega a percibir un mínimo de preocupación de mi parte, no me lo saco más de encima. Por eso, prefiero obviar lo que sucedió recién frente al *hotelucho*, para que no haga conjeturas tontas; sé de qué pie cojea mi hermano.

—El culo no, pero que la miraste, no tengo dudas. Te conozco, te gusta.

Veo que las hizo igual, las conjeturas, digo. Le encanta hacerme de celestino. No le pega ni una, pero le encanta intentarlo. Ya me presentó cuatro mujeres, no me gustó ninguna.

—Es linda, casada, complicada, gruñona. Casada, ¿lo dije?

—Auch —protesta el idiota, y se ríe—. Ahora entiendo. Mía es tu descarte. Mientras le quede claro.

—Mía será el polvo que ella viene pidiéndome desde hace un año. No me jodas. No busques donde no hay —le sermoneo—. Vamos al gimnasio, dale.

Capítulo 8: Alana



No está bien, lo reconozco, y debería bajar los párpados, dar media vuelta y meterme en el coche.

No puedo.

Será el cansancio, el hambre, la angustia… Lo voy a pensar solo una vez y tacharé el descubrimiento: el *peludo* está bueno.

No debo, no quiero, no puedo estar sacando conclusiones como esta.

Listo, lo borro.

¡Qué brazos!

También borro eso.

David es guapísimo. Tiene cara de perdonavidas; una manera de hablar que encanta; es seductor y dueño de un cuerpazo trabajado a conciencia con pesas, rutinas extenuantes y dietas. Su autoestima está por las nubes y se nota. Esa seguridad destila un *sex-appeal* que te deja las rodillas temblando.

Es lo que parece, sí: quiero engañar a mi mente y desviar su atención. Pensar en David me produce menos culpa que contemplar al morenazo musculoso que se aleja en una moto gigante. El ruido que provoca aquel motor me causa un escalofrío y hasta se me escapa un suspiro.

—Basta, sigues sin tener una cama en la que dormir esta noche, concéntrate —me digo mientras echo un vistazo a la hora para cerciorarme de lo tarde que es.

Tengo dos opciones: hacer caso al consejo que acaba de darme un desconocido, con quien he discutido más veces de lo que debería, o entrar a este hotel, si pretendo desestimar su palabrería insolente.

No tengo mucho que pensar. Es un hecho que esto es una pocilga.

—Te haré caso. Igual, jamás te enterarás. Así no tengo que

agradecerte, chulito. —Niego con la cabeza, reconociendo que el enojo es conmigo por desear llevarle la contraria y no poder.

No me hagas caso.

De solo imaginar a Celine viéndome en este instante, me pongo roja de vergüenza.

Dios, se me calentaron las mejillas.

—¡Qué calor! —digo entre suspiros, y me ventilo con la mano mientras conduzco lento, así no me pierdo—. Dos calles y doblo a la derecha. Ahí está.

Hablo sola para no pensar. Es una técnica interesante para disuadirme a mí misma de tonterías poco productivas y menos apropiadas.

Distingo el hotel y reniego en silencio. Tenía razón. Parece mil veces mejor que el otro.

Un hombre mayor me sonríe nada más verme entrar y aflojo los hombros.

Ya sé dónde pasaré la noche y no me había dado cuenta de lo tensa que eso me tenía.

Me levanto muy temprano, porque mi idea es estar a primera hora en el banco. Debo hacerme con esa maldita tarjeta de crédito y con algo de dinero en efectivo.

Me encantaría poder salir a correr, poner la mente en blanco por un rato, pero no puedo hacerlo hasta no tener todo bajo control.

Me pongo un vaquero ajustado, una camiseta suelta y las botas de tacón. Me maquillo un poco, solo para quitarme la mala cara que anuncia al mundo que mi vida es una mierda por estos días.

Estoy lista. Tomo las llaves y justo antes de salir, me suena el móvil con la llegada de varios mensajes. Como sé que me va a carcomer la intriga si no lo hago, decido leerlos.

El corazón se me dispara.

Son de David.

Inspiro profundo varias veces y suelto el aire con lentitud antes de abrir uno por uno: «Te llamé y no atendiste, supongo que estabas con las chicas». «Llámame». «¿Cuándo vuelves?». «¿Celine

volvió antes?». «Si necesitas más dinero, avísame».

Un mensaje tras otro brilla en mi pantalla y yo me voy poniendo cada vez más nerviosa.

Coloco los dedos en el teclado para responder y el rostro de Val aparece grande y sonriente mientras suena la llamada entrante, desapareciendo las preguntas insistentes de mi esposo.

Aprieto los párpados, cuento hasta tres, inspiro profundo y, después, respondo:

—Hola.

—¿Te desperté? Tu vocecita me dice que sí —declara.

—Sí. Más o menos. Estaba por levantarme —altero un poco la realidad nada más—. ¿Cómo estás?

—Mal. Dante ya lo sabe y está destrozado. Me increpó. Me culpó de estar al corriente de todo y no contarle. Me gritó y lloró. Ay, Alana, no puedo verlo así —me cuenta entre sollozos.

—Lo siento por ambos. ¿Y qué sabes de Conny? —le pregunto, sentándome a los pies de la cama para que solo se vea la pared azul.

—No mucho. Celine me dijo que está encerrada en su casa y avisando a todos de la cancelación de la boda. También está organizando la mudanza. Va a dejar el apartamento. Ya sabes que es de Dante —me explica y afirmo en silencio.

—Claro. Volverá con sus padres por ahora, imagino.

Me angustia la situación de ambos. Y es que no puedo tomar partido por ninguno de los dos. Dante es una persona maravillosa también, aun así, Conny no está obligada a amarlo. ¿Qué se debe hacer ante una situación como esta? Es doloroso para todos y los que solo somos observadores de la situación, poco podemos colaborar.

Si analizo este nuevo escenario con frialdad, llego a la conclusión de que la decisión de mi amiga me pone a mí también entre la espada y la pared: me obliga a enfrentar una realidad que estaba demorando adrede.

Primero, la noticia de la boda y más tarde, la organización de la despedida de soltera y posterior fiesta; compartir la felicidad que, supuestamente, significaba el casamiento para todos me obligó a

callar lo que está sucediendo en mi vida y ahora… No es el momento tampoco. No debo complicar más las cosas. Yo sé que podré sola, saldré adelante tarde o temprano.

Me encantaría contar con David, pero ya sé que es imposible.

—Creo que sí. —La voz de Val me aleja de mis elucubraciones—. Estoy un poco resentida, Alana. Creo que voy a mantenerme un poco alejada, hasta que se me pase.

Cierro los ojos porque oírla suma más tristeza a mi estado vulnerable de los últimos… ya ni sé cuánto hace que estoy así, escondiendo mis emociones y al borde de un precipicio que me aterra.

—Val… —comienzo a decir con una importante carga de solidaridad y comprensión, así intento que suenen mis palabras.

—Ya sé que no debería sentirme así. Es que soy incapaz de evitarlo —murmura interrumpiéndome y casi al borde del llanto—. Por favor, no hagas sentir más culpable.

—Lo que quería decir es que todas te entendemos. Conny, la primera, y lo sabes. Tómate tu tiempo y acompaña a Dante, que te necesita. Val, mantente en contacto conmigo y Celine. No desaparezcas —ruego a la vez que percibo su sollozo, y ante el silencio repentino, le digo—: Te quiero, rubia.

Después de un rato de haber cortado la llamada, sigo todavía con la garganta cerrada. Me duele que mis amigas estén pasando por esto.

Cuando la alarma que puse anoche, para no quedarme dormida (algo que no pasó, porque no pegué un ojo), rompe el silencio de la habitación, me sobresalto.

De inmediato, me pongo en acción y salgo hacia el banco. No puedo demorarme demasiado, porque tengo trabajo que entregar. Mi jefe es el mejor y me está apoyando en todo, aun así, es exigente y me hizo prometerle que cumpliría los plazos de entrega. Nos jugamos mucho con los clientes para los que trabajamos con el equipo. Y reconozco que soy muy responsable, no me permito fallarles, ni a mi jefe ni a mis compañeros, y mucho menos, a los clientes.

Por suerte, cumplo con todos los trámites en tiempo récord. Una vez que llego a la cafetería donde trabajé ayer, pienso dos y tres veces antes de entrar. Y, aunque dudo unos segundos más de los necesarios, me aventuro igual.

Celine nos enseñó la importancia de tener un lugar público donde te reconozcan, por si alguna vez desapareces y alguien necesita confirmar que estuviste allí. Puede sonar paranoico, pero déjame explicarte: ella lo menciona en el contexto de sus citas con desconocidos, esas que organiza a través de una aplicación que tiene en el móvil. Celine sale con frecuencia con chicos que no conoce y siempre elige el mismo restaurante como punto de encuentro. Allí ya la conocen los meseros y hasta se hizo amiga de un tipo en particular, que creo que es el chef.

Pensé en tomar su ejemplo, como nadie me conoce aquí, cualquier precaución es necesaria; además, esta cafetería me gusta y la dueña, también. El peludo del mostrador, no.

Bueno, sí, pero no.

No, no me gusta y tampoco lo soporto. Es un *metomentodo* criticón.

—Con suerte, es su día libre —me digo en voz baja, mientras abro la puerta de cristal.

En fin… parece que la suerte no me acompaña.

Hoy no pasa desapercibido porque trajo la melena al viento. Y una camisa muy abierta. Demasiado.

¡La madre del borrego! Tiene tatuajes debajo de la ropa.

Claro que debajo de la ropa, ¿dónde si no?

¡Con lo que me gustan a mí los tatuajes!

David los tiene también. El corazón en llamas, que apenas asoma por la cintura de su pantalón, lleva mi nombre. Es cursi, lo sé, igual, fue bonito el gesto de hacérselo como mi regalo de cumpleaños hace ya… no recuerdo cuántos años. Lo dicho, los regalos que me hizo siempre fueron más para él que para mí.

Borro este pensamiento, no me parece justo. Debo analizarlo mejor para hacer una generalización tan amplia. Lo que sí puedo reconocer es que no sabe aislar sus propios gustos cuando busca obsequios para otras personas.

Trago saliva al llegar al mostrador y enderezo la espalda después de carraspear, para asegurarme de que la voz no me juegue una mala pasada.

—Buenos días. Mi nombre es Alana y vengo a pagar una cuenta que dejé debiendo ayer —explico de corrido, sin mirarlo a los ojos y de la forma que me dijo que lo hiciera.

Se rasca la barba de pocos días, lo veo de reojo mientras busco el dinero, porque no quiero hacerlo de frente. Una vez que tengo los billetes en la mano, se los tiendo.

—No sabía tu nombre —murmura, tomándolos.

Me devuelve lo que sobra y me observa en silencio. Aunque no busco su mirada, repaso su rostro, no en un punto fijo, sino en general. Reconozco que, un poco, me intimida.

—¿Estás mejor? —pregunta. Asiento con la cabeza de inmediato y sin pensarlo—. ¿Has cambiado de hotel?

Ahora sí me toca mirarlo con expresión dura para que deje de meterse donde no le corresponde. Me pasa que dudo de las palabras y las formas en las que puedo responderle, no soy buena bajo presión y soy capaz de parecer borde.

—Me preparas un ca… un té y… —reflexiono un momento sobre lo que debería comer e ignoro con alevosía su pregunta.

Lo pasé tan mal estos días… Anoche, al arroz insulso, blanco y desabrido, lo toleré bastante bien. Me siento mucho mejor, aunque no quisiera comer algo que pueda caerme mal.

—Una tostada sola de pan negro —agrega el muchacho mientras yo cavilo en la mejor opción para mi desayuno.

Decido que no es importante analizar el tono que acaba de usar, aunque sonó un poco a burla. Y me reiría, porque parece una broma que piense tanto qué pedir para acabar solicitando lo mismo que ayer, y que no fuese otra cosa que una aburrida tostada, pero no lo hago. No sonrío.

Lo cierto es que su arrogancia me pone de mal humor y no le voy a dar alas; además, no tengo que tolerar su altanería. Si quiero hacer de este lugar mi espacio de referencia, no voy a sufrir con sus impertinencias.

—Un sándwich de jamón y queso, por favor —digo con retintín y

elevo una ceja con determinación. A ver si así se da cuenta de que sus comentarios sobran.

Parece que funcionó, puesto que no hace ningún aporte.

Ante su silencio, me encamino hacia la mesa del fondo, la que tiene el tomacorriente cerca.

Capítulo 9: Malek

¡Soy un tarado! No aprendo que hay personas que toman a mal la simpatía o las conversaciones banales.

Me recojo el pelo y niego, frustrado conmigo mismo. Preparo lo que me solicitó mientras tarareo la canción que suena en el ambiente. Así alejo la vibra negativa de la mujercita con ínfulas que acaba de entrar.

—Buen día, Malek. ¿Me preparas lo de siempre?

Es el vecino. Se reúne aquí todos los martes con su cuñado y un amigo.

—Marchando —señalo, y lo saludo con un gesto de cabeza.

Aprovecho el tiempo que me da la cafetera y le envío un mensaje a Mía para quedar esta noche, ya que sé que no tiene ensayo. Me responde de inmediato con el emoticono de los ojos bien abiertos.

Le escribo: «Me dieron permiso, jaja. ¿Qué dices?».

Me parece una explicación clara que la defiende a ella también ante mi hermano. A ver qué me responde.

Con la bandeja cargada con el desayuno encargado, me dirijo a la mesa de la irascible *señora* de ojos bonitos.

—Aquí tienes —murmuro, dejando todo sobre la mesa. Es algo que suelo decir para avisar de mi presencia. Los clientes se distraen haciendo sus cosas y no me ven llegar, por eso, prefiero hacerme notar.

—La dueña me dijo que puedo trabajar aquí —me notifica, con seguridad y sin sonreír o agradecer.

—La dueña —repito. Esa caradura me va a escuchar; seguro que habla de Julia—. Si ella lo permite, por mí está bien.

Elevo los hombros como restando importancia a sus palabras. Tengo que aprender a mantener la boca cerrada con gente como ella y este es un buen momento.

Me mira, fijo, sin pestañear, parece estar esperando que la contradiga. No lo hago, aunque sí aprovecho para repasar sus rasgos y, otra vez, me llama la atención su boca. Lleva un hombro descubierto y veo cómo se le marca la clavícula.

—¿Algo más? —pregunta con sarcasmo.

Niego sin decir ni una sola palabra y me voy disparado, además de avergonzado.

¡Mierda!

Esta chica me atonta.

Suena mi móvil en el bolsillo trasero. No me demoro en tomarlo y leo la confirmación de Mía.

—Esta noche se me quita esta estupidez —murmuro para mí.

Cuando se me antoja una chica y acepta estar conmigo, solo pienso en ella. No voy a tener nada duradero o serio con la bailarina. Nos conocemos de hace mucho y sé que va para un lado y otro, quiero decir que hoy le gusto yo y mañana, quién sabe. Además, si ya no nos picó el *bichito del amor*, no sucederá después un revolcón programado. También tengo en cuenta que es una chica de mente libre. No se lo pregunté, pero lo adivino por sus actitudes y su manera de ser y actuar. La he visto en acción y no deja dudas al respecto. No se compromete y, ojo, me parece bien. ¿Quién soy yo para juzgarla? Por mi parte, solo la veo bonita, sensual y atrevida. Me da curiosidad, y lo digo sin más, me la pone dura con solo imaginarla desnuda. Es simple: nos tenemos ganas y nos las quitaremos, ya está. Si es solo por hoy, bien, y si la atracción persiste para un par de veces, también estará bien.

—Perdona. —Hablando de ponérmela dura... Esta lo que me pone así es el humor.

—Dime —murmuro. Alana me mira insegura ante mi respuesta seca y me siento obligado a agregar un par de palabras para no parecer tan antipático—: ¿Necesitas algo más?

Decido poner el tono más amigable para no ahuyentarla como clienta; una que parece querer ser asidua y leal. Esa es la clientela que me gusta.

—Sí, un poco de agua fresca con limón, por favor.

Esta debe ser una de esas mujeres caprichosas, con ganas de

romperle la paciencia al esposo. Y debe tener dinero, pienso mientras la observo volver a su mesa.

¡Mierda! Odio criticar. Y, aun así, lo estoy haciendo.

Le llevo el vaso. Ni me mira. Está inmersa en una videollamada y se ha puesto los auriculares. Mejor, así no tengo que interactuar con ella.

Volviendo hacia el mostrador, veo entrar a tres jovencitas bulliciosas y sonrío de inmediato.

—¿Eres Malek?

Asiento y espero. Prefiero no adelantarme y darles la posibilidad de que se expliquen.

—Nos envió una amiga. Dijo que tienes tarjetas —declara una, con voz aguda y decidida.

Asiento otra vez, saco tres cartulinas de un cajón y les doy una a cada una.

—Gracias —dicen a coro, y levantan la mano para despedirse mientras caminan hacia la calle.

—¿Me darías una más para mi hermana? —pregunta la que se retrasó adrede.

Me mira y se muerde el labio. No interpreto si quiere convencerme para que acceda a darle otra o está provocándome. No soy experto en el lenguaje verbal de las jovencitas, pero la experiencia ayuda, y el instinto. No es el caso. Las adolescentes ya son otra generación, una muy diferente a la mía.

Tuerzo el gesto y niego con la cabeza antes de negarme:

—No puedo. Solo es una por persona y si son mayores de edad.

—Lo es. Lo soy también —dice con torpeza, y pestañea rápido.

Ya entendí, está coqueteando conmigo.

—No dudo de que lo seas, de todas maneras, no puedo darte otra. Dile que venga ella —le explico con firmeza, aunque le guiño un ojo para que no se moleste conmigo.

—Le diré y la acompañaré —comenta y levanta la mano para despedirse, igual que hicieron sus amigas—. Nos vemos.

—Chao —saludo sonriente. Estas muchachitas me cargan de energía con su juventud.

Y sí, es linda, pero muy joven para mí. Últimamente, solo vienen

chicas universitarias. Seguro que están haciendo promoción en la universidad de acá cerca.

Levanto la vista para ver si alguno de los clientes necesita algo y me encuentro con la vista de la tal Alana clavada en mí, negando con la cabeza.

¿¡Qué hice ahora!?

Capítulo 10: Alana



Nunca reparaba en los hombres a los que llaman mujeriegos. Ya sabes, esos que miran culos, guiñan el ojo, sonríen de lado y tienen un puñado de palabras especiales para impresionar a las chicas más guapas.

El peludo del mostrador no hace otra cosa que recibir mujeres jóvenes y hacer todo lo enumerado, además de otras cosas, por ejemplo: mirarlas como si fuesen mercancía de exposición. Me refiero a repasarlas de arriba abajo y abajo arriba. Y me enerva ser testigo de tan espantosa situación. En este instante, la chica parece intimidada y cohibida frente a semejante hombre, por lo grande, digo… Bueno, y por… nada, mejor, lo dejamos ahí.

En realidad, estoy adivinando. No oigo nada desde mi nueva posición, ahora puedo observar todo lo que sucede en el mostrador y solo lo veo a él haciéndose el galán. Mucho esfuerzo no tiene que ponerle, la verdad.

Borro pensamiento.

Lo que quería decir era que nunca prestaba atención a ese tipo de hombres hasta que me topé de frente y dolorosamente con uno: David, mi esposo.

Conmigo, desde que nos conocimos en el trabajo, nunca se pasó de la raya. Fue atento, caballero, paciente, jamás se propasó ni dijo o hizo algo que me incomodase. Nuestra relación floreció con naturalidad entre miradas de soslayo y encuentros fortuitos, además de trabajo en conjunto. Nos conocimos y entre tanto pasaban los meses, poco a poco, fuimos gustándonos. En una fiesta de fin de año, se ofreció a llevarme a mi casa. Y me invitó a desayunar a la mañana siguiente... Así comenzamos con las citas y, con los días, llegó el primer beso. Más tarde, me hizo la proposición de vernos seguido, con la intención de mantener una relación seria; ya imaginarás el resto. Estamos casados.

Por todo esto que habíamos vivido juntos, cuando descubrí al hombre coqueto y mirón que me había ocultado, o había reservado para cuando no estaba conmigo, me asusté.

Pasó así: los miércoles hacíamos un *after office* con gente de la empresa. Por lo general, se organizaba por separado, hombres y mujeres tomábamos caminos diferentes. Concurríamos a dos bares cercanos, poniéndonos de acuerdo para no encontrarnos. Un miércoles cualquiera, nuestro bar estaba a tope y todas coincidimos en acercarnos al otro establecimiento, sin importar que allí estuviesen nuestros compañeros, junto a mi flamante esposo, cabe aclarar.

Nada más entrar, lo vi ser el centro de atención y de una manera exagerada, además. No lo reconocí en ese hombre que gritaba, bailaba, bebía sin freno y se reía mucho. Parecía que todos buscaban su atención y él se hubiese convertido en el rey del lugar. Recuerdo que una camarera guapa se acercó con las bebidas y David le susurró algo al oído. En respuesta, la chica le sonrió, presumida y sensual. El repaso que él le hizo fue alevoso. La chica estaba encantada, por supuesto. Yo no daba crédito a lo que veía. Estaba muda e inmóvil y ardía de celos. Con disimulo, propuse acercarnos «para molestarlos un poco con nuestra presencia», en plan broma. Todas aceptaron y lo hicimos. David me recibió feliz, lo reconozco. Me mimó con besos y abrazos, volviendo a ser el hombre que siempre vi en él, mi esposo, el compañero de trabajo en que todos confiábamos. Conmigo a su lado, volvió a acercarse la chica y ya no lo miró como antes; supongo que verme entre los brazos de David la hizo pensar que sobraba el coqueteo. Contrario a lo que se podría imaginar, esa noche no acabó en una escena de celos.

—Esa chica me miró mucho. Es guapa, ¿no? —susurra David en mi oído y me muerde el cuello con picardía.

—No me gusta esta conversación —le aclaro un poco molesta al ver que busca a la mujer con la mirada—. ¿Quieres que te cuente si alguien me mira y, además, si me parece guapo?

La pregunta la hago ya disgustada, más por su actitud de donjuan que por la de la desconocida, que supo alejarse de mi chico

al verme.

—No vuelvas a repetir eso ni en broma —dice en tono más serio y cerca de mi cara, con la vista bien anclada en mis ojos—. Si alguien te mira de más, me lo dices y le rompo la cara. Tampoco puedes mirar hombres, ni guapo ni no guapos.

—¿Y tú sí? —lo increpo, porque me parece injusto que se moleste por una pregunta hipotética que surgió a consecuencia de un coqueteo real de su parte.

Afloja los rasgos, me acaricia la cara y sonríe con pedantería.

—Nena, no tengo ojos más que para ti. ¿Acaso no te gusta que tu hombre llame la atención de otras mujeres? Esa chica debe estar pensando que te envidia por tenerme, porque te mimo. —Siento una caricia en el trasero y su lengua en mi oreja—. Cree que somos una pareja sexi y quiere estar en tu lugar, entre mis brazos.

Nunca olvidaré aquella sonrisa. No me gustó. Odié el teatro que armó para la desconocida, que creo que ni siquiera se dio cuenta.

Esa noche me quedó una espina clavada y lo conversé con mis amigas. Fue Val quien me dijo que las camareras, por lo general, coquetean para ganar consumiciones y buenas propinas. Tiene sentido. Celine agregó que también lo hacen para buscar variedad de hombres y obtener un buen catálogo de polvos, añadió que ella lo haría por ese motivo. A ese comentario le resté importancia, porque a todo tema que incluya hombres, ella lo relaciona con sexo, cama, posiciones, etc. No llegué a ninguna conclusión y, por suerte, no vivimos más situaciones parecidas.

Aunque hoy me cierra más la actitud de David. Necesité años para conocer de verdad a mi marido.

—Hey, ¿adónde te fuiste? —me pregunta Celine desde la pantalla de mi portátil.

Estamos en una videollamada que ella hizo porque quiere contarme sobre Val y la decisión que tomó de alejarse por un tiempo de Conny. Estamos preocupadas. Siempre fuimos muy unidas y mejores amigas las cuatro; no somos tres ni queremos serlo.

—Me distrajo el mesero —le explico, y giro el portátil para apuntar al muchacho con la cámara—. ¿Quieres verlo?

—¡Madre santa del cielo de los guapetones con pelo oscuro y músculos grandes! —exclama la exagerada, y bajo el volumen. Tengo auriculares, pero por las dudas, lo hago igual.

—Me hice de un lugar de base como me enseñaste, para trabajar lejos del bullicio del hotel y no encerrada en la habitación —miento al darme cuenta de casi meto la pata—. Y tocó este peludo en la barra. Vienen mujeres a cada rato y él no le hace asco a ninguna.

—¿Dónde dices que queda esa cafetería? —bromea, sin darse cuenta de mi engaño.

—Sí, parece tu tipo —agrego, poniendo los ojos en blanco.

Mi móvil vibra con la entrada de un mensaje de David, que se suma a las dos llamadas perdidas que ignoré por estar concentrada con un diseño que debo enviar por email cuanto antes. Se me dispara el corazón al leer su nombre y las rodillas comienzan a temblarme; menos mal que estoy sentada.

—Bueno, era solo eso —señala mi amiga, y retoma el tema de conversación que apartamos para criticar al camarero—. Si me entero de algo más, te llamo. Cuando vuelvas, nos juntamos las cuatro y arreglamos este asunto de las chicas. Por ahora, las dejaré hacer.

Me concentro en su perorata y disimulo los nervios que me produjo distinguir el nombre de mi marido en la pantalla del teléfono.

—No debemos meternos, Celine.

—¡Y una mierda! Si no lo hacen pronto, lo soluciono yo —asegura decidida.

Sonrío sin dudar de sus palabras y sigo el hilo de la conversación lo mejor que puedo.

Nos despedimos, no sin antes dejarla admirar al tipejo mujeriego una vez más.

Está bueno.

Borro pensamiento nuevamente.

Al mirar el reloj, suelto una exclamación desmedida. Giro para ver si llamé la atención y, sí, lo hice. Me pongo roja como un tomate y levanto la mano disculpándome con un par de clientes que me

miran sonriendo. A ÉL lo ignoro.

Tomo mis cosas a las apuradas y salgo corriendo de la cafetería.

—¿Pagas después? —pregunta con la voz gruesa y firme cuando ya estoy atravesando la puerta.

—¡No! Pago ahora, me olvidé —aclaro volviendo sobre mis pasos.

—Siempre me pasa también eso de olvidarme de pagar, sí —ironiza, tomando mis billetes.

Capítulo 11: Malek

Me doy cuenta de que está apurada y su olvido es involuntario, no soy idiota, pero me importa nada y menos.

Si ella trata como trata a la gente, recibirá lo mismo. Cosecharás tu siembra, dicen, ¿no? Bien, es lo sembrado conmigo lo que cosecha.

Me mira como insultándome. Me baja todos los santos del cielo en silencio mientras yo río por dentro.

—¿No te he demostrado ya que soy de confiar? —pregunta indignada y trajinando con su bolso.

—No te conozco —respondo sin mirarla, y no es porque no tenga ganas. Ya dije que me gusta admirar las cosas bonitas, pero no será esta la ocasión.

Murmura algo que no entiendo, dejo el cambio sobre la madera de la barra y me pongo a hacer garabatos en un anotador, para simular que estoy ocupado y así matarla con la indiferencia.

Advierto su mano pequeña, el anillo que la adorna y me la prohíbe, y el aire caliente que me pega en la frente debido a su suspiro. Cuando levanto la vista, sonriendo con arrogancia, o eso creo, ya me da la espalda. Ahora sí la repaso con la mirada. Es pequeña, con curvitas peligrosas y el culo respingón. La melena, que le llega por los omóplatos, tiene un color caramelo precioso; el sol le otorga unos reflejos muy bonitos cuando se mueve al son de su caminar enfurruñado y apurado.

Cuando se da la vuelta de golpe, bajo la mirada, rogando que no me haya descubierto observándola. Vuelve sobre sus pasos y entra a la cafetería como alma que lleva el diablo, toma no sé qué de la mesa que ocupaba y se va.

—¡Deja de mirarme! —exclama a su paso, llevándose por delante a mi amigo Xavier, con el que se disculpa con cordialidad—. Perdona.

—No pasa nada —dice él, muy atento, y después me pregunta—: ¿Qué miras?

Tuerzo el gesto y no le respondo, porque no sabría qué decir, la verdad. Me avergüenza la sola idea de responder que se me caía la baba por esa gruñona que parece aborrecerme. Elevo los hombros para que entienda que no diré nada y me acerco a la máquina que tengo a mi espalda.

—¿Café? —le pregunto. Sé que dirá que sí.

—¿Ha venido por tarjetas? —quiere saber, después de responderme con un movimiento de la cabeza.

¿Y a él qué le importa a qué ha venido?

—¿No estabas sufriendo por amor? —respondo molesto al notar su interés por ella y, por eso, reacciono mal, sin pensar en lo que digo—. Lo siento. Es solo una clienta. De las que me ponen de culo.

Silva al percibir mi mal humor. Espera en silencio a que agregue algo, aun así, no pienso decir nada más con respecto a la mujer, que también ha llamado su atención, parece.

—Esta noche, salgo con la bailarina del club, esa que te conté que me gusta. Mi hermano me puso los puntos sobre las íes, pero lo permitió. ¡Mira que costó! —le cuento, cambiando de tema.

Xavier sigue callado, paciente, estudiándome, hasta que consigue que claudique y hable de Alana. Justo lo que no quiero hacer.

—No es nada del otro mundo. Es muy gruñona y contesta mal —balbuceo sin querer explicar lo que me pasa con la chica. Algo que ni yo mismo entiendo, además.

—¿Y te afecta porque…? —me pregunta elevando las cejas y torciendo la cabeza.

—No tengo idea —respondo con sinceridad.

Xavier se toma el café sin decir nada más, es de los que tiene paciencia y espera el momento adecuado para hacer preguntas y dar consejos. Mientras bebe en silencio, es mi turno de observarlo. Advierto que todavía tiene ojeras y no recuperó los kilos que bajó. Ya perdí la cuenta del tiempo que hace que no me acompaña al gimnasio ni a la discoteca de Leroy y va siendo hora de sacarlo del pozo.

—¿Cómo estás? —indago en voz baja.

Lo miro fijo para dejarle claro que no le permitiré eludir la respuesta. Aprieta los labios y los baja en un claro gesto de: «mal, ¿cómo voy a estar?».

—Firmamos todo —dice en un susurro y carraspea para seguir—. Ya saqué mis cosas. Se quedó con el coche y vamos a vender el apartamento para repartirnos el dinero. Con esa mitad y un crédito, compraré algo más chico. Quiero volver a empezar, Malek. Ya está bien de lamerme las heridas —comenta sin mucho entusiasmo, aunque sí noto determinación.

—Me encanta escuchar eso. Poco a poco se solucionará todo.

Afirma con la cabeza y se queda pensativo. Él es así: serio, silencioso, sensible, buen amigo y la mejor persona que conozco. Por eso, me duele tanto que la exesposa lo haya dejado por otro; un idiota con apariencia de idiota, para ser exacto. No le puso los cuernos, la mujer fue sincera y le dijo que se había enamorado del abogado que la tenía contratada como asistente desde hacía un año y medio. El socio de Xavier, nada más y nada menos. El caradura es el amigo de la universidad, con quien montó el bufete hace un poco más de seis años. Sí, trabajaban los tres en la misma oficina. Una mierda todo.

—¿Hay fiesta el viernes? —quiere saber, y,

la verdad, me sorprende.

Sonrío entusiasmado y hace una mueca divertida.

—Sí. Toca una banda de chicas y es muy buena. Son geniales. ¿Vienes?

Asiente y me parece ver alegría en su mirada, un pequeño brillo que hacía tiempo que no tenía. Me alegra su respuesta y es porque quiero a mi amigo de vuelta. Me hace daño ver el despojo humano que dejó su malogrado matrimonio. No exagero, no.

Capítulo 12: Alana

¡Esto es una porquería! Las lágrimas caen solas por mis mejillas, una tras otra, incontenibles. No me merezco esto. No soy quien tiene que estar viviendo así.

Ya no puedo más.

La congoja me aplasta el pecho y me obliga a hipar entre sollozos. Niego en silencio, como si con ese gesto pudiera rebelarme contra lo que me rodea, contra este agujero sin alma que se supone debo llamar hogar. El bolso resbala de mis dedos, las llaves chocan contra el suelo y producen un ruido seco que retumba en el silencio, multiplicándose en el eco.

Me apoyo en la pared que está marcada con garabatos infantiles que me cuentan recuerdos de algo que alguna vez sucedió entre estas paredes y doy por sentado que ha sido bonito. Mis piernas flaquean y me dejo caer hasta el parqué sucio, con la espalda arrastrándose en la superficie fría. Cierro los ojos, intentando escapar de esta realidad, sin lograrlo, por supuesto.

Esto es una pocilga.

Hay un mueble roto en la entrada, una mesa tambaleante, una cama sin colchón y una banqueta mugrienta haciendo de mesa de noche. La cocina está peor: la grasa pegada al fregadero, una olla abandonada sobre la encimera y hasta un vaso roto.

—¡No se suponía que sería así! —exclamo, golpeando la cabeza contra la pared, porque ya no tengo otra forma de desahogar esta rabia. La angustia y la frustración tampoco es que jueguen a las escondidas, por el contrario, se hacen presentes convirtiendo este instante en algo difícil de sobrellevar.

El llanto se apodera de mí. Me sacude, me ahoga, me retuerce. Siento que mi propio cuerpo me traiciona, debilitándose.

Toqué fondo.

Hasta aquí llegué.

Sabía que el día que abriera la compuerta de las lágrimas me enfrentaría a la verdad: no la farsa piadosa que me inventé, sino esta realidad cruel, despojada de todo disfraz.

Gracias a esa mentira creada a conciencia, fui capaz de disimular y fingir felicidad, lo hice por Conny y su boda. También pude angustiarme por esa inesperada decisión que tomó y apoyarla; fui sincera con ella, porque mis propias emociones estaban anestesiadas. Ponerme en el lugar de Val y seguirle el ritmo a mi jefe con su exigente ritmo de trabajo no me supuso una complicación tampoco.

Me mentía, me engañaba, me aturdía…

Pero ya no puedo más.

—¡Te odio! —grito—. ¡No me merecía lo que me hiciste!

Me duele la garganta por el alarido que se me ha escapado y no puedo contener los gemidos lastimeros que surgen de mi pecho, desde mi corazón herido y mi ego maltrecho.

Suena el móvil y me vuelve a la realidad que me envuelve y me encantaría negar.

Es David.

—¡¿Qué?! —gruño, después de atender la llamada.

—Mi amor, por fin me atiendes. ¿Estás bien? ¿Cuándo vuelves? Tenemos que hablar. Todo tiene una explicación.

—No voy a volver, David —le confirmo con seguridad y me seco las lágrimas con un manoteo duro y doloroso.

—Ya estás diciendo tonterías. Voy a buscarte, dime dónde estás, Alana.

Corto la llamada, dejo caer el móvil al suelo y me toco el pecho. Tengo los latidos descontrolados.

Otra vez suena el teléfono. Leo su nombre y chillo, todavía presa del llanto, sin tomar la llamada:

—¡Déjame en paz!

Apago el equipo y lo tiro lejos de mi cuerpo acurrucado en un rincón de lo que se supone será mi nuevo hogar.

No lo es. No todavía.

—Basta —murmuro y me incorporo.

Me seco los mocos y las lágrimas que siguieron cayendo silenciosas. Me pongo de pie e inspiro profundo.

Lo convertiré en uno. Esta porquería será mi nueva residencia y me alegrará vivir aquí. Tengo que hacerlo para seguir siendo aquella Alana fuerte que todos creen que soy.

No lo creen, lo soy, y me lo repetiré las veces que sean necesarias hasta dejar de dudarlo.

—Soy fuerte. Yo puedo sola —recito como si fuese un mantra, y enciendo el ordenador.

Echo un vistazo a mi nuevo saldo bancario. No es mucho, pero es mío, y buscaré la forma de que sea suficiente. Sé que puedo hacerlo. Abro el calendario para confirmar el día del mes. Ya ni sé en qué fecha vivo. Bien, en diez días cobro la mensualidad.

Hago cálculos aproximados y decido destinar una cantidad importante para arreglos y muebles esenciales. Me detengo un instante, dudando. Una vieja sensación quiere reaparecer.

Respiro hondo y sacudo esos pensamientos.

Esas inquietudes o dudas que supe tener no van a convertirse en fantasmas del pasado acechándome a su antojo. Este dinero me pertenece y con él puedo hacer lo que quiera, sin dar explicaciones. Es mi vida y he decidido que cada pequeño paso hacia adelante será mío también.

Solo para reafirmarme, cierro los ojos y recuerdo lo que no volveré a permitir:

—¿En qué has gastado tanto con la tarjeta? —me pregunta David nada más verme entrar a casa, y lo hace con una seriedad que no me gusta.

De inmediato, se me borra la sonrisa que me produjo el mensaje de Celine. Pasamos una hermosa tarde de compras y compartimos un pastel delicioso en la cafetería de la terraza del centro comercial. Lo cierto es que se nos pasó la hora entre vestidores y chismes varios.

—¿Qué? —balbuceo sin entender su reproche, y nerviosa al verlo acercarse furioso. Los ojos le destellan de esa forma que me eriza la piel.

—No te hagas la tonta. ¿De dónde vienes? ¿Con quién estabas? ¿Por qué tardaste tanto? ¡Explícame este gasto! —grita cada pregunta, y con la última exclamación cargada de ira, me pone su móvil frente a la cara, muy cerca, golpeándome la nariz con él.

—Estaba con las chicas en el centro comercial. Fuimos de compras y le presté dinero a Val, porque olvidó la cartera en su casa —le explico. No soy capaz de frenar el balbuceo que me provocan los nervios. Tampoco me ayuda esa mirada oscura e intensa que deja clavada en mí.

—¡Mientes! —asegura. Jamás me gritó de esta manera. Mi cuerpo acaba de sacudirse del susto.

—¿Por qué lo haría? —le pregunto sin entender su reacción.

Camino unos pasos para dejar las compras en el sillón y me lo impide. Se me cae todo al suelo cuando me zamarrea y me gira para ponerme frente a él otra vez.

—Vamos a ver a Val, quiero que me lo confirme ella misma —dice, y tironea de mí.

—No vamos a hacer eso. ¡Estás loco! Tu desconfianza no es sana —le aseguro mientras lucho por soltarme de su agarre, sin lograrlo.

Me está llevando a rastras hacia la calle. Cuando llegamos a su coche, me mete en él por la fuerza. Sé que lloro y también que tengo que rebelarme; *sin embargo, no lo hago, solo lo observo detrás de mis lágrimas. Su rostro está desfigurado. No sé qué le pasa y me aterra averiguarlo*; *por eso, me dejo llevar sin formular comentario alguno. Tampoco me dirige la palabra en todo el camino y lo agradezco, porque no creo que pueda emitir ni una palabra, siento la garganta cerrada.*

Cuando llegamos a la casa de mi amiga, es él quien toca el timbre, después de bajar del coche de manera apresurada.

—Hol… —dice ella.

—¿Estabas con Alana? —la interrumpe David.

Val me mira sin comprender nada. Me ve llorando y entrecierra los ojos después de acercarse unos pasos hacia mí.

—¿Qué pasa? —indaga, preocupada, y no es para menos.

—¡Responde! Y dime si te prestó dinero. No se te ocurra mentir porque me daré cuenta —aclara mi esposo en tono amenazador.

Sigo en silencio y con la mirada de Val clavada en mí.

—Fuimos al centro comercial. Alana pagó por mis zapatos, porque yo no llevaba dinero ni las tarjetas de crédito conmigo. Acabo de llegar a casa y vine directa desde allí —explica mi amiga, sin dejar de estudiarnos.

—Gracias —expresa David, y se encierra en el coche sin despedirse de ella—. Vamos a casa —gruñe desde allí.

Le toco el brazo a Val para hacerle saber que estoy bien. Puedo ver que está confundida por el show que acabamos de dar David y yo. Le agradezco y la tranquilizo con una mirada antes de saludarla con un abrazo.

—Todo está bien —murmuro en su oído.

Entro al vehículo temblando de furia… y miedo.

—No vuelvas a desaparecer así. Tampoco a hacer gastos tan grandes sin avisarme —ordena mi marido, observándome con ojos brillosos y acariciándome la cara.

Sonríe como si nada hubiese pasado y enciende el motor.

De vuelta en casa, me abrazó cuando nos acostamos a dormir sin cenar. Me explicó que se preocupaba por mí, que era la consecuencia de amarme tanto. Que imaginó que estaba con otro hombre y no pudo razonar ese pensamiento cuando me vio entrar tan sonriente.

Fui yo la que se disculpó aquella noche. Me quité el camisón y lo seduje para no irnos a dormir enojados.

Inspiro profundo para dejar ir lo que produjo el recuerdo. Doy cinco pasos largos y firmes hacia el dormitorio y vuelvo a concentrarme en mis necesidades más urgentes. Preciso un colchón y no escatimaré en gastos. El descanso es fundamental.

Retomo mi lugar frente a la pantalla, abro una hoja de Excel y comienzo una lista de cosas a comprar. Con más de diez artículos agregados creo que es suficiente. Por ahora. Estiro la espalda, buscando aflojar los músculos agarrotados. Me seco a golpes las silenciosas lágrimas que me hacen cosquillas como si fuesen pequeñas hormigas deslizándose por mis mejillas y tomo las llaves. No lo pienso dos veces.

—Es lo que hay —digo para convencerme.

Salgo del piso y del edificio dando largas zancadas, llego al coche, bajo las dos maletas y, una vez dentro otra vez, las abandono en el medio del salón. Voy al baño y me lavo la cara; tengo que secarme con un pañuelo de papel, porque no tengo toallas. Pienso que debo añadir eso a la lista. Miro el inodoro y gruño, ni siquiera me atrevo a sentarme en él para orinar, es un asco.

Ya de vuelta en el salón, abro las dos ventanas para que corra el aire y decido dejarlas así hasta mi regreso. Es imposible que alguien entre por ellas. Estoy en un quinto piso, en el contrafrente, y hay un espacio de sombra entre edificios, lo que permite que entre fresco. No puedo decir que sea luminoso, aunque fresco sí que es.

Desde hoy, pensaré en positivo. No voy a quejarme más, ya que es lo que puedo permitirme con el presupuesto que destino a la renta y, por otra parte, cumple con el principal requisito: tiene seguridad en el acceso al edificio. Nadie ingresará sin mi permiso.

Capítulo 13: Malek

Hoy tengo ganas de irme temprano. Necesito salir a correr y machacarme con las pesas un rato.

—Julia, entro un momento —le aviso antes de ingresar a la oficina que tenemos en el fondo. Allí dejo un bolso con la ropa deportiva para ocasiones como estas, en las que prefiero no pasar por mi casa antes de ir a hacer ejercicio.

Mi cuñada asiente y sigue limpiando la mesa que se acaba de desocupar.

Me desvisto rápido, después de trabar la puerta. Ya estoy en calzoncillos cuando recibo un mensaje de Mía. Es una foto suya en una pose de bailarina sexy. No debe ser de este instante, porque está demasiado producida. Mientras la observo, entra otro mensaje que dice: «Para que vayas preparándote».

Suelto la carcajada, sopeso la idea de sacarme una foto también y enviársela en respuesta, pero me parece demasiado. No quiero sostener un ida y vuelta con este tipo de tonterías. Solo pasaremos un rato agradable y nada más. Las ñoñerías son bonitas para compartir con una pareja con la que buscas complicidad e intimidad, ¿o no? Lo vuelvo a analizar y… hago un gesto de negación. Sigo pensando que no es buena idea.

La voz de mi queridísimo hermano se me viene a la mente de inmediato y sé que me hará pagar cualquier inconveniente que surja después de lo de esta noche.

Le envío como respuesta una carita feliz y un fueguito. Mejor lo dejo así. A ver si me meto en un lío.

Ya listo, tomo el bolso con la ropa que me acabo de quitar y salgo al local.

No puedo obviar la presencia de la chica de ojitos bonitos y, mucho menos, su aspecto desarreglado.

—Déjame pensar —dice Julia, y se toca la cara, mirando el techo—. Puedo preguntarle a mi novio. Él debe tener gente. ¿Me das un minuto y lo llamo?

La veo asentir y desviar la vista hacia la calle. No se quita las gafas de sol. ¿Por qué?

Tomo del codo a Julia y la oculto detrás de una columna. Se da cuenta enseguida de lo que pretendo.

—Necesita obreros para poner a punto el apartamento que alquiló. ¡Qué te importa, después de todo! —exclama y se aleja, dejándome solo.

Mientras ella habla por teléfono con Leroy, yo decido hacerme ver por Alana. No tengo idea por qué estoy actuando como un tarado y tampoco voy a dedicar ni dos minutos a averiguarlo. Dejaré que fluya la estupidez, le doy más importancia a la curiosidad que siento.

—Otra vez por acá —digo. Inmediatamente me mira. Me hace un repaso interesante y me dejo, por supuesto—. ¿Te atendieron?

—Sí, gracias —responde después de carraspear.

Se acomoda el pelo, que tiene recogido con un gancho, y una vez más, se me escapa la vista por sus rasgos. Tiene las mejillas coloradas y los labios hacia abajo. No puedo verle los ojos pues sigue con las gafas puestas y no me preguntes por qué, pero intuyo que está triste.

—Deja de mirarme como si fuese un bicho extraño —me reprende.

¡Mierda!

—No… yo… No te miro como un bicho extraño —le aclaro. Y la verdad es que me quedo sin palabras puesto que no sería apropiado decirle la verdad: que la noto triste y me encantaría conocer el motivo.

—Tengo buenas noticias. Mira —explica Julia, apareciendo a mi lado, y señala un papel escrito por ella misma—. Este hombre es pintor, dile que llamas de parte de Leroy, que es mi novio. Este señor y su hijo te pueden arreglar la encimera, cree. No está seguro. Ellos te ayudarán a conseguir más mano de obra si la requieres.

—Gracias… Perdona, olvidé tu nombre —se disculpa la mujer,

pero no es a mí a quien se dirige.

—Julia.

Tiene una vocecita tan dulce que me dan ganas de abrazarla.

¿¡Qué!? ¡Yo no tengo ganas de abrazar a nadie!

Enciende el móvil. ¿Quién lleva un teléfono apagado y dentro del bolso? De inmediato, le llegan varios mensajes, muchos mensajes, y se pone pálida.

—¿Estás bien? —le pregunta Julia. Yo agradezco en silencio que se diera cuenta del cambio de actitud de la chica.

No puedo quitarle los ojos de encima y menos ahora, que va a responder a una pregunta que también le hubiese hecho yo.

—Sí, sí —asegura. Abre la aplicación de mapas y pone la pantalla para que la vea mi compañera—. Señálame lugares para comprar muebles de segunda mano o cosas usadas. Tengo que amueblar y cuento con poco presupuesto.

¿Eso es todo? Entrecierro los ojos mientras mi cuñada hace lo que le pide y al ver que ninguna reacciona a la mentira que acaba de decir, me pongo a pensar en las cosas que no uso. Que no son muchas.

Cuando la parejita formada por mi hermano y quien me mira con cara de intriga en este instante se mudaron juntos, me dieron un montón de utensilios del hogar que siguen en las mismas cajas en las que me las entregaron.

Julia sigue observándome y tuerce la cabeza provocándome para que diga algo. Sabe que tengo todo eso muerto de risa en la pequeña baulera ubicada en la cochera techada de mi apartamento.

Elevo una ceja y chista antes de preguntarme:

—¿No tienes nada para prestarle o darle? Algo que no uses... Yo tengo que buscar. Seguro que puedo…

—No, no. No puedo aceptarlo. Mi problema es momentáneo, lo solucionaré —aclara Alana con rapidez, un poco incómoda con la situación. Supongo que verme involucrado en sus problemas no le causa mucha gracia.

—Con más razón. Te lo presto y me lo devuelves cuando puedas si no quieres conservarlo. Así no compras todo junto y sin poder elegir bien —comenta mi cuñada y otra vez fija sus ojos en los

míos—. ¿Malek?

Arrugo la frente para hacerle saber que no me hace sentir cómodo con la presión que en este instante está ejerciendo contra mí y me aclaro la garganta antes de hablar.

—Algo tengo, seguro. Buscaré en la cochera —digo.

La muy desgraciada debe estar aplaudiendo en silencio, Julia, no la *señora* gruñona.

La voy a matar, a Julia. Mejor, la despido hoy mismo, por metiche.

—Mañana, cuando venga a desayunar, si es que tuvieron tiempo de buscar y encontraron algo, me lo dicen. No es una obligación —acota Alana, seria—. De verdad. Contaba con hacer el gasto, pero si algo puede esperar, mejor. Y será un préstamo —señala, con el dedo levantado.

—¿Para qué están los vecinos? Malek tiene una camioneta y puede llevarte lo que sea —indica mi cuñada y ante mi silencio, agrega—: ¿Cierto?

Asiento y cierro los ojos para que no se me noten las ganas de «explicarle» algunas cosas. A Julia, obvio.

—No, no. Eso no. Y si tú tienes algo, te lo pago, no te preocupes —afirma la chica, refiriéndose a mí.

Su rostro acaba de tornarse serio y antipático de repente.

Es ponzoñosa.

—Claro, arreglamos un precio, no te preocupes —defiendo su propia idea, solo para molestarla.

Julia me fulmina con la mirada. Alana, también.

Si ella me busca, me va a encontrar. Así de simple. Encima que queremos ayudarla, viene con sus sarcasmos inútiles y fuera de lugar. No tengo idea de lo que le hice, pero se ve que le ha molestado de verdad. Y como no me gusta ser agredido o despreciado sin razón, reacciono.

—Quedas al mando —digo a mi empleada metiche en tono seco.

Tomo el bolso con la ropa, que había abandonado por ahí, y me marcho un poco molesto.

¡Lo que faltaba!

Ya sé que mañana voy a venir con la camioneta y las benditas

cajas para regalárselas, dispuesto a llevárselas donde me indique, además. Porque así soy. Si yo no las necesito y ella sí, qué más me da regalárselas.

No tiene por qué saber que accedí a ayudarla.

Que sufra un poco y pague las rabietas que me hace agarrar con sus malas contestaciones.

Capítulo 14: Alana



Hoy me he tomado el día libre. Mi jefe ha entendido que tenía que hacer la mudanza. Por supuesto, que no le he contado el desastre que tengo por apartamento.

Aquí estoy, con las rodillas en el suelo y la ropa más roída que encontré en la maleta, unos guantes para no poner a la miseria mis manos y varios productos de limpieza rodeándome.

El baño ahora huele delicioso, las alacenas están cubiertas por papeles antideslizantes y decorativos, también los cajones. Fui al supermercado y llené la nevera con los productos más necesarios.

Me siento satisfecha. La angustia va mermando. No es que desaparezca. Sigo pensando que no merezco nada de lo que estoy viviendo.

Nunca traté mal a David, lo amé como a nadie. Fui fiel hasta en pensamientos, porque no me hizo falta mirar a mi alrededor para disfrutar de la belleza masculina. Todo él me gustaba, me gusta.

Bueno, hoy, no todo.

Qué triste es ver morir el amor que una vez imaginé el ideal. El que había soñado para mi vida. Me enamoré tan fuerte, tan bonito, tan romántica y apasionadamente… Jamás pensé que no llegaría a mi sexto aniversario. ¡Ya teníamos planeada nuestras bodas de plata!

«Nadie te amará como yo. Nadie, mi amor».

La frase que siempre me recitó hace eco en mi memoria y rebota con fuerza una y otra vez, lastimando recuerdos, ensuciando un pasado que pretendía que fuese perfecto y mutaría día a día en un futuro idealizado.

Malditas lágrimas. No quiero llorar.

Releo sus últimos mensajes, solo por ser un poco masoquista, supongo: «No puedes terminar conmigo». «No sé vivir sin ti. Me

mato si no vuelves». «No me hagas esto, Alana. Vuelve o te voy a buscar». «Solo acepto no estar juntos si uno de los dos está muerto».

Trago la angustia, el miedo, el dolor y levanto el telefonillo del apartamento que acaba de sonar.

Todavía no es el mediodía y ya han llegado los pintores.

Son dos hombres: uno más joven, es un adolescente, y su padre.

Se ponen a trabajar de inmediato, después de contarles lo que preciso, y decido ir a avisarle a Julia que ya conseguí quien ponga a funcionar lo que convertiré en mi hogar hasta que tome decisiones drásticas y determinantes.

Todavía no tengo el coraje de acabar con todo. Me aterra enfrentar a David. Me asusta dejarme convencer o lo que es peor, permitirle que me dañe más aún, ya sea física o emocionalmente. No creo poder soportarlo.

Quiero devolverle el coche también. Es un regalo, sí, aunque es mío solo de palabra. Los papeles están a su nombre y no puedo venderlo, como pretendía cuando me subí a él para escapar de lo que se había convertido en una preciosa y lujosa cárcel.

Su décima llamada perdida hace vibrar mi móvil y lo ignoro. Ahora sé que no es que le haya pasado algo, sino que está intentando controlarme. Siempre se me dispara el corazón y comienzan a temblarme las piernas o las manos. Ese efecto comenzó a tener en mí, hace un tiempo, quien supo ser el amor de mi vida.

Entro a mi casa con los nervios de punta. Estaba en una reunión importante con un cliente y David me llamó quince veces. No pude atenderlo y cuando, por fin, pude devolverle la llamada, él no respondió.

Preocupada, entro al dormitorio y lo veo sentado en la alfombra, con la espalda recostada en el lateral de la cama. Mi ropa interior está desperdigada por todos lados y mis bolsos.

—¿¡Entraron ladrones!? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —le pregunto, acuclillándome a su lado y llorando por la angustia de

creerlo herido.

Le toco la cara, los brazos… y recibo un golpe en la mejilla que me tira al suelo.

Es el primer golpe.

Me quedo sin palabras y trago la sangre que sale de mi labio inferior.

—¿No te permitía atender el teléfono o no lo escuchabas por estar gimiendo como la puta que eres? —gruñe, y me apunta con el puño listo para estrellarlo en mi rostro.

Me cubro con los brazos y suelto un grito espantoso.

No me pega.

—Te gusta ponerme celoso. Lo haces a propósito. Te encanta verme sufrir por ti —asegura.

Levanto la mirada hacia él, sin dejar de mantenerme cubierta por si decide volver a golpearme.

—Estaba en la oficina y lo sabías. Me viste cuando te fuiste para ir al gimnasio con tus compañeros —digo entre sollozos, para hacerlo recordar.

—Ahora resulta que tengo la culpa —murmura, ofendido, y se aleja unos pasos.

—No dije eso.

Me pongo en pie al ver que él sigue enfadado, en silencio, pero más calmado. Quiero darle tiempo para que su humor mejore y el susto que pude haberle causado, desaparezca.

Me meto al baño. Me ducho tomándome más tiempo del normal. Y al salir, me observa. Así es como nota que mi mejilla y labio ya están hinchados. Jadea y se acerca a *mí con los ojos vidriosos, cargados de pánico.*

—¡No, no, no, no! No puedo haber hecho eso. ¿Fui yo?

No digo nada, solo dejo que mis lágrimas rueden por mis mejillas. Se deja caer delante de mi cuerpo y comienza a sollozar. Me dejo abrazar las piernas.

Permanece un rato largo arrodillado a mis pies. Llorando.

Se golpea la cabeza y maldice arrepentido.

Sufre de verdad.

Yo no siento nada.

Esa noche, comencé a cambiar. La metamorfosis de aquella esposa perfecta y cariñosa dio comienzo en mi interior. Fue inconsciente, recién ahora puedo reconocerlo.

No pienses que el proceso ha sido rápido. Nunca lo es.

Como tampoco lo ha sido el de él. ¿Cuál? El del marido adorable a monstruo.

No sucede de la noche a la mañana. Un día, algo ocurre y especulas que fue un error, una tontería, o que fue tu responsabilidad; la segunda vez, quizá, que tiene razón y que no lo va a repetir; la próxima, analizas su rostro, sus emociones y concluyes que tuvo un mal día; y así, nace la lista eterna de excusas. Comienzas a conocer la rutina. El llanto no te produce nada, el perdón suena vacío y el pánico lo cubre todo con su manto.

Nunca, jamás, piensas que es el comienzo de algo que va en escalada y que se pondrá peor.

Ahora sé que idealizaba los momentos buenos y en mi mente los multiplicaba para que fuesen más que los malos. Es automático. Buscas ver el vaso medio lleno y no casi vacío. Supongo que será el instinto de supervivencia.

Sí, es fácil ver desde fuera que ese instinto debería alejarme, empujarme lejos. También creí que así sería si la vida me exponía a vivir algo semejante. Yo fui de las que critiqué las actitudes de otros maridos y otras esposas. Yo también vi cosas que me ponían los pelos de punta y me daban ganas de zarandear a esa persona para hacerla reaccionar.

Yo estuve en tu lugar, quizá, tú no en el mío.

Capítulo 15: Malek 

La veo salir del edificio con la cabeza gacha. Seguro que va pensando en cualquier cosa. Recién cuando ve mis botas casi tocando sus zapatillas deportivas, levanta la mirada.

Me quedo sin palabras. Está demacrada, con ojeras y los ojos rojos.

—Ho… —carraspea para recuperar la voz—. Hola.

La saludo con un movimiento de cabeza y juro que, si no tuviese dos cajas en las manos, la abrazaría después de secarle las mejillas.

Se pone las gafas de sol y disimula. Intenta que no la vea. Tarde.

—Julia me envió con las cosas que te prometió. Si es mal momento...

—No, no. Bueno, no es el mejor. Justo iba para la cafetería. ¿Quieres…? No sé. Eh, puedes… Mira, déjalas acá. Yo las subo —titubea nerviosa, y me señala un rincón detrás de la puerta de entrada al edificio.

—Hay una mesa plegable y unos bancos —comento.

—Ah, entonces, cargamos el ascensor directamente. Te ayudo —dice.

Sigue esquivando mi mirada.

—No hace falta. Solo mantenlo abierto, que voy por las cosas —le pido y me encamino hacia la camioneta, aturdido por mis propios pensamientos.

Voy dejando todo en el elevador y una vez que vacío el vehículo, la veo entrar y acomodarse entre los bártulos apilados. Intento hacer lo mismo, porque quiero ayudarla para que no cargue peso. Es su lenguaje corporal el que me indica que no lo haga.

Doy un paso atrás y espero que diga algo.

—Gracias. Mañana pasaré y se lo agradeceré a Julia también. Les devolveré todo o lo pagaré —comenta sin mirarme. Sus ojos

vagan por el suelo o por la gente que pasa a mi espalda.

—¿Puedes dejar de decir tonterías? —rezongo. Levanta la vista y me mira mal, como siempre, o eso creo, porque sigue con las gafas—. Estamos regalándotelo. Lo puedes conservar hasta que te compres algo mejor y cuando ya no lo necesites, se lo donas a otra persona. Esto puede ser el comienzo de una de esas cadenas de favores.

No sé de dónde saco semejante estupidez, pero no quiero irme. Me preocupa esta mujer. Debería preocuparme también por mi actitud y mis pensamientos.

Asiente, intenta sonreír y aprieta el botón del elevador.

—¿Estarás bien? ¿Necesitas algo más? —le pregunto.

Niega y la veo desaparecer detrás de las puertas metálicas.

No me gusta una mierda esto. Sé que no la conozco de nada y que no debería importarme, aun así, lo hace. Se la ve vulnerable, dolida, frágil… y sola.

Tomo el teléfono y llamo a mi cuñada.

—Ya entregué las cosas. La chica esta tiene problemas serios —aseguro, ya de camino a la camioneta.

—No me digas. ¿Recién lo notas? —dice con ironía.

—No, pero hoy está peor. ¿Te atreves a llamarla para ofrecerle ayuda femenina? —le pregunto con la frente pegada al volante. No estoy muy seguro de que tenga que hacer algo por ella, no me ha pedido ayuda, es más, negó la que le ofrecí.

—No sé. Apenas la conozco. Solo tengo su número y dirección por los muebles. No sé si hacerlo. Pecaré de metiche —comenta Julia y tiene razón, pero no me importa.

—¿Desde cuándo eso te resulta un impedimento? —pregunto en tono de broma. Porque metiche es por naturaleza.

—Idiota —murmura, riendo—. Lo pensaré. Y no te olvides de pasar a buscar el café, que nos queda poco —me recuerda.

Menos mal que lo hace, porque con mi cabeza ocupada en los problemas que creo que tiene y desconozco de Alana, ya me había olvidado.

Como mis pensamientos, desde que la conocí, van por libre y no los puedo dominar, imagino que el esposo se quedó sin trabajo y es

ella quien mantiene la casa. La he visto trabajar en la cafetería. Puede que no les alcance para mucho y por eso se angustia. Parece exagerado, pero he visto cosas peores.

Me gustaría conocer al esposo.

La chica debió tener dinero de sobra. Ya me parezco a Julia o la otra camarera. Aburridas o desocupadas, son culebras envenenadas. Los clientes son sometidos a todo tipo de elucubraciones. ¡La de novelas que se inventan estas dos! A lo que iba, que Alana tiene pinta de no haber pasado necesidades. Joyas, bolso, cochazo, cabello arreglado, manos impecables, móvil y portátil nuevos… Entonces, ¿por qué pedir muebles prestados?

Voy conduciendo por inercia, sin pensar en lo que hago, demasiado distraído en lo que no me compete. Jadeo cuando veo la luz roja y freno de golpe, apretándome el pecho con el cinturón de seguridad.

—¡Deja de pensar estupideces y céntrate, que tenías que doblar hace dos calles! —me reprendo.

No puedo creer que esté pensando en Alana y no en Mía.

Debería estar recordando su aroma, sus poses, su culo desnudo y las ganas que me quedaron de ensuciarle las tetas cuando tuve que sacarla antes, porque nos quedamos sin condones.

Capítulo 16: Alana



Parece que hubiese sido ayer que pisé este lugar por primera vez, y ya ha pasado un poco más de una semana.

El camarero me ve llegar y disimula. No me mira ni me saluda. No lo voy a culpar. Soy una borde con él y no sé por qué. O sí, lo sé. Porque me vio llorando más de una vez; porque le grité y lo traté mal en varias oportunidades, y me siento avergonzada; porque es un metiche y porque me incomoda su mirada. Y su apariencia. Y la risita estúpida que le dedica a las chicas que parecen hacer fila para venir a verlo.

Parece que le *saca punta* a su… al… ya me entiendes. Si se acuesta con la mitad, qué digo la mitad, con una octava parte de las mujeres que lo visitan, se le va a gastar antes de fin de año. Su economía debe peligrar con el gasto que hace en condones, porque doy por hecho que los usa.

La promiscuidad tiene desventajas si no sabes protegerte. En realidad, imagino que es así. Nunca fui de esas mujeres que tienen como *hobby* acostarse con hombres.

Eso dice Celine, que para ella es un *hobby.* Y sí, gasta mucho dinero en condones y otras cosas con las que se protege de enfermedades. No quiero llamarla promiscua porque sería emitir un juicio de valor y no quiero hacerlo. Los tiempos han cambiado y ya me veo por su mismo camino cuando quiera volver al ruedo.

Está bien, le quito el mote al *peludo* también y no lo llamaré promiscuo, aunque poco selectivo, sí.

Me tiene ilusionada la situación de que mi apartamento ya esté habitable. Soso, poco decorado, nada bonito, pero limpio y con lo necesario para vivir con un mínimo de comodidad. He comprado flores para alegrarme el día y puse un par de plantas para ver algo de vida rodeándome. Puede que hasta me compre un gato o un canario, o un cobayo, algo que no requiera mucha atención. No soy

de mascotas. Dejaré esa decisión para más adelante.

Desde que me instalé, desistí de usar el coche. Necesito ahorrar para devolverle el dinero a mi jefe y poder adecentar mi hogar. Insistiré en llamarlo así hasta que me lo crea. Me hace bien el ejercicio mental.

Estuve pensando que debería retomar la costumbre de correr. Y lo haré, acabo de proponérmelo. El lunes retomo. Ya mismo me pongo la alarma. Sin alarmas, mis planes peligran, porque no estoy muy enfocada aún.

Volviendo al tema del coche. Lo dejé en un depósito municipal, techado por si acaso. No pago nada y está al resguardo de las inclemencias del tiempo. El dato me lo dio el pintor, su amigo es conserje allí y me hizo un huequito a cambio de llevarle alguna vianda cada tanto para pasar las guardias nocturnas. Justo a mí me la pide, que cocino lo justo y sin sazón. Eso me criticó siempre David. Sospecho que tengo que comenzar a ponerlo en duda, como todo lo que me dijo alguna vez.

Me instalo en la mesa de siempre y se acerca Malek. Ya sé que se llama así.

—Hola. ¿Lo de siempre? —me pregunta, clavando sus ojos negros en mí. Me acomodo en la silla y afirmo—. Hay tarta de frutas recién horneada —me avisa, aunque suena como aburrido, algo así como un vinilo rayado que repite algo una y otra vez.

—Lo de siempre está bien —indico seria. Me reprendo en silencio. No sé por qué le hablo tan mal—. Gracias.

Agrego la palabrita mágica y una sonrisa mentirosa.

Él me sonríe de verdad, dándose cuenta de mi intención, y niega con la cabeza. Lo entiendo, me da por perdida y con justa razón.

El móvil suena, lo silencio, y abro mi portátil. Ya imaginarás de quién se trata. Suenan los mensajes de cada día. Cinco. Ni uno más. Comienza con disculpas; sigue con victimización, de esos son dos; y llegan las amenazas, primero sobre sí mismo y luego, sobre mi persona.

Me aterra pensar que puede cumplir una u otra. Me obligo a creer que si no ha cometido una locura aún, ya no lo hará.

Han pasado casi dos semanas desde que me fui de casa y me

parece una eternidad. Poco a poco voy creyendo que hice lo correcto y que debería haberme atrevido antes, aunque prefiero no reparar en eso. Lo hice cuando pude.

Celine aparece en la pantalla de mi portátil. Le encantan las videollamadas. No sé mucho sobre Val y menos, sobre Conny. Andan desconectadas y mi mente no está para ocuparme de ellas. Sé que necesitan espacio y yo, también. Quiero priorizarme por una vez. No quiero ser egoísta, sin embargo, un poco lo estoy siendo.

—Pelirroja —digo a modo de saludo mientras busco los auriculares.

—Alana, ¿qué está pasando? —me pregunta sin más y con cara de enojada. La miro. Elevo una ceja—. Dijiste un par de días y ya pasó más de una semana. Tu esposo está quemando mi teléfono a llamadas y mensajes. Lo tengo en la puerta de mi casa cada dos por tres… O me dices lo que pasa o…

—Discutí con él… cuando… —comienzo a inventar, y no se me ocurre nada.

Veo al peludo acercarse y busco los auriculares con más énfasis.

—¡Es tu esposo y no tiene la más mínima idea de dónde estás, Alana! Eso no es una discusión y nada más —dice mi amiga en su tono más impaciente, y Malek me mira.

Encuentro los malditos auriculares y los conecto, tarde, pero lo hago. No quiero que sepa sobre mis problemas. No quiero tener que dar explicaciones. Y odio las miradas cargadas de lástima.

Rozo mi anillo con el pulgar y cierro los ojos. Debería haber comenzado este proceso quitándomelo. La realidad es que no pude hacerlo, algo en mí cree que debo mantenerlo en mi dedo para recordar la existencia de mi matrimonio. Todavía estoy casada.

—Discutimos —murmuro—. Fue una discusión importante. No le dije dónde estaba porque no quiero que venga a buscarme. Debe aprender de su error.

Me mira con dudas. No se lo cree. Puede que yo sea muy buena mintiendo, no obstante, queda en evidencia que sí lo soy ocultando. Vaya a saber qué le está escribiendo David en esos mensajes. No quiero preguntarle para que no desconfíe más de lo que ya lo hace.

—Sabes que puedes decirme lo que sea. No tengo que

repetírtelo, ¿cierto? —agrega, y me mira fijo. Yo asiento y sonrío—. Tengo que dejarte, que hoy tengo un día largo. Hablamos. A ver si convenzo a Val de hacer una llamada las tres. Con Conny no contamos. Está en la casa de los padres, deprimida y culposa. Quiere comenzar terapia, porque dice que no tiene claro qué hacer de su vida.

—Me parece bien que lo haga —comento y me alegro de que cambiase de tema. Ella es así, todo lo hace con el pie en el acelerador. Las conversaciones son rápidas y tratamos varios temas a la vez si está apurada. Lo bueno de Celine es que siempre está presente y dispuesta a tender la mano.

Conversamos unos minutos más y cortamos porque ambas tenemos cosas que hacer.

No quiero atrasarme con el trabajo y me pongo a ello. Prefiero no pensar en mis problemas y restándole tiempo en mi cabeza, lo logro por un rato. Sé que las cosas no se solucionarán solas, aun así, cada paso duele y todavía no me atrevo a dar el siguiente.

No se trata de sentimientos. A mí se me murió el amor, se fue gangrenando. Se trata de no saber cómo puede reaccionar David. De que me embauque, convenza o amedrente. Se trata de reunir la valentía necesaria para hablar con un abogado y poner la palabra fin a mi matrimonio con una sentencia de divorcio.

No es fácil hacerlo, no me siento preparada.

Capítulo 17: Malek

Me quito el casco y lo dejo sobre el asiento de la moto. Me doy la vuelta y la veo. Lleva un pantalón corto de deporte y un top que deja el ombligo al aire, y está sudada. La imaginación se me dispara por lares que no debería.

Es hermosa y yo no hablo solo de sus ojos o su cara. Ni de su cabello. Es toda bonita, armoniosa, elegante… Uf, me da calor verla transpirada y con las mejillas rojas.

—Hola, Alana —digo cuando pasa por mi lado.

No sé si no me vio o se hizo la que no me vio.

Con ella, todo puede suceder.

—Ah, hola —saluda, corriendo en el lugar para no perder el ritmo.

—Veo que haces más cosas además de trabajar —la pincho. Porque soy estúpido y prefiero su cara de culo a esta indiferencia.

Está buscando alguna respuesta que darme. Parece que no se le ocurre ninguna y me envalentono. Doy por ganada la batalla y pretendo dar otro golpe.

Tonterías que mi mente me obliga a hacer ante su apatía, buscando reacciones que la mantengan a mi lado un rato más.

—¿También tienes vida social?

Quiero nombrar a su esposo en algún contexto; no obstante, lo pienso mejor y no lo hago. Desde aquella videollamada en la que me enteré, hace unos días, de que está distanciada de él, no me preguntes por qué, se me antoja verla y hablarle más seguido.

Parece que ella está por la causa contraria.

De momento, no se apartó, lo que me anima a seguir hablando. Molestándola, a decir verdad. Ya no da saltitos; está de pie, delante de mi cuerpo, alertado por su presencia.

—¿Sales los fines de semana, por ejemplo? —insisto ante su silencio.

—Eso es algo que no te importa —dice por fin, y entrecierra los ojos.

—Y eso es algo que tú no puedes asegurar —señalo.

Me mira girando la cabeza de lado, intrigada.

—¿Qué cosa?

—Que me importe lo que hagas los fines de semana o con tu vida social. De hecho, me importa mucho —le explico. Su sorpresa es evidente, pero la disimula.

—¿Y por qué? —cuestiona, colocando las manos en la cintura.

Parece una niña enojona. El cabello recogido y la poca ropa le quitan años. Podría pasar por una de las universitarias que van a la disco de Leroy.

—No tengo idea. Lo que sí puedo asegurarte es que me interesa que te diviertas y estés bien —respondo con sinceridad.

Sus ojos comienzan a largar dardos asesinos.

La pifié con lo que dije. No tengo la más puta idea de cómo, aunque sé que lo hice.

—Lo siento. Haz de cuenta que no hice ese comentario. Toda esta perorata es para mencionar la discoteca de mi hermano. Si quieres y tienes ganas, puedes ir el viernes. No te cobrará la entrada y puedo invitarte una copa si nos cruzamos. No necesitas compartir espacio o tiempo conmigo, solo quiero…

—Que me divierta y esté bien —repite, interrumpiéndome, y asiento sin atreverme a sonreír.

No puedo adivinar si le pareció bien o mal mi arrojo de invitarle, porque lo es en toda regla.

Me mira por unos eternos segundos, minutos o lo que sea, baja la cabeza, eleva la mano y se va. Me doy por saludado con ese gesto y la observo alejarse.

Xavier sale de su oficina y me encuentra ido, perdido en las curvas de la chica que va desapareciendo de mi vista en cada zancada que da.

—Hey, ¿adónde te has ido? —pregunta, tomando el casco que traje para él.

—Tras una chica bonita —le respondo, y me arrepiento de inmediato. Es tonto ser tan sincero con Xavier. Se pone pesado.

—También me iría tras esa en particular —murmura.

Sé que me está fastidiando. Le encanta. Más ahora, que va recuperando su buen humor.

—Firmar el divorcio te dio alas, parece. Y me alegra, pero estaría bien que buscaras tus propias vistas. Sube, si no quieres quedarte aquí —refunfuño divertido.

—¿La conozco? —insiste, y niego antes de subirme a la moto para que lo haga él después.

—Te la cruzaste. Es la clienta que me pone de culo —digo, refrescándole la memoria.

—¿La gruñona que contesta mal? —quiere saber, ya acomodado en el asiento de atrás.

—Prefiero hablar de otra cosa —lo corto, y acelero.

Cuando llegamos al gimnasio, nos metemos en el vestuario directamente. Tenemos que ponernos la ropa de entrenamiento.

Mi amigo me mira diferente, baja la vista, vuelve a observarme y me pone nervioso. Parece que estuviese estudiándome y tragándose algunas palabras.

—¡¿Qué!? —le pregunto con énfasis.

El caradura se ríe y, después de hacer un gesto raro, y siendo condescendiente en algún punto conmigo, responde:

—Nada. ¿Qué tal con Mía después del revolcón? Así lo has llamado tú, no yo —aclara, y tiene razón.

Fui desconsiderado y poco respetuoso; lo reconozco, pero no se lo digo.

—No nos vimos todavía. El fin de semana será la primera vez desde aquella noche. Tampoco la he llamado o escrito, ni lo ha hecho ella. Parece que todo está bien.

Baja la cabeza, conforme con la respuesta. También lo estoy, la verdad.

Lo de Mía estuvo bien, lo pasamos genial y nos quitamos las ganas. Tuvimos piel y fue divertido, además, porque ella lo es. Veremos qué tal el reencuentro o si se vuelve a dar una nueva oportunidad. No la propiciaré yo, eso lo tengo claro. Para mí, creo

que fue suficiente.

—¿Y la gruñona qué? Así la llamaste tú, no yo —repite y se ríe. Voy a tener que cuidarme de las palabras con esta nueva versión de mi amigo.

—Nada. ¿Qué pasa con ella? —Eleva las manos y no dice nada—. Es una clienta que tiene el humor de mil perros rabiosos y está casada.

Prefiero no mencionar nada sobre lo que escuché que le mencionaba, a quien fuese su interlocutor, en aquella videollamada.

Si se pone así de preguntón solo porque me vio conversar tres palabras con la chica, no quiero imaginar si le cuento toda la mierda que me da vueltas por la cabeza.

Además, ni yo lo entiendo. Sería imposible explicar tal tontería. No la conozco. Solo la he visto varias veces en la cafetería y nada más. Igual se me metió en los pensamientos de una manera bastante ingobernable y me jode.

Capítulo 18: Alana

¡Caray! Debí suponer que Celine no desistiría. Mi amiga tiene una particularidad: va de frente y busca las soluciones sin contar hasta tres. Es la más expeditiva de las cuatro. Arrasa con todo sin dudar.

—Hola —digo titubeando, encerrada en el baño de mi apartamento para que no adivine mi ubicación.

—¿Dónde estás? —pregunta, como imaginé, revoleando los ojos para pescar detalles detrás de mí.

—Lo mismo pregunto —inquiero solo para desviar la conversación.

Veo una cama y un mueble oscuro a sus espaldas.

—Yo tengo una respuesta sincera. Estoy en el hotel en el que deberías estar hospedada, ¿y adivina qué?

Trago saliva y bajo la mirada.

—No me has encontrado —digo vencida, en voz baja. Tomo el portátil, me encamino a la cama y me pongo cómoda antes de preguntarle—: ¿A qué has ido?

Es una pregunta tonta que hago solo por ganar tiempo. Yo sé a qué ha ido. Su mirada me hace saber que está muy enojada conmigo.

—A descubrir tus mentiras. También, a conocer el morenazo de la coleta —agrega para robarme una sonrisa.

Lo que me roba es un suspiro resignado. Ella es libre, puede hacer lo que le venga en ganas con quien quiera. Lo que me molesta, y no sé por qué, es que quiera hacerlo con Malek.

Borro ese miserable y egoísta pensamiento de inmediato.

Celine eleva una ceja ante mi silencio y sé que no se va a dar por vencida.

—Te paso una dirección por mensaje. Te espero aquí —le digo antes de cortar la llamada.

Mi amiga da una última vuelta y apoya el trasero en el pequeño recibidor que coloqué sobre una pared. Arruga su preciosa nariz y los labios aumentados en grosor con uno de esos productos que le encanta ponerse.

—Esto es horrible —señala.

Se me escapa una carcajada angustiada.

—Estaba peor —le aseguro mientras preparo un café.

—David fue a verme dos veces. Me siguió un tercer día, creyendo que iba a verte, y me espantó a un muchacho que me gustaba mucho. Aunque, primero, mi pretendiente me lo quitó de encima. Tu esposo estaba muy agresivo. Lo desconocí, Alana. Eso me hizo pensar que… Prefiero no adivinar. ¿Qué ha pasado? —pregunta en tono empático, acercándose a mí.

Abandono la tarea de hacer café. Tomo asiento en una de las sillas y ella lo hace en la otra. Mis ojos se nublan. Cierro los párpados para que no lo note y escucho un suspiro de su parte.

—Se acabó, Alana. Vine para que me lo cuentes todo. Para eso están las amigas. En las buenas y en las malas, ¿no?

Asiento mirándola a los ojos e inspiro profundo antes de decir, por fin:

—Me separé de David. —Eleva una ceja pelirroja y me intimida con su mirada—. Hace tiempo que no estamos bien, pero no quise opacar los preparativos del casamiento de Conny. Después pasó lo que pasó, tampoco quise desviar el tema. Ya estaba hecho, no había nada que modificar o algo en lo que pudiesen ayudar.

—Claro. Muy inteligente lo tuyo, sí —refunfuña con ironía. Se pone a deambular por el reducido espacio, confundida e intrigada—. Se los veía siempre bien, cariñosos; puede que él fuese un poco posesivo y apenas te dejase emitir sonido en las conversaciones si estaba presente. Eso no me gustaba y quería decírtelo —menciona como al pasar.

—Me enfurecía que lo hiciera, aunque lo prefería a las represalias —murmuro.

La veo abrir los ojos de manera exagerada y acuclillarse a mis pies. Un recuerdo me golpea de lleno y las lágrimas escapan sin poder retenerlas:

—Te crees perfecta. No solo me humillas pagando la cena. Claro, ¡la señora gana más que yo! —comienza a gritar nada más cerrar la puerta de casa.

Pasamos una agradable velada con mis amigas y Dante.

Todo se complicó cuando conté una anécdota del trabajo, interrumpiendo algo que él intentó contar sin haberlo presenciado. Su buen humor desapareció y, aunque intenté mejorarlo después, fue imposible.

Nos vinimos antes de comer el postre, para disimular, argumenté malestar estomacal.

—No soy un fracasado, ¿sabes? —insiste con la rabia puesta en cada palabra.

—Nunca he pensado eso —le explico en mi tono más suave.

Se aleja de mi intento de acariciarlo, porque necesito que se calme.

—No hace falta. Apenas me dejas hablar frente a tus amigos, como si yo te diese vergüenza. ¡Me interrumpiste, Alana! ¿Sabes cómo me sentí? —pregunta, deteniendo sus pasos sin destino, los que hace cuando se altera mucho.

—No habías presenciado el momento que estabas contando, de manera errónea, por otra parte. Nunca me avergüenzas, mi amor. Creo que estás tergiversándolo todo —le explico.

Me fulmina con la mirada. Me doy por vencida. Pego la media vuelta para dirigirme al dormitorio. En momentos así, sé que debo procurar estar lejos de él. Además, estoy cansada y no deseo discutir.

Me desabrocho la blusa mientras camino, dándole la espalda.

No esperaba el tirón de pelo, mucho menos el agarre en mi cuello.

Su cuerpo entero está pegado al mío. Siento su erección contra mi trasero, apretando, restregándose.

—Te amo tanto. Mira cómo me tienes: enamorado como un imbécil. Te culpo por convertirme en tu pelele —gruñe.

No lo dice con cariño, por el contrario, lo hace con ira retenida.

Me gira para que lo enfrente. Veo que se baja el pantalón. Yo estoy inmóvil. Si otra fuese la situación, me excitaría, pero no en

este contexto. Estábamos discutiendo y su mirada se volvió glaciar. Sé reconocerla. Creí que había aprendido a manejar la situación incluso: huir de su espacio, alejarme en silencio… Estaba resultando.

Comienza a masturbarse con una sonrisa lobuna en el rostro. Su imponente cuerpo está casi desnudo, no sé cómo lo hizo en tan poco tiempo. Los abdominales tensos; los brazos en movimiento; el tatuaje que me dedicó es acariciado por su dedo, provocándome. Su maravillosa figura se ve opacada ante el enojo y las palabras escupidas con desprecio.

Intenta acercarse. Yo niego con la cabeza, con insistencia, antes de susurrar:

—No tengo ganas ahora. Acabamos de discutir. —No creo que él esté en control de su fuerza y no me excita nada su reacción.

—Sabes que no puedo irme a dormir después de una pelea —asegura. Y no, no lo sé. Es una novedad para mí. Quien busca una reconciliación, siempre soy yo.

En una sacudida brusca, apoya mi pecho en la mesa del comedor y me penetra desde atrás, después de haberme levantado la falda y corrido la ropa interior.

Fue un instante. Solo un abrir y cerrar de ojos. Sentí su intromisión dolorosa y se me saltaron las lágrimas.

—Me enojo porque te amo —dice mientras golpea su cadera contra la mía con rabia.

No es deseo, no es pasión, mucho menos amor lo que lo moviliza en este instante.

Cuando acaba, vaciándose en mi interior, sé que llegará el arrepentimiento y las disculpas de rutina. No tengo ganas de escucharlo. Es patético cuando lo hace y a mí ya no me alcanzan sus palabras.

Estoy cansada.

Recuerdo la maleta a medio llenar, que abandoné debajo de la cama, y retengo el aire mientras llora y ruega que lo perdone.

Tengo miedo, sí, pero debo hacerlo aun con miedo.

—No me digas que… —ruega Celine, al borde del llanto. Asiento antes de que termine la frase, porque no quiero escuchar esas

palabras de su boca—. ¿Aquel día que apareciste con el pómulo lastimado, que dijiste que habían tenido un ataque de pasión bajo la ducha?

Otra vez, afirmo en respuesta, acariciándome la pequeña cicatriz.

—Alana —susurra, secándose una lágrima.

No sabe qué más añadir. La entiendo.

Suspiro y agrego:

—Huí de mi casa porque descubrí una cámara oculta en la ventilación de mi dormitorio. Discutimos; reconoció que la puso él. Perdió el control, me insultó y cuando intentó levantarme la mano, le pegué una patada entre las piernas. Ese día, me fui.

—¿Cuándo? —quiere saber, y seca otra lágrima, esta vez, es mía. Aprendí a llorar en silencio, para que David no me oyera. El dolor se enjuaga con el llanto, pretendía convencerme de ello, apretando mis rodillas, sentada en el suelo del baño, escondida de mi esposo arrepentido.

—La noche anterior a la despedida de Conny. Por eso me encontraron en el hotel. Fui una noche antes.

—¿Lo denunciaste?

Niego con un movimiento enérgico. Me aterra la idea; temo por las represalias.

—Pero tengo algunas grabaciones, fotos, textos y audios —le cuento—. Desde la primera vez, ha ido en aumento, y no lo acepté hasta que recibí la primera de las muchas cachetadas.

—Dame tu móvil —exige—. Puede localizarte.

Sus movimientos son torpes, sé que está furiosa. Vuelve a la silla y cuando veo que se calma un poco, le explico:

—Ya apagué el localizador, lo hice ni bien salí de casa —aseguro.

Le tomo las manos para mirarla a los ojos y contarle un poco cómo llegué hasta aquí. Sé que precisa que lo haga porque acabo de lanzarle un balde de agua fría y yo necesito desesperadamente apoyo, un hombro para recostarme y palabras de aliento que me ayuden a seguir.

—David no sabe dónde estoy. Por supuesto que me llama a cada rato, me escribe frases de amor y también amenazas. —Aunque me

ahogo con el llanto, sigo—. Estoy aterrada, Celine. No sé cómo seguir. El único que lo sabe todo es mi jefe. El hijo de puta vació la cuenta del banco para obligarme a usar la tarjeta. Mi jefe me prestó dinero y abrí otra para poder cobrar mi pago. Por suerte, había ahorrado lo suficiente, en secreto, para poder alquilar algo, aunque fuese esta pocilga.

—¿Estabas preparada? ¿Quieres decir que tenías este plan desde hace tiempo y nos mantuviste lejos? —me increpa. Su mirada es de puro reproche.

—No podía contarles. Quise hacerlo a mi ritmo. Estar segura de poder mantenerme firme y no querer volver arrepentida. ¿Lo entiendes?

Descansa sus ojos en los míos unos segundos y murmura un par de improperios antes de apretarme contra su cuerpo. Nos ponemos de pie, juntas.

El abrazo de mi amiga es tan reconfortante que me largo a llorar con una angustia incontrolable. Sollozos y gemidos acumulados, tragados y escondidos, se liberan sin freno; con ellos, dreno un poco del pánico y la incertidumbre que oculto entre mis nuevas rutinas.

Capítulo 19: Malek

Julia se me acerca entusiasmada. Alborotada, mejor dicho.

—¿A que no sabes a quién encontré en la fila e hice entrar? —me pregunta, robándome un trago de cerveza.

Se refiere a la fila de gente que se forma en la puerta de acceso a la disco. Muchos de ellos no tienen invitación; otros quieren entrar gratis y se quedan esperando hasta las tantas, por las dudas de que alguien les dé paso; otros tantos, y sé que no te va a gustar, quedan fuera por selección arbitraria del *gorila* que tiene Leroy por seguridad. Mientras más cola hay, más gente quiere venir a bailar a este club. Así funciona y, como yo no entiendo de discotecas sino de cafeterías, no opino.

Elevo una ceja y recupero mi botellín.

—Alana —responde Julia a mi silenciosa pregunta.

Me atraganto con el trago de cerveza y Xavier se ríe.

—Yo la invité —explico, como si no me afectase la noticia.

Lo cierto es que mi corazón se puso ansioso y el galope que tiene ahora mismo me pone al borde de un colapso. Inspiro profundo e intento relajarme cuando la diviso. Mis ojos se quedan prendados de su belleza. Mierda. El vestido que lleva me va a provocar el ataque al corazón, no el galope acelerado.

Xavier me golpea el hombro y señala a la chica en cuestión, adelantando la barbilla.

—Deja de molestarme —digo, y suelta una carcajada. Claro que se dio cuenta de que me gusta, si me conoce desde que teníamos seis años—. Está casada.

La perdí entre la multitud hace poco más de cuarenta minutos. Estoy dando una vuelta tonta por el salón para esquivar a Mía, cuando la

vuelvo a ver. Mueve su cuerpo con inseguridad, como si las ganas de bailar no se atreviesen ante la vergüenza o algo parecido.

Cierro los ojos cuando advierto que voy a ser imprudente, acercándome a ella, a pesar de saber que puede salirme el tiro por la culata. Así de estúpido me pone su presencia.

Me acerco bailando, me gusta hacerlo y creo que lo hago bien. Imito la famosa caminata de Patrick Swayze en la película *Dirty Dancing*. Cuando me ve, abre los ojos y sonríe; mueve su cabeza de un lado a otro, no pudiendo creer lo que estoy haciendo. Una vez que la tengo cerca, le tomo la mano y la hago girar.

Apoyo mi pecho en su espalda y, como quiere verme la cara, da vuelta a la cabeza.

No se había dado cuenta de lo cerca que estaba mi boca de la suya. Puede que yo lo hiciera a propósito y bajara la cara hasta la altura de su oreja.

Es una sensación demasiado agradable sentir su aliento tibio en mis labios.

Se aleja un poco, desorientada.

—Quita ese gesto. Aquí se baila —le explico al oído, impidiendo su huida.

—Yo no... —comienza a decir.

—Tú también —sentencio, porque adivino que iba a decir que ella no baila.

Sin que me importe su negativa, la guío hacia la pista con mi cuerpo. Estamos a pocos pasos.

—Digo que yo no sé bailar —me aclara entre trompicones, queriéndose soltar de mi agarre.

—Imposible —aseguro.

Le tomo los brazos, los coloco alrededor de mi cuello y nuevamente, apoyo mi pecho en su espalda.

—Todo el mundo sabe bailar, mejor o peor, pero sabe. Déjate llevar —le pido acariciando su oreja con mi boca.

Su perfume me está volviendo loco. Y su culo que, cada tanto, roza mis piernas. Intento mantener mi cadera alejada y lo logro con mucho esfuerzo.

Mueve su cuerpo como una serpiente. Tiene buen ritmo. Poco

importa si lo tiene o no, porque su sensualidad lo camuflaría de todas formas.

—Eso es, cierra los ojos. Siente la música —susurro en su oído. Mi entrepierna se quiere sumar a la clase de baile. No puedo evitarlo—. Como ya sabes bailar y adivino que no me quieres cerca, te dejaré sola. Permite que te admiren. Diviértete —digo y, en contra de mi voluntad, me voy por donde vine.

Mi erección reniega, dándome un pequeño tirón, que prefiero ignorar, y me camuflo entre la gente. Así es como me choco de frente con Mía.

Lleva poca ropa, como siempre. Su misión aquí es seducir, provocar, causar deseo… y me lo causa. O ya viene «causado» por cierta mujercita de curvas poco pronunciadas, ojitos tristes y mal genio. Y lleva una alianza en el dedo anular, no debo olvidarlo.

Mía se pega a mí y comienza a menearse al son de la música. Me acoplo a ella con la intención de olvidarme de Alana, a quien dejé bailando sola, a pocos metros.

No puedo evitar levantar la vista para cerciorarme de que sigue ahí y lo veo.

¡No puedo creerlo!

¿Está loco?

Capítulo 20: Alana



Lo quiero matar lentamente. ¿Lo hará a propósito? Es un metiche molesto que solo vive para exponerme.

Sé que no es para tanto, pero necesito drenar mi furia y no lo tengo cerca. Porque se fue.

Me invitó a bailar y se fue.

¡Cómo me enerva su actitud!

Busco a Celine con los ojos y la veo *prendida fuego* con un rubio que se le acerca demasiado.

—Madre mía, ¿y este qué quiere?

Me doy la vuelta para no hacer contacto visual con el chico que se me acerca sonriente. Voy a contar hasta tres y me iré de la pista.

Uno… dos…

—Hola. Me llamo Xavier —dice a mi espalda.

Cierro los ojos, inspiro profundo y me giro hacia el tal Xavier. Es guapo. Es ese tipo de hombres al que le dirías: «¿me cuidas el bolso por un momento, que olvidé las llaves en el coche?». Lo que quiero decir es que da confianza. Tiene una pinta de buenazo que convence.

Sonrío. Me sale natural.

—Soy Alana —menciono.

Extiende su mano y la tomo. Ya estamos presentados.

¿Quién se presenta con un saludo como este en la pista de baile de una discoteca atestada de gente?

—No sé bailar bien —me aclara.

—No te preocupes, te enseño. Acabo de aprender —bromeo, y le robo una risa franca.

Celine me ve y guiña el ojo, sin disimulo. Quiere que pruebe hacer lo que para ella es su deporte favorito: ligar.

No pretende que me vaya a la cama con nadie. Yo no creo tener estómago para hacerlo tampoco, no sé, digo que no. No es que

hubiese tenido la posibilidad como para saber si lo haría y nunca lo pensé, además, no es algo que meditara o analizara mientras estaba felizmente casada con el amor de mi vida. Y en estos momentos, tengo otras cosas en las que pensar, la verdad.

—Estoy con la chica adecuada entonces —dice Xavier, volviéndome al presente.

No lo creo, la verdad. No parezco adecuada para él ni para nadie en mi situación y con mis emociones un poco mareadas. Aunque da igual, no parece habernos importado menos mi realidad o su imposibilidad de dar un solo paso al ritmo de la canción. Nos dejamos llevar por la compañía y la diversión de hacer el ridículo sin que nos importe. Percibo que a él le pasó lo mismo que a mí. Congeniamos.

Bailamos entre risas y pisotones hasta que, acalorados, nos acercamos a la barra a por una bebida.

Mala idea.

Me encantaría poder explicarme mejor. Voy a mencionar algo que no tiene un motivo. Sé que mi poder de análisis de la situación deja mucho que desear y no me atrevo a darle vueltas al asunto. Ahí va: Malek está a pocos metros. Lo acompaña una diosa casi desnuda. Yo no llamaría ropa a esos trapos. La chica tiene un cuerpo perfecto, envidiable. Y justo *esa* palabra se me viene a la cabeza cuando veo que él la rodea con sus manos abiertas, acariciándole la espalda con una caricia que da… envidia. Eso mismo.

Me encantan los abrazos, las caricias, sentir el cuerpo del otro pegado al mío y los besos en el cuello, en el hombro… Pareciera que el peludo lee mi mente y sigue el hilo de mi imaginación. Pero en la piel de otra.

Me quita el aliento imaginar lo que harán después.

Siento que mi cuerpo se enciende y me incomoda el calor abrasador que llega hasta mis mejillas.

Calculo el tiempo que hace que no tengo relaciones sexuales con David y es mucho, demasiado.

Me reprendo en silencio, por atrevida. Por fisgona. Ni que fuese una voyerista.

—Creo que no me siento bien —explico sin dar detalles.

Mi compañero de baile me mira preocupado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta con empatía.

Niego y sonrío con sinceridad. No le veo ni una gota de maldad a este ser humano, sin embargo, no sé si muy buena leyendo a la gente.

—No te preocupes. Mejor me voy. Me encantó conocerte, Xavier. No soy buena compañía. Estoy pasando por… cosas —señalo un tanto enigmática.

—No digas tonterías. Eres la mejor compañía que pude imaginar. También estoy pasando por «cosas» —señala, haciendo las comillas en el aire, para enfatizar en la palabra—, pero mi amigo insiste en que debo hacerlo a su manera. Buscaba lo que encontré en ti: pasar un rato agradable, aprender a bailar y conocerte.

Capítulo 21: Malek

Xavier me mira con sorna y eleva los hombros. No sé si matarlo ahora o dentro de un rato, cuando se me pase el enojo.

No le puse mala cara ni le reproché nada. No creo que la haya reconocido. A Alana digo. Una vez, la chocó aquí mismo, en la cafetería, y la otra, solo le miró el culo mientras se alejaba corriendo. En la disco y a la distancia, me parece imposible que haya reparado en sus rasgos.

Igual, me pone los nervios de punta que se haya fijado en ella y no es solo porque yo también lo he hecho, sino porque es casada. ¡Ca-sa-da!

—Habla de una vez —exijo, y le pongo frente a sus manos el café que me había pedido.

—Conocí a una chica llamada Alana —dice con diversión.

—¿Y? —murmuro, mordiéndome el interior de la mejilla para callarme.

¡Qué poco me importa lo que me quiere contar y cuánto a la misma vez!

—Bien. Es simpática, divertida. Tiene potencial —comenta, como si fuese un proyecto de estudio.

La rabia me corre por las venas, pero decido ignorarla.

—Potencial. ¿Qué tipo de potencial? —le pregunto, disimulando también las ganas de mandarlo a la mierda y no, no sé por qué. Nada me une a la chica, lo tengo claro.

—No sé. Lo averiguaré —me asegura, bebiendo el café de un trago.

Maldigo en silencio la aparición de la tentación en persona. La que viene cada dos semanas a buscar tarjetas. Parece que se retrasó esta vez. Hace varios viernes que no la veo.

—¡Hola! —ronronea.

Xavier gira la cabeza con una rapidez que creí imposible. Por

poco se desnuca.

Lo entiendo, la voz de la señorita es bastante sugestiva. Abre la boca al ver la cantidad de centímetros de tela que le faltan al atuendo de hoy. Supongo que la piel que deja a simple vista es algo digno de mención también.

—Hola para ti también —agrega, mirando a mi amigo.

Mejor que no diga nada, que ya veo que tartamudea. Es tímido y un poco inseguro. Lo de él son los libros, el estudio y el trabajo. Se intimida con avasallamientos como este.

—No tengo tarjetas para los sábados, lo sabes —le explico al ver que Xavier enmudeció.

—Lo imaginé. Pero no quise perder la oportunidad de retomar la conversación que dejamos pendiente —aclara ella juguetona.

—No recuerdo haber dejado ninguna conversación pendiente —digo.

Claro que sé de qué habla, pero no va a poder ser por varios motivos: estoy con Xavier, tengo que saber qué fue lo que pasó ayer y qué se trae con Alana, y el más importante, es la misma Alana. La tengo tan metida en la cabeza que hasta me molesta e interrumpe mis actividades. La de anoche, en particular. La que ni siquiera se convirtió en una. Actividad, digo, no se convirtió en una actividad, de las calientes, sudorosas y explosivas. Con Mía, sí. La mujercita esta pulula tanto por mi mente que no puedo obviarla. Aturde hasta mis ganas de tener sexo espontáneo.

¡Lo que me faltaba!

Hablando de actividades que no fueron tal…

—Hey, Mía —dice Xavier, dándole un beso en la mejilla.

Las dos mujeres se miran y, con un movimiento de mano, se saludan.

—Bueno, veo que estás ocupado. Nos vemos pronto —asegura la chica con poca ropa y curvas de infarto.

—Ya sabes que es solo para los viernes —le aclaro.

Ella sonríe y me guiña el ojo con un toque de complicidad silenciada. Esto solo me pasa a mí. ¡Es de no creer! La tengo servida.

—¿Quién es? —quiere saber la bailarina.

—Viene por tarjetas cada tanto —respondo, y agrego, así no le permito analizar nada más—: ¿Todo bien? ¿Pasa algo?

No estoy siendo antipático ni borde, lo pregunto de verdad. Ella no suele venir aquí y, mucho menos, tan temprano, después de haber trabajado hasta el amanecer.

—No pasa nada. Iba de camino a visitar a mi abuela y pasé. ¿Podemos hablar un momento? —me pregunta.

Xavier levanta las manos y se aleja. Toma asiento en una mesa lejana y planta el móvil frente a sus ojos.

—Tú dirás —murmuro.

La veo venir y no sé si tengo ganas de mantener esta conversación.

—¿Qué pasó ayer? —Me mira a los ojos, aunque no percibo enojo o mala actitud, sino curiosidad genuina.

—Nada, estaba cansado. Terminabas muy tarde de trabajar y yo no tenía energía suficiente para esperarte. Se me cerraban los ojos —respondo.

Me estudia un momento, sin decir nada.

Tuvimos un acercamiento. Nos dimos un par de besos y me pidió que la esperase para ir a su casa después. Le dije que sí, porque había quedado un poco encendido con los roces del cuerpo de Alana. Pero al ver que Xavier salía tras ella, enfurecí de manera irracional, como siempre que se trata de la chica de ojos bonitos.

Mi mal humor tomó relevancia y terminé en la cama, solo, con el televisor encendido y viendo una película de acción con muchos tiros y coches dados vuelta.

Hoy amanecí pensando que soy muy patético. Me doy pena por ser tan tarado. Y lo acabo de confirmar al rechazar a la diosa que viene por las tarjetas. También, sumemos esta conversación con Mía, así rematamos la idea de que soy un perdedor.

Hacía mucho que no me ponía así de tonto con una chica. Me gusta la sensación y, por lo general, la disfruto, hasta la estimulo. Pruebo a ver qué pasa y lo intento todo para que sea algo lindo y prometedor. Busco enamorarme, sí. Aunque suene ñoño lo que digo, así es.

Esta vez, lo que me pasa con Alana es una mierda, porque me

ocurre con alguien que no está disponible.

—Malek, sin mentiras. No pasa nada. No somos nada —dice Mía, sacándome de mis pensamientos.

Mi hermano me cuelga de las pelotas si esto se complica.

La miro a los ojos y, aunque seré muy sincero, buscaré no herir su ego. Otra cosa no puedo herir, esto no se trata de sentimientos. Lo tengo clarísimo. Bueno, de mi parte no los hay y ella… ya sabes lo que opino de Mía.

—Tienes razón, sin mentiras —comienzo, y al escucharme, sonríe. Lo tomo como un agradecimiento por mantener un diálogo de adultos y continúo—: Me gusta una chica y cuando la vi, anoche, en la disco, fui tras ella. La perdí de vista entre la gente y opté por irme a dormir. No estaba de buen humor para quedarme y no me pareció justo buscarte después —le explico.

No le quiero dar más datos, por eso, condimento mi explicación con un poquito de fantasía.

—No fue tan difícil, ¿cierto? —indaga.

Niego y ella sonríe otra vez.

¿Esto ha sido todo? ¿Pude haber complicado mentalmente las cosas por el miedo que le tengo a la represalia de Leroy? ¿¡Tan cagón soy con mi hermano!?

—Me voy a ver a mi abuela. Espero que hoy me reconozca. Está muy perdida, pobrecita —me cuenta, poniendo los ojos en blanco, aunque también se le nota la tristeza.

Frunzo el ceño y aprieto los labios. No sé por qué dudo de que se lo haya tomado tan bien. El cambio de tema ha sido demasiado brusco. Además, su mirada relajada no me parece sincera cuando se acerca y me da un beso en la mejilla.

Saluda a Xavier también, antes de salir por la puerta de mi negocio y no hace comentarios extra o mueve el culo para que le observe, como de costumbre.

Solo espero estar sintiéndome culpable e inventándome problemas donde no los hay por lo mismo.

Capítulo 22 - Alana 

Qué incómodo es el coqueteo. La intención de seducir, que no sé si no queda solo en mi intención, me pone nerviosa. Me falta experiencia, o la tengo oxidada.

Celine sabría qué hacer, Val también, y creo que ella lo haría más a mi manera: sutil, no tan directa como la de la pelirroja. Mis pretensiones son otras incluso. Lo del revolcón y adiós no sé si combina conmigo. No tengo idea de cómo me sentiré a la mañana o a los cinco minutos, cuando mi mente se enfríe y lo vea aquí, conmigo, desnudo, sudado y ¡madre mía! La imagen me pone más nerviosa. Me excita. Me gusta.

Es tan atractivo, todo él. Su altura, todos esos músculos marcados, su cabello, la mirada intensa, esa sonrisa ladeada y su actitud altiva.

Me quiero ir.

No, mentira, me quiero quedar.

—Pagaría por tus pensamientos —asegura Malek.

Yo comienzo a hiperventilar. Ya me tenía nerviosa su cercanía. Con lo grande que es el sofá, ¿por qué no respeta mi espacio personal?

—No, no lo harías. Y si fuese el caso, moriría de vergüenza si los descubres —confieso, porque lo de mentir cuando estoy nerviosa y me siento presionada no se me da nada bien.

—Me interesa esta conversación —susurra, acercándose.

—A mí no —le aseguro, alejándome.

Me está entrando un calor insoportable y ya no se trata de que me imagine cosas cochinas. Son los nervios que me cuesta dominar o, al menos, disimular.

—Tienes miedo, estás nerviosa —murmura.

—No. Sí —afirmo, hasta con la cabeza.

Esa voz. ¡Que deje de ronronear a dos centímetros de mí!

—¿Qué te da miedo? —pregunta y me mira directo a los ojos.

—Tú. Yo. Esto que nos pasa. El después. Y no hablo de varios días o mañana, sino de dentro de un rato, una o dos horas.

—Estaremos todavía ocupados —afirma, rozándome el brazo.

Otra vez hiperventilo, ya al borde del desmayo.

—¿Dos horas? No me ilusiones. Me parece que exageras —bromeo, para hacerme la valiente y la *cool*. Ni siquiera sé de dónde saco las fuerzas para hacerlo. Aunque creo que parezco más una tonta e indecisa que otra cosa.

—Tal vez, pero te gustó la idea y sería bueno intentarlo. ¿Un maratón de sexo para evitar pensar en el después? ¿Te atreves? —me pregunta y ¿¡qué tipo de pregunta es esa!?

—No —respondo de inmediato, apretando las piernas para que nada me contradiga.

Su sonrisa es preciosa.

—Cobarde —ronronea, otra vez lo hace.

Asiento, muda, y sonríe más. Lo hace tan bonito que me acelera el corazón y hasta me roba un suspiro.

No debería mirarlo, pero cómo no hacerlo, si me encanta.

—¿Y si vamos despacio? Podemos ir probando a cada ratito un poco más. No sé, imaginemos que solo te acaricio. Así, no haría nada que te incomode —dice, rozándome el brazo.

—Lo sé. No eres tú —balbuceo. Cierro los ojos y un segundo después, los abro de golpe, decidida—. ¡Que todos los santos se apiaden de mí! —exclamo.

Una corriente de valentía me toma por sorpresa. Me subo a sus piernas, a horcajadas, y abrazo su cuello.

—Creo que no entendemos lo mismo por «ir despacio» —indica, divertido.

—No, es solo que… Tengo treinta años, puedo con esto. ¿Te beso? —le pregunto con la mente en blanco. No tan en blanco, está cargadita de ganas de mordisquearlo por todos lados.

—Si quieres besarme, no me negaré —responde muy cerca de mi boca.

Siento sus labios sobre los míos y los latidos de mi corazón se disparan.

El calor de mi cuerpo es tal que siento la nuca húmeda. Mi propio gemido me estremece al sentir su lengua rozando la mía y…

Abro los ojos.

Estoy agitada y sí, tengo calor. No solo mi nuca está mojada por el sudor.

Me ahogo cuando pretendo recuperar el aire que me falta.

Tiro las sábanas hacia un costado y me cubro la cara con las manos.

Bajo mis párpados sigue Malek, sonriendo, acercándose con lentitud y besándome.

¡Esto no está pasando!

Me avergüenzo de mis propios pensamientos, mejor dicho, sueños. Sin pensarlo dos veces, me pongo en pie y me meto en la ducha, fría.

Quince minutos más tarde, estoy eligiendo la ropa del día, sintiéndome la más tonta de las mujeres por haber soñado con *él*, por cohibirme y comportarme como una mojigata en mi propio sueño erótico y por la misma impotencia de sentirme así. Ya sé que son motivos contradictorios. No olvidemos sumar las llamadas matutinas y los cinco mensajes intimidatorios de David, que titilan en mi móvil y me provocan más remordimiento; así cantamos bingo.

Me obligo a no pensar más. En nada. Pongo música a alto volumen para lograrlo.

Canto. Mal. Horrible. Pero canto.

Tomo la falda más corta y la blusa más sexy que tengo. Elijo los tacones, en vez del calzado cómodo de costumbre, para disfrutar de la mañana del sábado.

Celine y yo nos reencontraremos en la cafetería de Julia. Anoche se fue acompañada y yo volví sola a mi casa. A ver qué aventura tiene para contarme esta vez.

Me maquillo un poco más de lo normal. Todo esto sin motivo aparente y tarareando la canción que casi me aturde. Intento convencerme de que lo hago para verme bonita y olvidarme de mis problemas, y del sueño improcedente, además de atrevido, que me despertó.

Supongo que Xavier, mi compañero de baile, tuvo algo que ver

con dicho sueño y esta actitud, la de querer parecer una *belleza exótica,* que he adquirido frente al espejo.

Sí, puede ser.

Miento.

«Quien tuvo que ver fue el peludo abrazando a la chica y mi yo interno reconociendo que el tipo me parece todo lo que está bien en este mundo, físicamente hablando, porque no lo conozco tanto como para afirmar que sea buena persona. Tampoco lo contrario, a decir verdad», pienso de corrido, para no interrumpirme.

Borro pensamiento.

Prefiero seguir metida en mis problemas y evitar la atracción por un hombre justo en este momento de mi presente. Un momento de mierda, por cierto. Uno en el que me esperan solo cosas horribles.

Me tomo de un sorbo el café amargo, como mi humor, y salgo de mi apartamento.

Miro el móvil, porque me acaba de entrar un mensaje de Celine y en el instante que toco la pantalla, aprieto por error el que me acaba de enviar David.

Maldigo en silencio y mis ojos se llenan de lágrimas al leerlo: «En menos de veinticuatro horas, me tienes allí. Vamos a hablar tú y yo. Eres mía. Mi esposa. Prepara tus maletas, que vuelves a casa. Te amo».

No me dejo doblegar por lo que acabo de leer y salgo del apartamento.

Capítulo 23: Malek

Parece que mi amigo tiene el día libre hoy. O espera a alguien, porque se le nota la ansiedad en el movimiento de la pierna. Además, no se ha quedado a conversar conmigo en la barra y se ha sentado en una mesa. Esto tiene olor a cita y me pone contento que así sea.

—No creí que llegaría el día en que tuviese que agradecerle a un hombre que me plantara en la pista de baile, después de sacarme a bailar —dicen a mi espalda.

La vocecita suave de Alana me eriza el vello de la nuca. Sonrío incluso antes de darme la vuelta y verla.

Está para comérsela.

Dirijo la mirada a la mesa donde está Xavier, hablando por teléfono, y trago duro. Prefiero no especular, pero… ¿estos dos se citaron aquí, frente a mis narices?

—Gracias —agrega, inesperadamente simpática, ante mi silencio estúpido.

—De nada —digo, y bajo la cabeza con lo que simula ser una reverencia, para sumar énfasis a las palabras que apenas pude murmurar—. Me alegro de que te lo pasaras bien. ¿Lo de siempre? —le pregunto después, así evito meter la pata.

Me conozco y me considero capaz de matar el silencio con una frase parecida a «¡qué linda que eres, madre mía!». Y sabiendo el tipo de relación que tenemos, no aceptará tal halago y me mandará a la mierda con una de sus miraditas que lanzan cuchillos.

—Sí, por favor —responde y justo entonces, hace contacto visual con mi amigo, para mi desgracia—. Hola, tú. Eres Xavier, ¿cierto?

La veo acercarse a la mesa, ignorándome por completo. Me quedo rumiando la bronca que me provoca su actitud. Y así

permaneceré ante esta situación: masticando la frustración.

—Soy Xavier, sí. Qué gusto volver a verte, Alana —dice mi amigo, y se abrazan como si se conocieran de toda la vida.

Esta chica está rara, más extrovertida, exultante, nerviosa… no sé, no puedo explicarlo. Rara es la palabra ideal. En fin… mejor, me doy la vuelta para preparar el café y no verlos interactuar.

Los celos me matan.

Sí, los celos.

Esto es una mierda, porque son infundados, inaceptables, inapropiados y todos los «in» que te imagines.

—¿Qué tuvo que ver él para que te acercaras a bailar conmigo? —oigo que le pregunta, con la intención de que yo la escuche, y me señala.

—Yo no tengo nada que ver con nada —sentencio con la voz un poco más alta de lo recomendable y de mala manera.

Otra vez, mi mal humor está al mando. Odio que me pase esto cada vez que algo no me sale como quiero con ella. Xavier me mira con una ceja levantada y prefiero ignorarlo.

—¿Una tostada o dos? —le pregunto, solo por interrumpirlos.

¡Dios mío! Soy un idiota.

—¿Sabes qué? Hoy sí quiero algo dulce —asegura Alana, con una enorme mueca de felicidad y hasta se le iluminan los ojos.

Me encantaría sacarle una foto ahora mismo, para que vea lo bonita que le quedan las sonrisas.

—El budín de arándanos es espectacular —expone Xavier, acercándose al mostrador.

Ella lo sigue y me mira con el labio mordido, pensativa.

Inspiro profundo, porque me provoca un montón de sensaciones ese gesto y tomo el trapo para limpiar sobre lo limpio.

Me siento tan perdido con esto que me pasa. ¡Me gusta tanto!

—Uno de esos, por favor —solicita divertida, como si estuviese haciendo una travesura. A mí se me ocurren otro tipo de travesuras con ella—. Ahora que sabes bailar, puedes invitar a tu novia o esposa, no sé qué tienes —agrega, enfrentándose a mi amigo y olvidándome otra vez.

Xavier cierra los ojos por un instante mínimo. Lo conozco. El

comentario le ha dado donde más le duele.

Busco la atención de Alana golpeando el plato sobre la madera de la mesa. Cuando logro su atención, le hago un gesto para que calle y no siga con el tema. Creo que me entiende.

—Haz de cuenta que no pregunté nada. No es de mi incumbencia —afirma, alejándose de repente, incómoda—. ¿Me lo llevas a la mesa?

Asiento, porque esa pregunta era dirigida a mí, como lo era su mirada avergonzada, y la observo alejarse.

—¿Estás bien? —quiero saber, una vez que ella se acomoda lejos y no puede escucharnos.

Mi amigo hace una mueca, mitad afirmativa y mitad más o menos, como respuesta. De ninguna manera es un gesto negativo. Lo cual me pone feliz, un poco, porque si esta nueva actitud es por ella, para mí se volverá una puta pesadilla.

Cuando tengo todo en la bandeja, me acerco a Alana. Está trasteando con el móvil. La noto pálida, como aterrada por algo que ve en la pantalla.

«No te metas, Malek», me suplico en silencio.

—¿Está bien tu amigo? —me pregunta al tenerme a su lado, carraspeando para que la voz le salga nítida.

—Sí, sí. No te preocupes. Aunque es un tema delicado para él —respondo, colocando la taza en un costado.

—Entiendo —murmura mientras le vibra el móvil, que llama su atención al instante.

Me mira, sin mirarme a mí en realidad, y tuerce el gesto, como queriendo agregar algo. Espero un segundo de más y, ante el silencio, me alejo.

Hay dos mesas más ocupadas con clientes, no puedo permitirme distracciones. Hoy no vino Julia y la otra chica llegará más tarde.

La puerta se abre y entra una descomunal pelirroja. Viste como si de acá se fuese directo a una pasarela de moda en Milán. Repasa a Xavier con la mirada y le guiña el ojo. Mi amigo sacude la cabeza, confundido y un poco atontado. Hoy le da algo.

La chica es de esas mujeres que intimidan. Es hermosa por donde la mires, elegante y muy llamativa.

Taconea hacia mí y sonríe al pasar por mi lado. Alana se pone en pie y se funden en un abrazo. *Mi* chica bonita llora. La pelirroja alta le acaricia el pelo. Y yo me muero por saber qué demonios sucede.

Xavier alza las cejas, a modo de pregunta, como si yo tuviese respuesta para darle. Elevo los hombros en un claro gesto de «no tengo la más puta idea de lo que pasa».

Ya dije que la veía rara. Sus emociones estaban atrapadas dentro, estaban preparando la ebullición.

No la conoceré demasiado, sin embargo, es transparente para mí.

Capítulo 24: Alana

Celine sigue leyendo los mensajes de texto que le conté que recibí.

Mi mente ya no puede más, desconecta, se va de viaje al sueño que me despertó y repaso el trasero del peludo, que se acerca a una mesa, más allá. Tiene uno de esos pantalones con el tiro bajo, un par de tallas más grandes, al igual que la camiseta; no obstante, le marca cada músculo de la espalda. Lleva el cabello suelto y los bucles más rebeldes que nunca. Como si quisiera provocar mis dedos. No me pasa desapercibida su mirada de reojo a cada rato.

Me llamo la atención yo sola por estar cavilando estupideces y desvío la mirada. No debería estar pensando en esto con David amenazándome. Estoy perdiendo la cabeza, ¿o qué?

Advierto que el otro chico, Xavier, me vigila también. ¿Le gustaré? Espero que no. No es mi tipo. Me cae superbién, pero nada más.

Le doy otro mordisco al budín y, después de tragarlo, murmuro:

—Es delicioso, deberías probarlo.

Mi amiga niega con la cabeza, con la vista pegada al móvil, hasta que suspira y me lo devuelve.

—¡Es un gran hijo de puta! —exclama, y se disculpa después por el exabrupto, que escucharon todos los presentes, vale aclarar—. Odio que no me lo contaras antes, Alana.

—No sabía cómo. No quise... —comienzo a decir, todavía con la boca llena.

—Ya lo sé —me interrumpe. Sería la quinta vez que le explico mis motivos, será por eso—. No me creo las amenazas. No sabe dónde estás. Lo hace para intimidarte y que le respondas un mensaje o le atiendas una llamada.

—¿Lo piensas de verdad? —le pregunto, y la veo dudar. Yo también lo hago.

Hasta esta misma mañana, David no había dicho que conocía mi ubicación. Solo me declaraba su amor y rogaba que volviese; por último, me quería obligar a que lo hiciese con frases atemorizantes. Nunca mencionó que sabía a dónde estaba. Hoy, sí. Y temo que no esté mintiendo.

—Tu apartamento es seguro, Alana. Relájate. Aunque deberías ir buscando un abogado y, también, preparando las fotos y vídeos para denunciarlo.

Asiento. Inspiro profundo y me seco la única lágrima que no pude retener.

Ya no quiero seguir hablando de David, porque tengo claro lo que debo hacer. El tema es que no sé si poseo la valentía todavía y es algo que analizaré a solas.

—Cuéntame algo, cualquier cosa —le ruego, cambiando de actitud.

—Conocí un chico que me encanta, pero es un crío, y ya sabes lo que me prometí —menciona entusiasmada, pero se desinfla al final.

—Y tú conoces mi opinión ante semejante tontería —señalo, acabándome el budín—. El trabajo, ¿bien?

—Sí. Estamos ocupadísimos con una nueva exposición. Es una artista nueva y enigmática. Es su primera vez de frente al público y ya sabes cómo es mi padre. Le encanta descubrir talentos.

—Tu padre sí que es talentoso. Adoro sus esculturas. Lástima que no puedo recuperar la que me regaló —rezongo.

Es una maravillosa escultura blanca que decora el salón de mi casa. Excasa.

—Lo harás. Te pertenece.

Celine me acaricia la mano y pone esa cara con la que me asegura que lo conseguiré sí o sí, ya que ella se encargará de ayudarme. Y le creo, pues la conozco demasiado.

—Alana —murmura después, cambiando por completo de expresión y mirando por sobre mi hombro, justo en dirección al mostrador—, el morenazo es más guapo en persona. Y te mira.

Giro los ojos, me acomodo en la silla, carraspeo y me bebo el café de un trago. Y es que el sueño, el maldito sueño, cosquillea en mi mente ante la sola mención de su persona.

—Ya lo sé. Me mira todo el tiempo, me investiga porque no puede creer que sea tan borde. Lo fui y soy con él —le explico, para ponerla en tema y evitar que divague con tonterías.

—¿Por qué eres borde con él? —pregunta, sin quitarle el ojo.

—Porque es un metiche, un fisgón, un metomentodo. Dice cosas desubicadas y atrevidas como que no quiere verme mal y le importa que tenga vida social. ¡Metiche!

—¿Eso interpretas de sus miradas? —cuestiona, distraída.

—¿Qué quieres decir? —Me mira con burla, la conozco. Se está riendo de mí.

—Nada, no me hagas caso. Llamemos a Val y probemos también con Conny. Mi avión sale en dos horas y en quince minutos me voy para el aeropuerto. ¡No sabes! —lanza de manera abrupta, mientras intenta comunicarse con nuestras amigas—. Val también conoció al hombre soñado, así lo describió. Resultó ser gay. Es el del cáterin de la boda de Conny —comenta divertida mientras esperamos que se conecten las chicas.

—Ya estás contando mis intimidades —refunfuña Val, apareciendo en la pantalla.

—Hola, chicas. ¡No saben cuánto las extraño! —interrumpe Conny, y las tres nos quedamos mudas—. Parezco un fantasma, pero no lo soy. Hola, Val.

La rubia sonríe bonito y le tira un beso, que Conny devuelve.

—Vamos al grano —comienza a decir Celine para que el instante no se vuelva incómodo. Si la conoceré—. Alana se está separando del idiota de David porque es un maltratador, psicópata. La golpeó y ab...

Levanta la vista cuando el ruido de una silla cayendo al suelo la hace consciente del lugar en el que estamos.

Malek, más allá, levanta dicha silla y me mira con los ojos enormes.

¡No lo puedo creer!

Celine se disculpa mil veces en voz baja mientras Val la reprende. No puedo enfadarme con ella. Siempre es la que rompe el hielo, la que nos mantiene unidas y al tanto de todo lo que pasa en nuestras vidas. Es como un imán que nos conecta a las cuatro. Ya la

conocemos, y no es ninguna sorpresa que, si se entera de algo, lo comparta con nosotras sin rodeos.

Yo sabía que, contándoselo, me ahorraría el tener que hablar con Conny y Val. Lo que no quería era que el barrio entero conociese mi secreto.

Capítulo 25: Malek

Me disculpo con las dos chicas por asustarlas. Ambas me miran como si quisiesen desaparecer, especialmente Alana, de quien no puedo quitar los ojos.

Me produce impotencia y una ira ingobernable imaginar por lo que pueda estar pasando, mejor dicho, lo que pasó. Si lo que acabo de escuchar es cierto, ya se ha separado de ese hijo de puta.

Si lo pienso en frío, no soy capaz de imaginar el calvario que puede ser vivir una experiencia así. Uno inventa según lo que cree que puede llegar a ser. No creo que alguien que no lo haya vivido sepa de verdad cómo es. Cada pareja es diferente, cada realidad lo es, y el intento de zafarse, de escapar, de resistir… Vuelvo a mirar el cuerpo pequeño; los ojitos celestes, que otra vez están nublados al despedirse de la pelirroja; el dedo elegante, que porta un anillo que no debería estar ahí, y aprieto los labios.

Me queman las manos por abrazarla, contenerla, rogarle que cuente conmigo para lo que sea. Supongo que tendré que contentarme con hacerme su amigo, dadas las circunstancias, y no me refiero a las nuevas noticias, sino a lo que pueda pasar con Xavier. Él ya se fue, pero advertí que no pudo alejar la vista de Alana en toda su estadía. No lo culpo, yo tampoco lo hice. Si tienen una esperanza, los apoyaré. Mi amigo se lo merece. Ha sufrido tanto que yo mismo le organizaría una cita con la preciosa Alana.

—Me la cuidas —ordena la pelirroja, volviéndome a la realidad de golpe, tanto que me sobresalto—. Soy Celine.

Tomo la mano que me tiende, solo por ser educado.

—Malek —me presento.

—No dudes en llamarme si hace falta —ruega, ya no habla de manera imperativa. Clava sus ojos en los míos y me entrega una tarjeta con sus datos personales.

Me sorprende que sea capaz de este coqueteo, o lo que mierda sea esto, después de lo que le contó su amiga, que todavía llorisquea con disimulo a pocos metros.

—No lo creo —le aseguro, con cara de perro. No quiero que piense que la llamaré algún día.

Me guiña el ojo y señala a Alana antes de hablar.

—Eres guapo, pero te prefiero de amigo. Es por ella. Ya escuchaste. No disimules, que no lo haces bien.

¡Esta mujer acojona! Me guardo el cartón blanco en la cartera que tengo en el bolsillo trasero de mi pantalón y asiento. No por ella, sino por Alana.

—Con mi amiga, sí, disimula —agrega—. No quiere hablar del tema.

Vuelvo a asentir en silencio y la veo alejarse.

¿Qué es lo que ha pasado en este último minuto?

No tengo tiempo de analizarlo demasiado, pues Alana se acerca al mostrador y me mira a los ojos. Sé que quiere explicarse, decirme algo, imponerme silencio sobre lo que escuché... puedo adivinar todos sus pensamientos.

—¿Hoy pagas? Menos mal que has aprendido la lección —la pincho.

Inspira profundo y antes de responderme, se da cuenta de que la estoy molestando. Para asegurarme de que comprenda mi pulla, le guiño el ojo.

—Pago mis cuentas. Creo haber sido clara —sentencia, jugando a estar ofendida.

Sonrío y me devuelve el gesto. Me gusta la sensación que me deja esta complicidad. ¡Qué tontería!

—Resérvame un poco de budín para el lunes —me pide, atravesando la puerta de entrada y despidiéndose.

Doy un paso hacia ella y me freno en seco.

No puedo seguirla. ¿Qué le diría?

Me encantaría hacerle mil preguntas, quiero saberlo todo, por ejemplo: por qué trabaja aquí y no en su apartamento. No me quejo, que quede claro. Me encanta observarla mientras escribe o conversa con quién sabe quién.

Mierda, estoy divagando.

Por fin aparece mi empleada y, como el día pinta tranquilo aquí, decido irme. Me va a explotar la cabeza si me quedo elucubrando estupideces.

Llego a casa de Leroy dos horas más tarde. Me invité a almorzar.

—Mi hermanito tiene mala cara —dice y me revuelve el cabello.

—Idiota —rezongo—. ¿Julia?

—En el médico. Tenía cita para la mamografía y esas cosas.

Hace silencio. Me acerca el plato con algo de comida casera que mi cuñada dejó preparada, porque mi hermano es un inútil en la cocina, y se sienta frente a mí, con su plato lleno también. Supongo que me esperó, pues para él ya es tarde, acostumbra a comer antes y son como las tres de la tarde.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Te pregunto o me lo cuentas directamente? —cuestiona, con la mirada en su plato y el tenedor de camino a su boca.

Me río por su incapacidad en estas cosas. Es así, va al grano sin rodeos. Pero es bueno con los consejos y sabe escuchar.

—Me gusta una chica. Creí que era imposible, por temas que no vienen al caso, sin embargo, parece que sí puede ser —explico con torpeza, refiriéndome a lo que me acabo de enterar.

Si el esposo no es un problema, me atrevería a dar un paso hacia ella.

—Pero... —murmura, masticando y haciendo señas con la mano para apurarme. Y sí, hay un pero.

—Creo que Xavier está interesado también y ella, en él —agrego con cara de resignación.

—Mierda —dice, y bufa, sin dejar de comer.

Lo imito y me llevo el tenedor a la boca.

—¿No está casada? —me pregunta.

—Un día, tu novia se quedará sin trabajo —le advierto, adivinando que sabe de quién hablo porque Julia se lo chivó.

—Malek, no sabes disimular. Se te nota. A que si le preguntas a la mujer esa, se ha dado cuenta de que no dejas de mirarla y

suspirar por su c… sus huesos.

Corrige al sentir mi mirada fija en él.

—Por eso accedí con lo de Mía. Si estaba casada..., no te quería en medio de algo así. Se sufre —comenta y vuelve a llenarse la boca.

—Se está separando y te ruego discreción. Me enteré por otro lado, no por ella. Supongo que no le interesa que estemos hablando de esto. Si no fuese por fuerza mayor, no te lo diría. El caso es que Xavier pasó por lo que pasó y no quiero entrometerme si nace algo entre los dos —comento, como si pensara en voz alta.

—La viste primero —murmura sin mirarme.

—¿Qué chiquilinada es esa? Si a ella le gusta Xavier, poco importa, además.

Sigue comiendo y refunfuña por lo bajo.

—¿Qué? —indago molesto.

—A Julia le gusta para ti —me asegura.

—También me gusta para mí —digo entre suspiros—. Se me pasará. Aunque me da miedo no saber manejarlo con Xavier.

Sé que me entiende y me lo hace saber con una mirada y un gesto de asentimiento.

Si analizo el poco tiempo que hace que la conozco y lo fuerte que me pegó, me atrevería a asegurar que acabo de mentirle a mi hermano.

¡Y una mierda se me pasará!

Capítulo 26: Alana



Hoy pude sacar tiempo para correr. Últimamente, me pongo excusas para salir de mi apartamento. No me siento segura en ningún lado. Si no fuese porque me ahogo encerrada en esas cuatro paredes, llenas de olor a humedad y pintura, tampoco iría a la cafetería de Julia.

Sigo pensando que mi nuevo espacio es una pocilga con más problemas que soluciones, pero mi economía no se recupera de los gastos imprevistos. Tendré que aguantar, al menos, seis meses aquí y volver a hacer cálculos. Si contara con algo de aquel ahorro que fuimos reservando para lo que pudiese surgir, además del viaje que ya no haremos... Ya sé que una parte me pertenece y que debería exigirla, pero quién le exige nada a una persona que ya no razona, a la que le estoy teniendo un terror cada vez más profundo y con quien no quiero tener contacto.

Por ahora, por mi salud emocional, debo y deseo mantenerme lejos de David.

Sus llamadas telefónicas y mensajes me advierten que no está pasando por su mejor momento y su ira va tomando el control.

Sigo corriendo por calles desconocidas todavía, pero encantadoras en algún punto, porque me dan el lugar que busco en el mundo, en soledad y con la confianza de poder hacerlo. Estas aceras me verán caer y volver a levantarme, pero nunca me verán retroceder.

—Hola, compañera de baile —escucho que me dicen y me giro para ver quién es.

—Hola, Xavier, ¡qué alegría! —me acerco a él, todavía trotando, y nos damos un beso en la mejilla a modo de saludo.

No volvimos a vernos desde aquella mañana, hace unos días ya.

—¿Tomamos un café? —me pregunta, y me echo un vistazo de

arriba abajo.

No estoy lo que se dice presentable para aceptar la invitación. Y menos, si le echo una mirada a su traje, coronado con una corbata celeste preciosa.

—No te preocupes por tu apariencia. Estás bien así, al natural, y no me importa eso. Solo quiero disculparme como es debido.

Sonrío porque entiendo que la invitación implica una conversación seria y hasta íntima. Seguro que quiere explicarme qué motivó su reacción ante mis desubicadas palabras de aquella mañana.

—Vamos a por ese café y no porque necesite alguna disculpa de nada. Yo me desubiqué con el comentario —aclaro, caminando a su lado, rumbo a la cafetería de siempre.

Estamos a pocas calles y es territorio neutral.

Ni bien entramos, vemos a Julia trasteando detrás del mostrador.

—¡Parejita! —nos dice.

Me río por su cara de asombro, pero no le respondo. No creo que haga falta, sé que es una broma.

—Sin tonterías, Julia, por favor —reniega Xavier dándole un abrazo y un beso como saludo.

Parece que también la conoce. No sería raro, si es amigo del camarero y entre ellos sí que se nota confianza.

—Hola, Alana. ¿Qué van a tomar? —nos pregunta ya concentrada en el trabajo otra vez.

—Café para mí —responde mi compañero.

Yo pido un jugo de frutas, porque todavía estoy acalorada por el ejercicio.

Nada más sentarnos, vemos entrar a Malek. Nos saluda con cara seria y lo pierdo de vista cuando entra en la cocina, o donde sea que desemboque esa puerta.

—Como te decía... quiero disculparme —repite el hombre con cara de bueno que me acompaña.

Lo silencio con un dedo en alto.

—Yo fui imprudente —testifico.

—Sí, puede ser, pero no tanto como yo con mi actitud. Es parte de mi proceso de sanación hablar de esto, si me lo permites. —Lo

tomo como un pedido de permiso y asiento, por supuesto—. Firmé mi divorcio hace muy poco. La verdad es que no me hago con la idea aún de ser un hombre soltero otra vez.

—Te entiendo y lo siento —indico, acariciándole la mano.

Me mira con una sonrisa a medias y niega con un gesto triste.

—Sabes que, a veces, ese tipo de frases hechas para reconfortar tienen el efecto contrario —me explica serio—. No lo tomes a mal. Lo que quiero decir es que yo también creía entender un montón de cosas y no era así. Permíteme el consejo: no uses más ese tipo de frases. No puedes entender a alguien si no pasas por lo mismo, o viceversa.

Julia nos deja las consumiciones y se aleja en silencio.

Mis ojos no se alejan de los de él y espero en silencio a que la chica se aleje. Me concentro en la mirada limpia de Xavier y pienso que también debería comenzar con mi proceso de sanación. Si a él le sirvió, como parece haber sido, ¿por qué a mí no? ¿Y si me atrevo a sincerarme con alguien como este hombre, que pasó por algo similar y se nota que no tiene conmigo otras intenciones? Sé que me podrá entender y recibiré apoyo sincero.

No lo dudo más y abro la boca con seguridad, para dejar salir las palabras que no he querido pronunciar con desconocidos.

—Te equivocas —comienzo a revelar y se asombra, pero permanece atento, sin interrumpirme—. Sí que te entiendo. Estoy pasando por lo mismo. O no, lo mismo no, algo parecido, digamos. Este anillo —digo, moviéndolo con mi pulgar—, es el símbolo que me recuerda, cada mañana, que debo romper los lazos que me unieron a mi esposo.

—Retiro lo dicho —murmura con compasión.

Ahora, es él quien acaricia mi mano.

—No lo hagas. Pienso como tú y me gusta lo que has dicho. No hubiese tenido el valor de hablar si no te hubiese escuchado. Tu sinceridad es apabullante y es capaz de lograr imposibles. —Sonríe cuando me escucha decir eso, tomo un sorbo de mi jugo y sigo—: Hace poco tomé la decisión de irme de mi casa y estoy en ese proceso en el que descubres que lo que más duele es conocer a alguien, amarlo como nunca imaginaste que amarías, lo visualizas en

tu futuro y de golpe, en un abrir y cerrar de ojos, se convierte en tu pasado.

Baja la vista y toma el café en silencio, hago lo mismo con mi jugo y sonreímos al encontrarnos las miradas después.

—Creo que tenemos mucho que contarnos. Soy buen oyente y necesito hablar sobre algunas cosas que tengo aquí atragantadas —murmura, señalándose el cuello.

—Cuenta con mis oídos —le informo.

Suspira y abandona la taza en la mesa.

Mira hacia Malek y sonríe con ironía. No sé por qué lo hará de ese modo, pero eso creo advertir en su gesto. O quizá esté imaginando tonterías.

—Debo irme. Quise tomarme un descanso del trabajo y aproveché que te vi pasar. El otro día no te saqué a bailar porque él me lo pidiese, pero sabía quién eras. Tenía que conocerte.

Mi cara se arruga completa ante la intriga y obtengo una respuesta a mi pregunta muda:

—Le gustas. Y no se te ocurra contarle que yo dije esto —murmura con convicción.

Mis ojos se abren con sorpresa y desconfianza. Elevo un dedo para afirmar mis palabras y niego con él mientras digo:

—No es cierto. —Él asiente—. Tu amigo, supongo que lo es, gusta de todo lo que se menea y tiene faldas —le explico, y se ríe.

—No lo conoces, Alana —me aclara.

—Pero tengo ojos y vengo seguido, Xavier —recalco burlona.

—Si tú lo dices… —Eleva las manos para hacer las paces o no comenzar una discusión—. Cenemos algún día. Sé que nos llevaremos bien tú y yo.

El cambio de tema viene acompañado de una gesticulación diferente y una mirada más limpia, sin la picardía que brillaba hasta hace unos segundos.

—Me encanta la idea. Dame tu número —solicito, y me tiende una tarjeta. Al leerla, abro los ojos con sorpresa. Una agradable—. Creo que hablaremos de trabajo, abogado. Supongo que necesitaré uno si quiero seguir tus pasos.

Le señalo el anillo una vez más y me guiña el ojo antes de

comenzar a despedirse.

Capítulo 27: Malek

Me asomo por la puerta de la cocina, inspiro profundo y con la coraza de «me importa un carajo», salgo para ocupar mi lugar en la barra. Tengo gente que atender.

—¿Qué sabes de eso? —pregunta Julia, minutos después, señalando con disimulo a la pareja compuesta por la chica que me gusta y mi mejor amigo.

—Nada. Hace días que no hablo con Xavier —respondo, seco.

Reconozco que estuve esquivo con él. Tengo que asumir lo que se viene y necesito tiempo y espacio para ello. Reconozco que supuse que lo de ellos sería más lento, pero ha sido de golpe. Ahí están los dos, muy mimosos, acariciándose las manos.

Seguro que mi amigo ya sabe que ella no está tan casada como yo creía y por eso avanzó. Con su historia de pareja, no lo creo capaz de ponerle los cuernos a ningún hombre, por mucho que le guste la mujer.

Aparece una chica bajita, sonriente y coqueta, se apoya en la madera y sonríe, de inmediato aparto todos mis pensamientos negativos.

—¿Eres el de las tarjetas? —me pregunta.

Afirmo con un gesto de cabeza y busco lo que necesita.

—Me dijeron que eras alto, con cabello largo y guapo. Adiviné que serías tú —agrega, más sonriente.

Es demasiado simpática. Tiene unos hoyuelos encantadores, como encantadores son sus escasos e inocentes años. No me voy a arriesgar.

—¿Cuántos años tienes? —quiero saberlo antes de meter la pata.

—Ah, sí, eso… No es necesario saberlo. A las damas no se les pregunta la edad, decía mi abuela —parlotea entre risas.

Me río también, porque no me queda otra. Es divina esta chica y divertida.

—No sé si tu abuela tenía razón, lo que sé es que no aparentas la mayoría de edad y si es así, no puedo darte una tarjeta.

Hace un puchero y mueve los dedos sobre mandíbula.

—¿Estás seguro? —insiste con picardía.

—Lo estoy. Lo siento.

—Sí, bueno, también me dijeron que no eras blando. Espero un año y vuelvo. ¿Me recordarás? —bromea poniendo poses ridículas.

—Seguro que sí. No eres olvidable —le aseguro, y se va feliz.

Me devolvió el buen humor.

La veo salir y me saluda con la mano a través del cristal. Hago lo mismo, entre risas.

—Solo es un comentario. Te das cuenta de que puede ser menor de edad, ¿cierto? —ironiza Alana con tono ofensivo.

Y a la mierda mi humor, otra vez. Parece que ha vuelto recargada la mujercita.

—Es menor de edad, me lo acaba de confirmar —respondo arrogante.

¡Madre mía!

«Santos de todos lados mantengan mis ojos arriba, nada de permitirme bajarlos para observar el contorno de su cuerpo en ropa deportiva, ajustada y escasa», rezo en silencio.

—Creo que tu amigo te tiene en alta estima. Lo bueno es que es abogado —murmura con saña.

—¿Qué insinúas?

—Que no dejas títere con cabeza. ¿Sabes lo que quiero decir? —ironiza.

¿Eso que veo en su mirada es asco?

—Sé lo que quieres decir y te advierto que vas a disculparte antes de salir por esa puerta —gruño. Esto ya se está pasando de la raya.

Julia se acerca nerviosa, porque la chismosa lo ha escuchado todo. Levanto la mano para silenciarla e impedirle que se entrometa.

—¿Me adviertes? ¿Tú, me adviertes? —murmura la mujercita que me tiene loco y me lleva del deseo a la bronca con una sola palabra.

Su tono carga desprecio y enojo. Me mira con una carga de

ironía tan alta que se la bajaría de un beso. Y sí, sé que debería canalizar mi ira por otro lado y explotar en su contra, pero la bronca que me provoca su imaginación y la culpa con la que me carga, por ignorancia, me importan una mierda si la tengo enfrente.

—A ver si te explico. No sería necesaria una explicación, la verdad, aunque lo hago por Xavier, porque lo quiero —le digo, recargando el cuerpo sobre los codos, que apoyo en el mostrador—. Estas chicas vienen a buscar tarjetas de invitación para la discoteca de mi hermano Leroy. Solo hago negocios con ellas, por así decirlo. ¡Tienes muy sucia la cabecita, nena!

—¡Malek! —exclama Julia.

Sé que me puse nervioso y mi voz lanza llamas en vez de palabras, así como mi mirada.

Alana no tiene la culpa de mis emociones encontradas ni de las ganas de desaparecer a su esposo y a mi amigo de la faz de la Tierra que tengo desde hace días. Aunque sí la tiene de alborotarme con su presencia y sus pullas.

—Déjame en paz —rezongo hacia Julia, y me meto en la cocina.

—¿Cómo permites que te hable así? —escucho que pregunta Alana, con encono.

Si me pongo en su lugar, también iría enseñando a la gente a respetarse, como no supo o pudo hacerlo con su esposo.

—Es mi cuñado, lo quiero y tenemos confianza —le responde la novia de Leroy.

—¡Es tu empleado! —exclama Alana, insistiendo en su punto.

No aguanto más. Salgo y la enfrento. Ya no estoy detrás del mostrador, sino frente a sus ojos.

—Soy el dueño. Es ella la empleada y si tienes un problema con eso, ya sabes lo que puedes hacer —escupo sin pensar ni razonar, creo que sin respirar también.

Me mira, suspira, boquea con un pececito desesperado, se le sonrojan las mejillas, me esquiva por un costado y se va.

Yo no freno las ganas de verle el culo y hasta sonrío mientras.

—¿Qué haces? —quiere saber mi cuñada.

Bajo la cabeza, arrepentido por todo lo que acaba de suceder y golpeo la frente en el mostrador.

—¿Por cuál de todas las estupideces que acabo de cometer me preguntas? —murmuro después.

—Por todas —responde, y me reta con la mirada.

—No voy a poder, Julia. Me gusta, me encanta. Me irrita verla con Xavier. Me enojan sus miradas acusatorias y todo lo que salga de su boca, porque me dan ganas de callarla con un puto beso y hablarle sobre los motivos que tuve y tengo para ser como soy con ella. Y me vuelve loco su culo —le explico, y hasta acabo sin aire al final.

—¡Guau! —exclama—. Qué fuerte que pega la mujercita esta.

Me deja en paz por cinco segundos, sin renunciar a observarme y burlarse de mí en silencio, como yo me burlaba de ella cuando le gustaba mi hermano y él no le hacía caso.

—¿Qué se trae Xavier con Alana? —pregunta cuando me ve más tranquilo.

Capítulo 28: Alana



Me tiemblan las piernas, las manos y el labio inferior. Nunca lo tuve tan cerca como recién y tuve que contenerme para no inspirar su olor, como una perra curiosa, porque ganas no me faltaron.

Borro pensamiento.

¡Estoy para el psiquiátrico!

¿¡Cómo se atreve a hablarme así!?

«Porque tú te atreviste primero», me respondo culposa.

Borro comentario.

Tengo tantas dudas dando vueltas por mi cabeza que no soy capaz de alejarme ni dos pasos de la entrada.

Esas chicas… ¡Qué estúpida puedo llegar a ser! ¡Y es el dueño! Definitivamente, puedo llegar a ser «muy» estúpida. Igual, lo de Xavier no lo entendí.

Doy la vuelta sin pensarlo dos veces, guiada por la ira contenida y la necesidad de ganar esta lucha incoherente que me acaba de dejar expuesta. Además, no voy a poder dormir si no responde a mi pregunta

—¿Qué se trae Xavier con Alana? —escucho que pregunta Julia.

Aleluya, me ganó de mano.

Malek me ve entrar y endereza la espalda, levanta la cabeza y su gesto se vuelve defensivo.

—Eso mismo quiero saber yo. ¿Qué tiene que ver Xavier en toda esta confusión? —pregunto, poniendo las manos en mi cintura para reafirmar mi postura combativa.

—Confusión, dice —susurra él, irónico.

—Bueno… primero explica lo de Xavier y luego hablamos de lo demás —exijo, sin bajarme de mi pony, porque si él sigue con su trato, yo también. Ya bajaré y me inculparé. También me tocará pedir perdón.

—Malek, vayan a la oficina —ruega Julia.

Lo veo negar con la cabeza y sale de la cafetería, tomándome de la mano para arrastrarme con él.

—En la calle. Así se va más rápido —agrega mientras me abre la puerta.

Está muy irritado. Me parece exagerado de su parte. No creo que haya sido para tanto.

No tengo más tiempo para analizar nada. Me está mirando con cara de querer comerme de un bocado o apuñalarme al primer descuido.

No creo que necesite que me descuide, me apuñalaría de todas maneras.

No me voy a dejar amedrentar. Tengo experiencia de sobra.

—¿Me explicas? —demando.

—¿Acaso no estás saliendo con mi amigo? Lo respeto y quiero, y por eso…

—¡Yo no estoy saliendo con tu amigo! —lo interrumpo con energía—. Apenas lo he visto dos veces. ¡Estás delirando! —exclamo al final.

—Creí que… Los vi bailando —sentencia, como queriendo tener la razón y creer saber más que yo.

—También bailé contigo —recalco, para hacerle ver que está equivocado con sus conclusiones tontas.

Asiente, entrecierra los ojos y mantiene el silencio. Afloja los hombros y se lleva el cabello hacia atrás con ambas manos. Gira en el mismo lugar y suelta una carcajada exagerada al aire.

Creo que él también está para el psiquiátrico.

—Malinterpreté las señales —susurra.

Me mira a los ojos. Sé que quiere agregar algo, supongo que una disculpa. No lo hace, solo me mira. Deja mis ojos y recorre mi cara.

Me pone nerviosa tanto escrutinio.

—Ahora es mi turno —digo, para salvarme de su exhaustiva observación—. Me disculpo por pensar mal de ti y por no saber que eras el dueño. Puede ser que me haya extralimitado alguna vez en mi trato y con las ideas que me formé de ti.

Listo, así, de corrido es más simple.

—Puede ser, sí —repite, y sonríe.

¡Madre mía! Qué difícil se me hace entenderlo. Tampoco es que pueda mirarlo mucho para intentarlo. Me parece demasiado atractivo y el sueño que tuve aquella noche (y se repitió alguna vez, aunque no quiera reconocerlo) me taladra el cerebro. No deseo soñar con él ni con nadie y pensar en lo que estoy pensando no colabora.

El teléfono vibra en mi mano.

—Me disculpo por todo eso. Ya estamos en paz —agrego, así doy por finalizada la charla.

Doy un paso hacia adelante para irme y atender la llamada o ver de quién se trata, al menos.

—Espera —me ruega, me detengo y me giro.

Su mirada no me deja respirar. No sé si lo imagino o sucede, pero su rostro se acerca. Cierro los ojos y mi corazón se vuelve loco. Me sudan las palmas. Levanto los párpados y sigue observándome.

—No me creo todavía que seas tan bonita, no puedo dejar de admirarte —musita tan bajo que pienso que lo imagino.

—Yo… no… —balbuceo.

El teléfono vuelve a sonar y lo llevo a mi oreja de inmediato, sin dudarlo, como excusa para huir de semejante momento.

—Señora Alana. La llamo del depósito municipal. Su coche sufrió un asalto o algo parecido. No tengo explicación para lo sucedido. Debería venir a verlo —me cuenta el señor.

—¿Mi coche? ¿Un asalto? —repregunto, porque mi mente estaba un poco distraída.

Sus palabras, repetidas en el mismo orden y con la misma velocidad, me dejan más confundida. Entiendo lo que dice, pero no logro ponerlo en contexto.

«¿Mi coche? ¿un asalto?», insisto en mi mente.

La expresión de Malek cambia de inmediato, tanto como la mía.

Nos observamos en silencio.

Él está atento a la conversación y yo, analizando mis próximos pasos sin llegar a nada en concreto.

—Voy de inmediato —le aviso al buen hombre, quien me despide del otro lado de la línea nada más escucharme.

—Te acerco. Vamos —sentencia el peludo.

Lo miro insegura de aceptar. Y es que si no me lleva él, debería tomarme un taxi.

—No lo dudes tanto —agrega con determinación.

Camina hasta su moto, me tiende un casco y se coloca el suyo. Sus movimientos son seguros, decididos. Acepto en silencio y me subo al vehículo de dos ruedas.

—¿Se puede saber adónde vas? —indaga Julia, asomándose por la puerta del local.

—Alana tiene una emergencia. Vuelvo en un rato —explica Malek, y arranca.

Por más cómoda (mentalmente) que me sienta sosteniéndome del manillar que tengo en la parte de atrás, sentirme segura es mi prioridad, por eso, mis manos se dirigen hacia adelante y se aprietan en la cintura del conductor sin pedir permiso.

Capítulo 29: Malek 

Llegamos a la explanada que me señaló Alana y detengo la moto. Baja y me devuelve el casco.

Tiene cara de miedo y preocupación.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente y me guía hasta el hombre que cuida el lugar.

—Señora, no sé qué puede haber pasado —comenta nada más verla. Se lo nota nervioso.

Caminamos unos cuantos metros en distintas direcciones, esquivando hileras de coches en diferentes estados. Alana se mantiene en silencio y mis nervios van en aumento, solo por desconocer los pormenores y verla a ella así de alterada.

—Mire —dice el hombre, una vez que llegamos al automóvil.

Está abollado en varios lugares y con un cristal roto. Alguien lo vandalizó, está claro.

—¿Esto sucede a menudo? —cuestiono.

El señor niega con la cabeza.

Es una pena cómo lo dejaron. Es un modelo nuevo, puedo distinguirlo de los anteriores por algunos detalles.

—Parece que le dieron con ese caño —agrega el cuidador y señala el objeto.

Lo tomo y lo analizo.

Alana hace lo mismo y suspira.

—¿Qué quiere hacer? ¿Qué debo hacer? —se debate ella en voz alta. Se mueve alrededor del coche, observándolo todo, pero como ida, supongo que sopesando qué medidas tomar.

Yo creo que lo mínimo es hacer un reclamo. Debería exigir que le devuelvan el vehículo en las mismas condiciones en las que lo dejó. Solo lo pienso, no creo estar en posición de hacer ningún comentario.

—No puedo decirle qué hacer, señora. Lo que crea conveniente

está bien. Lo único que le pido es que no me haga perder el trabajo —ruega el hombre con cara de pánico.

—No haría eso —le asegura ella, mirándolo a la cara, presumo que para darle tranquilidad—. Si yo olvido lo sucedido, usted ¿olvidaría cobrarme la estadía hasta que decida qué hacer con él? Y ya que puedo elegir, mi número telefónico pasa a ser un «secreto de estado» que no se puede compartir. Con nadie.

Esta mujer está loca. ¡Este coche vale lo que vale! ¿Quiere dejarlo aquí? ¿No lo va a arreglar? ¿Tendrá idea de lo que puede costarle?

No aguanto, tengo que opinar o me va a dar algo.

—¿Podemos hablar un momento? —le pregunto con suavidad.

El señor se aleja unos pasos y me acerco a ella, poniéndome a su altura.

—Alana, este arreglo te saldrá un ojo de la cara. Tienen que hacerse cargo. Xavier puede ayudarte.

Niega con energía a cada palabra que pronuncio.

—Este coche no me interesa. Lo mejor que me puede pasar es que lo destruyan y desaparezca —me explica, y me deja sin palabras—. Créeme que el pacto que quiero hacer con este buen samaritano me conviene más que exigir un resarcimiento económico.

Levanto las manos a modo de resignación. ¿Quién soy para meterme en sus decisiones, después de todo?

—¿Qué me dice? —pregunta Alana, mirando hacia el hombre otra vez.

Este se acerca y le extiende la mano para sellar el pacto. ¡Juro por Dios que no puedo creer esto!

—Le doy mi palabra, señora. Gracias.

Nos vamos sin hablarnos para nada más que para elegir el destino. No puedo dejar de pensar en el dinero que acaba de abandonar en aquel lugar, con la falta que le hace. A ver, no soy vidente, pero si no pudo comprar muebles hace, ¿cuánto?, ¿un mes atrás o poco más? Cualquiera diría que vendiendo ese trasto, por muy golpeado que esté, se haría con una buena cantidad.

—Deja de analizar lo que no entiendes y pregunta —me dice cuando se baja de la moto, en la entrada de su edificio.

—Tú lo has pedido. Explícame qué acabas de hacer. ¿Tienes idea de lo que vale esa máquina? —indago, acompañándola hasta la puerta.

—Sé lo que vale. Esa máquina, como dices, no es mía, no pago el seguro, no tengo los papeles y las llaves están allí mismo, en la guantera.

—Supongo que el dueño tendrá algo que decir, entonces —agrego.

Sigo sin creer lo que sucede, ni entender lo que me quiere decir.

—No me animo a consultarle y tampoco tengo ganas de hacerlo —declara.

Me mira con un dejo de audacia en su postura.

No sé si atreverme a preguntar nada más. Supongo que habla de su esposo y ese es un terreno en el que no sé si puedo o debo inmiscuirme. No todavía.

—Es un regalo, pero no me pertenece —agrega—. Fue útil para poner distancia con mi… pasado.

Me mira y me acerco para brindarle apoyo.

—¿La distancia logró su objetivo? —quiero saber.

Otra vez me quedo absorto en su rostro y más en sus ojos, tan transparentes y bonitos.

—Hubiese preferido un océano entre él y yo, pero no puedo permitírmelo. Me gusta estar rodeada de afectos y no quiero alejarme de ellos solo por… no importa —agrega, con un ademán de manos, para restar importancia y ahuyentar algo, quizá recuerdos, no lo sé—. Estos kilómetros son suficientes, sí. El objetivo va cumpliéndose.

Comprendo a la perfección que no habla de su pasado sino de su marido.

Me mira y yo no bajo la vista tampoco. Suspiro y me lanzo a la piscina, sin importarme si tiene agua o no.

Pestañea al verme acercarme con tanta rapidez. Le tomo el cuello con ambas manos y rozo sus labios con los míos.

Se me aflojan las rodillas e inspiro profundo cuando siento sus manos en mi cintura. ¿Será esto una aceptación o solo la tomé por sorpresa?

Tuerzo la cabeza sin dejar de besarla y doy un pequeño paso hacia ella.

Mi cuerpo se pega a su pecho. Me atrevo con la lengua. Me recibe. Gruño excitado.

La escucho reír entre mis labios y la aprieto contra la pared.

—Esto no es gracioso —digo, besándole el cuello, la mandíbula y mordiéndole el labio inferior después, justo antes de volver a clavar mi mirada en la de ella.

Creo que es suficiente por hoy.

Sus ojos brillan cuando los clava en mis labios.

¡Y una mierda!

Vuelvo al ataque.

Capítulo 30: Alana

Debo detener esto. Debería, sí. Tres, dos, uno, ahora.

Su boca sigue pegada a la mía.

Sigo con la idea fija, pero... Tengo que alejarme y el sabor de su lengua me lo impide. Es adictivo.

«Subamos a mi apartamento», ensayo en mi mente.

Borro pensamiento.

Estoy flotando en esta nube que apareció y me elevó sin previo aviso.

Me emociona volver a sentir ganas y advertir cómo se encienden los mecanismos de pasión en mi cuerpo. Mecanismos que parecían anestesiados, que no se ponían en funcionamiento hacía meses, eternos meses.

David ya no me provocaba lo que antes. David ya no me provocaba, punto. Por muy guapo que fuese, ya no había piel. Su temperamento y accionar condenaron mi amor y mi deseo por él.

Mis palabras siguen aplastadas por los besos que Malek me da. Quiero decirlas. Mi férrea, o no tanto, voluntad de seguir con esto insiste con el ensayo de la frase:

«Subamos a mi apartamento».

Borro pensamiento de nuevo, porque esa otra parte de mí, la responsable, se niega a ser parte de algo tan complejo como lo sería para mí, en estos momentos, estar con otro hombre.

Gruñe cuando lo toco, porque lo hago sin ser consciente de ello, y me río otra vez.

Son los nervios.

—Deja de reírte —ruega, y se mantiene cerca. Ya sin besarme.

Su mirada es intensa. Repasa mi rostro milímetro a milímetro con ella.

Un nuevo beso se convierte en un antes y después para mí.

Despertando más que mi cuerpo, se me confunden las emociones y no alcanza con inspirar profundo para disfrutar la dicha que siento.

Levanto mi mano y lo acaricio. Necesito hacerlo.

«Gracias, Malek», le diría. Él no tiene idea de lo que significan para mí estas novedosas cosquillas en el vientre. O la necesidad de expandir el pecho lleno de aire perfumado con su aroma.

«Subamos a mi apartamento», repite mi mente.

Trago el nudo que tengo en la garganta cuando me besa la frente y endereza la espalda. Es alto a mi lado, todas las personas lo son, a decir verdad.

—Perdona mi atrevimiento. No debí hacerlo —murmura, sin dejar de acariciarme el cuello y las mejillas. Sus pulgares miman mi sonrisa y sus ojos no me sueltan.

—Puede que haya sido inesperado, aun así, no me arrepiento de permitírtelo —comento en un susurro culposo.

Sé que no es el momento de hacer ninguna invitación. Mi parte razonable es la que me domina y se lo agradezco.

Después de varios segundos de silencio cómplice y caricias lentas, Malek da un paso hacia atrás.

—Me voy. Sabes dónde encontrarme —dice, indeciso, puedo adivinarlo.

También lo estoy.

¿Lo dejo ir?

Sí, es mejor así.

No entiendo nada de lo que está sucediendo.

¿Cómo pasamos de odiarnos…? Exagero, no era odio, era molestia.

Mentira.

¿Qué era?

—Tensión sexual —dice Celine.

Val sonríe y afirma. Conny no se conectó.

Malek se fue sin agregar nada más y me guiñó el ojo antes de desaparecer detrás del visor oscuro del casco. Yo me quedé unos segundos apoyada contra la pared, con temor a que las piernas no

me respondieran.

Subí flotando en mi nube de tonterías, minutos después, y sin pensarlo demasiado, con todas las emociones a flor de piel, llamé a las chicas.

Ante la pregunta que dejé sin contestar en mi cabeza, pero que hice en voz alta, después de narrarles lo sucedido, la pelirroja respondió lo que respondió.

—Yo no lo sentía así —aclaro, más confundida que antes.

¿Tensión sexual? No lo creo. ¿Será?

—Yo lo vi —insiste—. A él se le notaba mucho. Alana, amiga, desprendía deseo con la mirada ese morenazo. Tendrías que verlo, Val, es impresionante.

—¿Qué harás? —quiere saber la nombrada.

No respondo, elevo los hombros y tuerzo el gesto.

—Estoy casada —murmuro después.

—No lo estás. Y quítate ese anillo, ¡por el amor de Dios! —exclama Celine.

—Fue un beso, nada más. No pasó a mayores ni pasará —agrego, acariciándome el anillo con el pulgar.

—Ilusa —dice Val, y la pelirroja se ríe a carcajadas.

No soy capaz de agregar nada, ni de defenderme o dar explicaciones. Es Celine quien toma la palabra otra vez.

—Las personas cercanas a la treintena, que la transitan o superan, no andan con besitos si no pretenden —parece que va a enumerar algo porque eleva un dedo—: uno, acostarse con la persona besada o dos, tener algún tipo de relación con ella. Y estoy siendo cuidadosa con las palabras porque son muy «tiernitas» con respecto a los hombres.

Val pone cara de sentirse ofendida y yo me río porque su mueca es exagerada.

—Tiene razón, Val —me resigno. No puedo dejar de reconocerlo.

—No. No la tiene —refunfuña Val—. Yo estuve a punto de rogarle un beso a mi gay preferido, solo por saber a qué saben sus labios. ¡Es tan lindo, chicas! —murmura la rubia, soñadora. Si hasta pone los ojos en blanco.

Celine los abre con incredulidad.

—¡Insensata! —exclama—. Jamás ruegues besos. Los hombres no merecen semejante bajeza. Si quieres un asalto —así le llama ella a sus encuentros sexuales casuales. A sus encuentros sexuales en realidad, a todos ellos, porque «todos» los que tiene son casuales—. Lo pides, no ruegas: pides, avisas, invitas, propones y ante la...negativa, cambias el punto de mira. Como hago yo. El *cachorro* que conocí está insistente ¿y qué hago yo? Me niego y paso de él. De hecho, me espera una espalda tatuada que fotografiaré solo para que suspiren envidiosas. Tú, sobre todo, pequeña pervertida.

Eso va por mí. Me río. Qué más puedo hacer, si me encantan los tatuajes. Ella los adora, literalmente. No ahondaré en ello.

Seguimos parloteando un rato más y cortamos la comunicación brindando, con agua, por el beso que le di a Malek, por el coche destruido, por la espalda tatuada del desconocido, por el ósculo (así lo llamó ella) soñado por Val y por el valor que tuve de bloquear frente a ellas el número de David.

Me di palmaditas en la espalda. No fue un acto sin importancia. Requirió valor, compromiso y decisión.

Basta de aterrorizarme por sus llamadas perdidas y sus mensajes amenazantes. Estoy convencida de que di un paso más comenzando a hablar de mi separación como una realidad.

Me quiero sonriente, distraída, sin la corrección que él me imponía. Me prefiero imperfecta y cometiendo errores. Me amo negándome a lo que no deseo y aceptando lo que me provoca.

Y me provoca cenar fuera.

Capítulo 31: Malek

La energía que tengo es un poco preocupante. Hace cuarenta y cinco minutos que estoy corriendo y podría seguir otro tanto, igual, decido volver a mi casa. Mañana trabajo temprano y no quiero llegar tarde por caer rendido y no poder despertarme.

Paso por el restaurante de mis vecinos, una pareja de italianos que cocinan como los dioses, y me detengo para pedirles un poco de agua. La distracción me vendrá bien. A ellos les encanta charlar y yo necesito dejar de pensar.

Mi deseo se viene a pique.

¡Así no se puede!

Alana está sentada en la mesa de la ventana, sola, sonriendo a la pantalla de su móvil, que le ilumina el rostro. Mis pies se frenan de inmediato. La observo unos segundos y me acerco.

—Hola —saludo suspirando.

Es que tiene un vestido precioso y le dibuja los pechos de una manera que quita el hipo.

Me está pervirtiendo. ¿O estoy con la libido por el cielo por pensarla tanto? Prefiero no seguir dándole vueltas. La respuesta es obvia.

Levanta la mirada y se sorprende al verme. No me importa.

—Si molesto, me quedo —bromeo, y sonríe.

—¿Quieres acabarte mi postre? —pregunta.

—Lo haré con culpa. Vengo de correr —le aclaro, y me meto la cuchara cargada a la boca.

Me importa una mierda el dulce, lo que quiero es probar su sabor. Este cubierto estuvo en su boca y es ahí donde quiero volver a meter mi lengua.

—No creo que te afecte —dice mirándome de arriba abajo. Sigo de pie al lado de la mesa que ocupa.

—¿Qué? —No entiendo lo que quiere decir.

—Nada. Estás sudado —declara, como si fuese un descubrimiento.

No digo nada, solo asiento. Acabo con el postre y clavo mis ojos en los de ella. No lo dudo. No lo analizo demasiado. Me lanzo sin más.

—Te invito a una copa. Me acompañas a mi casa, me ducho en cinco minutos y salimos. No puedes decir que no. Yo no rechacé tu invitación —aclaro, señalando el plato vacío.

—Hola, Malek, hijo. ¿Cenas algo? —pregunta la italiana, quien acaba de acercarse, y nos abrazamos para saludarnos.

—No, no. Ya nos vamos. Esta preciosa mujer no paga hoy, es mi invitada. Ponlo en mi cuenta —le explico.

Veo a Alana fruncir el gesto y negar con la cabeza.

—Querida, no se le niega la invitación a un hombre tan educado y atractivo. ¡Quién pudiera! Hija, por favor —me apoya la dueña del restaurante.

Alana reniega por lo bajo, reteniendo la sonrisa. No le queda otra más que aceptar que pague su comida y acompañarme a casa.

Caminamos hasta enredados en una discusión que no le dejo ganar. Mi invitación no se discute. Si ella quiere pagar otro día, aceptaré. Eso le respondo y parece que ha quedado conforme.

Le ofrezco algo de beber antes de desaparecer dentro del baño, para ducharme. No quiere nada, pero sí acepta mirarlo todo, yo mismo le doy permiso. Tengo tantas fotos desperdigadas por todas partes, que se mantendrá entretenida.

—Ya estoy listo —digo casi quince minutos después.

Me mira otra vez de pies a cabeza.

—¿Mejor? —quiero saber, girando para mostrarme.

Eleva los hombros y no dice nada. Me acerco a ella y le pongo un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Estás bien? —afirma con la cabeza sin dejar de observarme—. ¿De verdad?

Inspira profundo y hace una mueca que parece querer ser, sin lograrlo del todo, una sonrisa.

—Estoy mejor que en mucho tiempo. Algo he cambiado en mí y salí a festejarlo —me cuenta.

La alegría que siento por lo que dice debe escapar por mis poros, porque niega con la cabeza y agrega:

—¿Eres de esos hombres que se emborrachan con su ego? —lo dice en tono irónico y lo acompaña con una mirada cargada de sarcasmo.

—No, no es eso, pero ¿me puedo atribuir algo de ese cambio o no tengo nada que ver? —quiero saber—. Puedo soportar la verdad.

Espero una respuesta sincera. Da un paso lejos de mí y se sienta en una de las sillas del comedor. Yo hago lo mismo, a su lado. Se aclara la garganta y me mira.

—Todavía no puedo definirlo, quizá, solo quizá, has colaborado un poquito. Son tantas las cosas que han cambiado, que ya no sé qué causa este bienestar que siento.

Me gusta que sea franca. No soporto las mentiras y las vueltas para quedar bien. No tenemos por qué engañarnos, si apenas nos conocemos. Me gusta un montón, sí, pero no me voy a morir por ser rechazado. Dolerá por un tiempo si eso pasa, seguro. Nada que no pueda soportar.

Lo que sí tengo claro es que debo disculparme por lo de hoy. Me refiero a la discusión.

Me acerco un poco más a ella antes de decir:

—No me gustó gritarte hoy, Alana. Estaba con los nervios a flor de piel.

—No pasa nada —dice, y accede a que le acaricie la mano.

Observa el movimiento lento de mis dedos y la imito.

¡Tenemos las manos tan diferentes! La mía es más oscura, con vellos y decoradas por anillos; la de ella es delgada, pálida, con las uñas pintadas y lleva solo la alianza matrimonial.

Quiero arrancársela y tirarla por el balcón, en cambio, la giro con mis dedos.

—Creí que salías con Xavier. No podía soportarlo —le cuento y sin mirarla todavía a los ojos, declaro—: Me gustas.

Sin mentiras ni rodeos, ¿para qué?

—Malek —balbucea.

—Shhh, no digas nada. Todas mis salidas de tono se basan en eso, en que me gustas. Saberte casada me frustró. Cuando descubrí

que estabas separada, me ilusioné, aunque apareció mi amigo. Por él era capaz de olvidar que existías. Eso pensé, pero…

Elevo los hombros y me muerdo el labio. Ella sonríe, triste. No quiero escuchar lo que va a decir.

—Sigo casada.

Quisiera negarme a escucharlo y, puesto que es imposible, no voy a jugar a que ese hijo de puta no existe.

—¿Lo quieres? —le pregunto. Todavía jugueteando con su anillo.

Dice que no en un murmullo, sin atreverse a reconocerlo a viva voz. No sé si no se atreve o no está segura.

Que me perdone el desgraciado ese, pero me importa un carajo si es cornudo. Es una mierda de tipo y, como tal, lo trataré.

Me acerco un poco. Tanteo el terreno.

—Puedes negarte —susurro, sin frenar mi avance.

Le tomo el cuello y beso la comisura de sus labios.

—Empújame si no quieres —le ruego, porque no quiero que lo tome como un abuso de confianza de mi parte. Esto debe ser mutuo acuerdo.

Sus labios se entreabren y reciben los míos.

No quiero ser rudo, le doy varios picos, cada vez más húmedos. Juego con mis manos y le acaricio el cuello, la nuca, los hombros… sin pensarlo, le tomo la cintura y la subo a mis piernas, a horcajadas.

—Dime que no —insisto, y siento sus manos enredándose en mi pelo.

Cierro los ojos y disfruto de su tacto.

—No sé qué estoy haciendo. No sé si debo aceptarte. No sé si es justo o si está bien. No sé si mañana lloraré por haberlo hecho, aun así, no quiero negarme ni empujarte, tampoco decirte que no. No deseo detenerte —masculla, rozándome con sus labios y acariciándome la cabeza.

Con un brazo me rodea los hombros, con fuerza, y se pega a mi pecho.

Tampoco yo sé si esto está bien. Solo sé que me muero de ganas.

—Si crees que… —comienzo a decir, porque no me perdonaría

dañarla por una noche de sexo.

Ella es la que tiene la última palabra.

—No quiero analizar nada. Aunque sí quiero que sepas lo que hay.

Capítulo 32: Alana

Las enormes manos de Malek acarician mi espalda y siento su aliento en mi cuello. No puedo alejarme de su pecho.

Me siento bien entre sus brazos.

Suspira y me toma la cara.

—Vamos a por esa copa, mejor —dice.

—No. Si no te molesta que te use para redescubrir mi… no sé si mi cuerpo, deseo o qué. —Lo miro a los ojos, y sonríe.

Asiente y me besa.

—No me molesta que me uses. Salgo ganando, créeme.

Me muerde el labio después de hablar y gruñe cuando meto mis manos bajo su camiseta. Tiene la piel caliente y es suave. Me encanta. Me levanta y me sienta en la mesa. Se pone de pie y se quita la prenda, que igual le hubiese tironeado yo.

Le acaricio el tatuaje que tiene en el pectoral y sube hasta el hombro. En el otro costado, a la altura de la cintura, tiene una frase y advierto un dibujo más pequeño en el brazo derecho. Me llama poderosamente la atención el *piercing* de su tetilla y lo rozo con mi dedo.

—Eres muy sexy —le digo, y lo beso por todos lados.

Jadea un poco, se muerde el labio y ajusta su agarre, pero no se resiste a mis caricias.

Una vez que me vuelvo atrevida y mis dientes pellizcan su cuello, me abre el vestido en un solo movimiento. Así es como quedo expuesta ante sus ojos oscuros, que siempre me observaron con la misma intensidad.

Sus besos se tornan profundos. Ya no se anda con rodeos. Me muerde y chupa con dedicación, mientras sus manos provocan mis gemidos.

¿Será descortés que compare sensaciones? La saliva de David me asqueaba y la de Malek, me enciende. ¿Será normal? Supe

desintegrarme entre las sábanas con mi esposo, gritar de placer, enamorarme más de él entre caricias y besos.

Él lo mató todo. Acabó con todo.

Tiro del pelo de Malek y le observo el rostro. Es un extraordinario espécimen: varonil, sensual, oscuro, provocador, posee una belleza cruda y sin perfección que estimula y roba suspiros.

—¿Estás aquí? —me pregunta, acariciándome la cara.

Afirmo y le meto la lengua sin previo aviso. Mis manos se adentran en su pantalón y baja los párpados.

—Mierda, Alana. Avisa antes —refunfuña con la voz ronca, y me hace reír.

Se desnuda en un parpadeo. Me quito el vestido abierto para colaborar. Me baja las copas del sostén con brutalidad y comienzo a disfrutar de sus bruscas atenciones.

Juego con mis dedos dentro de su calzoncillo ajustado. Su cadera se mueve buscando más y la mía necesita de su atención.

Guío su cabeza hacia mi ombligo. Me entiende y acepta la invitación con un gruñido que me hace estremecer.

Me desarma con succiones y pellizcos. Sus labios lo dan todo, junto a su lengua y la tibieza de su aliento. Había olvidado lo fuerte que gimo ante el orgasmo bien trabajado.

Inspiro profundo.

Disfruto.

Me regodeo en las sensaciones vividas.

Recostada en la mesa, sintiendo el placer cubriéndolo todo, cuerpo y mente, suelto una carcajada.

—Sabes que hasta me olvidé de masturbarme —le cuento, mientras recupero el aire y él me besa el cuello, apoyado sobre mi cuerpo.

—Eso es pecado universal —bromea.

Con las dos manos toma mis pechos y los une. Me mira, saca la lengua y los lame.

Enredo mis piernas en su cadera y otra vez siento necesidad de él. No se hace esperar. Toma un condón de algún lado y se lo coloca, concentrado en hacerlo bien. Lo ayudo a posicionarse cuando está listo y, sin dejar de mirarnos, nos unimos, en silencio.

Lento, rítmico, veloz, profundo… no me importa la manera, lo que me importa es sentirlo como si fuese lo que necesito.

Abro los ojos bien grandes al advertir que estoy en el abismo y clavo las uñas en sus hombros.

Muevo la cabeza con desesperación. Mi cuerpo se tensa y hasta se me endurecen los pies.

—Sí… Sí… —suplico.

Me atrapa la cara con ambas manos y me besa mientras exploto de placer gracias a sus golpes de cadera.

Me encantan sus sonidos roncos, sus jadeos cansados, sus palabras susurradas y el agarre de sus dedos en mi costado cuando pierde el control y se deja ir dentro de mí, segundos después.

El silencio que sigue a la vorágine de los últimos segundos es cómodo y agradable. Me gusta. Lo disfruto y busco grabarlo en mi memoria como algo bonito de vivir.

—¿Sigue en pie lo de la copa? —le pregunto un rato después, mordiéndole el hombro.

Mi interrogación lo emociona. Supongo que pensaba que me iría para no volver y no, no lo siento así.

—Después de una ducha —asegura, y me lleva en brazos hacia el baño.

Ninguna negativa sale de mis labios.

Capítulo 33: Malek

Me mira y se burla con un gesto que conozco muy bien.

—¿Sabes cuál es tu problema? —me pregunta Leroy.

Sé que es retórica, no necesita que responda, por eso mantengo el silencio.

—Te ahogas en un vaso de agua —agrega.

Xavier asiente y me da una palmada en la espalda para que responda algo, lo niegue o despotrique. Cualquiera de las opciones les dará igual y no los hará cambiar de parecer. Por eso no lo hago y, además, mi hermano tiene razón.

—A ver si trabajas un poquito, que la única que mueve el culo acá soy yo —protesta Julia, con razón, acercándose al mostrador.

Lleva la bandeja cargada de tazas y platos con desayunos completos. El salón está casi lleno hoy.

—Me encanta cómo mueves el culo —dice mi hermano, haciendo referencia a la queja de su mujer.

Xavier escupe el café antes de soltar la carcajada.

—Siempre te desubicas, Leroy —digo y pongo los ojos en blanco. Ya lo doy por perdido.

Julia esquiva un golpe en el trasero y sigue con lo suyo.

—Salúdame como debe hacerlo una buena esposa, que me voy a trabajar —ruega él, ignorando mis palabras y el intento de Julia por seguir con sus tareas.

La toma del codo y la acerca a su pecho.

—Pídeme matrimonio y conviérteme en una —agrega mi cuñada, procurando zafarse del agarre.

Todos nos reímos ante la cara de terror de Leroy.

—Buen día —escucho al pasar.

Sigo el sonido de la voz y veo a Alana caminar hasta su mesa preferida.

—Ahora sí. Raudo toma la bandeja y atiende a la clientela —se

burla Julia, olvidando su pelea ficticia con Leroy y sumándose a sus mofas.

La ignoro, por supuesto. Xavier me dice con un gesto que me acerque a ella. La parejita feliz sale de la cafetería para hacerse mimos lejos de miradas curiosas y lo hago, me aproximo a la chica que me mantuvo en vela, pensándola y recordándola. Nada menos.

Mis amigos solo saben que salí con ella y fue a raíz de un encuentro casual. También les conté que me atreví a decirle lo que me gusta y ella no me rechazó, que, por el contrario, estuvimos conversando y riendo hasta la madrugada después de esa conversación. No hace falta que agregue nada más ni detalle intimidades que no tienen por qué conocer.

Xavier me dijo de todo menos lindo. Se ofendió porque creí que él podría ser capaz de elegir a una mujer antes que a mí. En mi defensa, le aclaré que no sabía que él había reconocido a Alana. Creo que me perdonó.

A decir verdad, Julia no ve tan clara, como lo hacemos los hombres del grupo, la actitud de Alana conmigo. La nueva actitud. Le cae bien, lo que no le gusta es que todavía esté en «veremos» con su matrimonio y me prohibió acercarme más o intentar nada con ella. Sé que lo hace para cuidar mis sentimientos y se lo agradezco.

Por eso también es que no le dije que ya es tarde con lo de acercarme más. A decir verdad, es tardísimo.

—Hola, preciosa —saludo, y le guiño el ojo.

Ella revolea los suyos.

—¿Has amanecido seductor? —cuestiona, divertida.

Hoy tiene un brillo en los ojos que me podría dejar mudo si me dedicara miradas como las de anoche. Creo que ya lo mencioné, pero me pone un poco tonto y hasta ñoño.

—No es solo hoy. Soy un seductor nato —le respondo para seguir la broma, y se ríe—. ¿Qué tal tu noche?

—Perfecta —señala y no agrega nada más, pero mira hacia la calle, donde Julia se despide de su novio—. ¿Ese es tu hermano?

—Leroy, sí.

—¿Qué ascendencia tienes? No me cierran los nombres, son de distinto origen.

Qué detallista resultó ser mi… la chica. Sonrío y me apoyo en la silla vacía que tiene enfrente, para ponerme cómodo.

—Mi madre eligió dos nombres cuyo significado fuese «rey». Quiso alimentarnos el ego desde pequeños. Mi apellido es Ravenna.

Casi, casi, suelta una carcajada y no lo hace porque acabo de amenazarla con el dedo. Todo en tono de broma y una novedosa complicidad.

—Sabes que no pega, ¿no? —cuestiona después.

—¿Y eso quién lo dice? —pregunto con cara de ofendido.

Se ríe y eleva las manos, perdiendo la batalla.

La verdad es que nadie entendió nunca a mi madre con esta elección de nombres tan rara. No, no pega. Mucho menos, el de Leroy.

—¿Budín y café? —consulto por fin, poniéndome a trabajar.

Asiente y abre su portátil.

No puedo dejar de advertir que está radiante. Hasta sus prendas son más coloridas hoy. Me alejo, aunque no le quito el ojo. No me voy a poner pesado. Sé bien lo que significa pasar la noche con alguien y seguir adelante.

No hay compromisos.

Las ilusiones me las voy a hacer en silencio y sin insistir demasiado, porque entiendo que tiene mucho que resolver en su vida y fui yo quien aceptó ser usado para que ella se reencontrase con lo que sea que necesitaba reencontrarse.

—¿Todo bien? —me interroga Xavier.

—Perfecto —respondo y sabe que no miento.

Estoy llevándole el desayuno a Alana cuando la escucho sollozar. Se pone de pie y gira sobre sí misma, buscando no sé qué. Tiene el móvil en la oreja.

Me ve llegar y toma asiento.

—Gracias, Val. ¿Cómo te enteraste? —pregunta, ignorándome.

Ni siquiera sé si me ve. Su mirada está más allá de todo lo que la rodea. Dejo su consumición y me alejo, intrigado. Su rostro se ha transformado y no sé si es miedo o preocupación lo que distingo en

él.

—¿Qué le pasa? —quiere saber mi amigo, que se puso en pie nada más verla actuar raro.

Quizá creyó que no se sentía bien, también lo pensé al verla.

—No lo sé —le respondo.

Ambos nos quedamos pendientes.

Deja el móvil en la mesa y se gira para mirarnos. Le guiño el ojo y veo que mi amigo le sonríe. Parece que eso la tranquiliza, como si vernos aquí la pusiese a salvo de vaya a saber qué.

—Algo no anda bien —murmura Xavier.

También lo noto, pero no sé qué puede ser. Debe haber recibido una mala noticia. ¿Será algo del coche aquel que abandonó?

—¿En qué quedaron? —investiga, sin mirarme, solo tiene ojos para ella, igual que yo.

—En nada concreto. Sabe que me gusta. Lo pasamos bien y ahí quedó. Supongo que soy lo menos importante en su vida hoy —expongo apoyando los codos en la barra.

—Pesimista —dice, sonriendo con guasa.

—Realista, diría yo. Las cosas con su ex parecen ser complicadas.

Lo veo asentir, ya más serio y acomodándose en la butaca que tiene a su lado.

—Me dijo que quería contratarme. No sabe que no hago divorcios, pero me puse en contacto con alguien que tiene experiencia en casos complicados y está dispuesto a ayudarla. Solo estoy a la espera de que me lo pida —me cuenta—. Adivino que el divorcio de ella no será fácil. No me contó nada, pero se huele.

Quisiera agradecerle en nombre de Alana, pero no me considero con derecho a hacerlo. Lo que no significa que no me encante la idea de que le tienda una mano, dado su conocimiento.

—¿Qué cuchichean, vecinas chismosas? —nos molesta Julia y se acomoda a mi lado, copiándome la posición.

—Estás despedida —le digo, y me saca la lengua.

—Ya quisieras tener el poder de hacerlo —me reta.

Xavier se mata de risa y la muy caradura me besa la mejilla antes de alejarse. Creo que me ha perdido el poco respeto que me

tenía como jefe, si alguna vez me lo tuvo.

Mejor me dejo de tonterías. Hay clientes nuevos que debemos atender. A ver si me concentro un poco.

Capítulo 34: Alana



Miro a Malek, Xavier y Julia; los tres parecen estar en alerta; lo noto en cada uno de sus gestos. De vez en cuando, me lanzan una mirada fugaz, casi distraída. Quiero pensar que me están protegiendo, que de algún modo me cuidan, aunque tal vez sea solo una ilusión mía. Después de todo, acabo de actuar como una completa desquiciada y quizá me observan solo por eso.

La llamada de Val me dejó atontada, lo reconozco. Y a raíz de eso, quiero meterme en el agujero más escondido del mundo y esperar allí a que todo desaparezca.

Ya me parecía que la felicidad, pequeñita y recién nacida, que estaba sintiendo no podía durar mucho.

¡Es un hijo de…! Ya sabes lo que quiero decir. Me encantaría poder gritarlo a los cuatro vientos y, por alguna razón desconocida, no soy capaz. Me refiero a David, por supuesto.

Malek *Ravenna* me guiña el ojo al pasar.

¡Su apellido es Ravenna! Madre mía, es que no pega con su nombre. Si no tuviese que pensar en solucionar mi problema más inmediato, me reiría con él sobre las muchísimas anécdotas que seguro tiene al respecto.

No, no estoy loca. Solo preciso evadirme y este tontísimo detalle me ayuda.

David me ha encontrado.

Eso le hizo saber a mis amigas. Fue Val la encargada de avisarme.

¿Cómo averiguo si es cierto y no otra de sus trastadas para doblegarme emocionalmente? Es un psicópata. Puedo esperar cualquier cosa de él.

—No tienes buena cara, Alana —dice Malek, acercándose a mi mesa y sorprendiéndome.

Estaba perdida en mis pensamientos.

—Estoy bien —le aseguro, y me mira con esos ojos oscuros, intensos y hermosos que tiene. No pestañea—. No tengo buenas noticias, pero estoy bien.

Me obliga a agregar y asiente.

—¿Quieres que nos veamos a la noche y me cuentas? —pregunta, inseguro.

Veo en sus gestos que de inmediato se arrepiente y se pasa la mano por la cara.

—Perdona. Sin presiones. Sabes que estoy aquí si te sirve mi compañía o quieres hablar. Me invitas a esa cena que me debes cuando quieras y yo, con mucho gusto, aceptaré —explica y da un paso para alejarse rumbo a su lugar en el mostrador, desde donde vigila todo como un halcón.

Desearía mantenerlo cerca. Necesito un abrazo de esos que contienen y ahuyentan todos los males, y sé que él podría envolver mi cuerpo de ese modo, apretarme y darme calor humano. También sé que no corresponde y que no sería acertado pedírselo.

—Eres de esos que no dejan pasar las deudas, lo había olvidado —bromeo antes de que se aleje demasiado, para que no se sienta mal por mi mirada tan esquiva.

Sonríe bonito y me acaricia el hombro a su paso.

—Pago mis deudas —señalo con la voz un poco más alta, para que me escuche, y oigo su carcajada.

Giro la cabeza para ver si me observa y entonces lo veo entrar.

Mi cuerpo se tensa al instante ante su presencia.

Otra vez, me refiero a David.

Su apariencia engaña. Tiene cara de honesto y comprensivo, de hombre divertido. En realidad, es divertido. Solo cuando quiere, eso sí, si no, es muy antipático. Si sonríe, todo su rostro se contrae en una mueca agradable y esos ojos marrones, vivaces y pequeños, irradian simpatía con su brillo.

Da las pocas zancadas que lo separan de mí, con su mirada anclada en mi cuerpo, en mis piernas desnudas y en mi suave maquillaje. No le agrada lo que ve. Lo sé.

Le gusto desnuda en la cama y bastante cubierta en la calle,

frente al resto de las personas.

—¡Esa falda corta es tan vulgar, Alana! —dice frente a la marquesina de una de mis marcas de ropa preferidas—. La elegancia no es mostrarte *como una puta. Eres mi mujer, no hace falta que vayas provocando otras miradas. ¿No te alcanza con la mía, que no deja de adorarte?*

Desde mi negada perspectiva y su camuflada dominación, para mí, aquellas eran palabras hermosas. Lo tomaba como bellas demostraciones de amor. Me encantaba provocar a mi hombre con mi sola presencia. Ser atractiva a sus ojos era todo para alguien tan vulnerable como yo. Me daba seguridad. Un hombre como David, que llama la atención a su paso y regala sonrisas por doquier, puede provocar celos en quien no se siente bonita, como solía ser mi caso.

Ya puedo oler su caro perfume, oír sus pasos firmes y hasta sentir el tacto de sus manos sin haberme tocado aún y que, a veces, aprietan demasiado fuerte.

No puedo moverme. Lo repaso de arriba abajo y lo veo como siempre: con su barba de pocos días; su aspecto inmejorable; ese cuerpo trabajado con eternas rutinas y una alimentación estricta, que muchos hombres envidian y las mujeres elogian.

Está aquí. Es él. Es mi marido, el supuesto amor de mi vida. El hombre que no tenía defectos para mi cabecita de enamorada.

Y no siento nada de todo lo bello que antes me provocaba.

Duele descubrir que ahora estimula otras sensaciones, bastante menos placenteras, dentro de mi pecho. Hoy, mi corazón galopa enloquecido por el miedo que me da pensar que pueda tener uno de esos arrebatos que me lastiman, no solo físicamente, y no por haberlo extrañado.

Mis pies quieren correr y no a su encuentro, todo lo contrario, desean alejarse lo más rápido posible y mientras más lejos, mejor.

Sonríe, cínico, enojado, contenido. Pone una mano sobre el respaldo de mi silla y la otra, en la mesa. Se inclina y besa mi cabeza con torpeza.

—Mi amor, por fin te encuentro. ¡Te extrañé tanto! —dice en voz

más alta de lo necesario.

Esquivo su mirada y la dirijo a Malek. Lo veo elevar una ceja a modo de pregunta. Hago un gesto en respuesta, para decirle que no sé qué está pasando, pero que se quede dónde está. Xavier mueve sus labios en silencio: «¿Voy?», leo en ellos y niego despacio, para que David no sepa que estoy comunicándome con ambos solo con señas.

Toma asiento frente a mí, levanta la mano y grita:

—¡Un café!

Otra vez, sus ojos marrones, demasiado expresivos están conmigo. Solo puedo tragar saliva y mantenerme muda.

—Tienes diez minutos para decir algo que me convenza, que cambie mi humor. Una vez que eso pase, iremos por tu equipaje, si es que tienes, y volveremos a casa —ordena, con su dura mirada clavada en la mía.

—Eso… —comienzo a explicar, y algo dentro de mí me silencia.

Un frío inesperado me recorre la espalda y un grito mudo suena en mi mente, como si quisiera llamar mi propia atención, y lo hago. Ya tomé decisiones dolorosas y difíciles, retroceder no es una opción. No le debo explicaciones, porque soy la dueña de mi vida. Ya se las di cuando me fui y no quiso tomarme en serio.

—No —digo, con firmeza y sin agregar nada más.

Su boca pequeña de labios finos se pliega de la misma manera que la última vez que lo vi. Algo peligroso corre el velo de su mirada y me estremezco.

—Pasas el día con tus amigas y las noches, conmigo. Lo mejor de los dos mundos —murmura, casi como un ruego, intentando convencerme de ir al hotel en el que pasaré el fin de semana con las chicas, con motivo de la despedida de soltera de Conny.

No quiero discutir. Está cariñoso desde hace varios días y no quiero que cambie, es por eso que le rodeo el cuello y le doy un pico.

—No puedo hacerle algo así a Conny, pero lo que sí puedo hacer es reservar unos días para pasarlo juntos y solos más adelante.

—No me gusta que vayas con tres mujeres solteras y ya sabes

que Celine no es una buena compañía.

Odia la libertad sexual de mi amiga, lo tengo claro, y tampoco es que pueda olvidarlo, porque me lo recuerda casi a diario.

—Conny casi está casada. Su soltería tiene fecha de caducidad —bromeo, ignorando la efervescencia de su cambiante humor.

—Como quieras. También me voy de copas con amigos, entonces, y para que sepas lo que se siente, lo haré ahora mismo. No me esperes despierta —gruñe, me empuja para alejarme de su cuerpo y se larga de la casa.

Bajo los párpados, frustrada, agotada de luchar contra problemas invisibles, inexistentes, inventados, imprevisibles y tantas otras cosas… ¡No aguanto más!

Tenía tomada una decisión a medias, pero la llevaré a cabo antes de lo pensado.

Escucho el motor de su deportivo, alejándose, y me inclino para tomar la maleta a medio llenar que escondo bajo la cama. Tomo prendas sin ton ni son, con apuro, sin pensar. Algo de abrigo, maquillaje, zapatos, ropa de dormir, documentación necesaria y mis cosas del trabajo. Tengo algunos papeles que me traje de la oficina y el portátil, no debo olvidarme de eso. Recuerdo tomar los cables para cargar mis aparatos electrónicos y los tiro dentro también.

Arrastro la maleta ya cerrada hasta la cochera y la meto dentro del maletero de mi automóvil.

Una vez de vuelta en mi dormitorio, tomo el bolso que tengo sobre la cama y, con más calma, estudiando qué poner dentro, lo lleno. Él sabe que es este el que me llevaré, por eso no me preocupa tanto si vuelve y me ve con él.

Me muevo de aquí para allá en la habitación, porque estoy nerviosa. Voy descalza y, de camino al baño, piso un tornillo. Me desconcierta semejante hallazgo. Mirando para todos lados, intentando encontrar la respuesta a mi muda pregunta «¿por qué hay un tornillo en la alfombra del dormitorio?», recuerdo que hace unos días vinieron a limpiar la ventilación del aire acondicionado central, por petición de David.

Mi mirada se dirige a la rejilla, donde diviso una insignificante lucecita azul. Trepo a una silla para ver de qué se trata y descubro lo

que, seguramente, no debería haber descubierto: una pequeña cámara pegada con cinta en la ventilación, apuntando al centro de la habitación.

Con mi teléfono retrato todo, a modo de testimonio. No sé por qué lo hago, es algo espontáneo que ni siquiera razono. Mi cabeza está en modo automático, todo mi cuerpo, en realidad. Acciono sin pensar, por instinto. Cada tanto, manoteo sobre mis mejillas para quitarme las lágrimas que caen sin control y están fuera de mi dominio también. Termino de prepararme con torpeza y aviso a las chicas de que iré antes al hotel, sola y en coche, porque me surgió algo de trabajo. Lo que quiero es irme de aquí de inmediato, pero sin preocuparlas.

Desconozco a mi esposo desde hace un tiempo y con esto que acabo de ver, me siento humillada. No puedo tolerar esta invasión a mi privacidad, ni su desconfianza. Porque estoy segura de que la ocultó para seguir mis pasos en secreto, para vigilarme.

No recojo nada. Poco me importa ya si se entera de que lo he descubierto.

Lo espero en el salón, con el bolso a mi lado.

Me ve nada más entrar y refunfuña, como si fuese un padre a punto de reñir a su hija. Me menosprecia con la mirada.

—¿Y ahora qué? ¿Me harás una escenita de celos? Te lo advertí, Alana —dice, ignorándome y caminando hacia el dormitorio.

Al ver el desastre que he dejado, comienza a gritar. Me cubro poniendo el sillón entre los dos. Tengo en las manos todo lo que necesito para salir corriendo. Hasta el coche está encendido.

—No quiero pelear. Me voy a lo de Conny y mañana, al hotel. Piensa en lo que has hecho y cuando quieras disculparte, hablaremos. Estar solos nos ayudará a pensar.

—Ni se te ocurra atravesar esa puerta, Alana, porque lo lamentarás.

Y sí, la crucé a toda velocidad.

Gritó y me siguió sin apurarse, creyendo que yo actuaría como lo hacía siempre y no fue así.

Me explicó entre gruñidos y suspiros furiosos, mientras me

perseguía, que lo había hecho por protección. Inventó tontas excusas que ignoré.

Por supuesto, el ofendido era él.

Aceleré cuanto pude, poniendo la distancia que me daba seguridad. Cuando él se dio cuenta de que de verdad me iba, me llamó al móvil. Atendí, por supuesto, me creía a salvo: «Piensa bien estos días, Alana. Cuando vuelvas, hablaremos y pondremos nuevas reglas en este matrimonio, mi amor. Te amo. Diviértete».

De mi boca no salió ni una sola palabra después de oírlo. No hizo falta. Colgó la llamada sin agregar nada más. Ya había demostrado su poderío y creyó que me había acobardado. Lo que él no sabía era que la esposa abnegada acaba de abandonarlo.

Ahora me doy cuenta de que fui mejor que él. Mi plan fue sutil e inteligente. Le gané sin gritos ni demostrando una superioridad inventada a la fuerza y mentirosa, como él hizo siempre.

—No voy a volver, David. Creo haber sido clara cuando te lo dije hace unos días y en el mensaje que te envié después, también.

Sí, reconozco que eso fue una cobardía de mi parte. Dejarlo por mensaje de texto, definitivamente, es impropio de una persona adulta y razonable. Pero, ¿quién puede culparme si por entonces me aterraba hasta la idea de, incluso, escuchar su voz? El miedo es incoherente, lo toma todo, lo descontrola todo, te vuelve torpe, insensata, no te deja pensar... Al menos, así sucedió conmigo.

—Alana —dice entre dientes, apretando la mandíbula.

Bajo la cabeza. Tomo mis cosas y, con una parsimonia controlada lo mejor que puedo, las guardo en mi bolso. Lo último que deseo que vea en mí es miedo.

Él sonríe de lado, altanero, satisfecho. Otra vez, supone que ha ganado. Me encanta hacérselo creer un rato más. Aprendí a gozar con eso. Es mi silenciosa venganza, una que le sirve a mi ego y me empodera frente a su mirada arrogante.

Capítulo 35: Malek

No me gusta nada la cara de este hombre, mucho menos la mirada que descarga en ella.

—Dale esta tarjeta cuando puedas —me dice Xavier, alarmado también—. Salgo para ver hacia dónde van y cómo la trata. Si hace falta, intercedo. No te preocupes. Disimula.

Observo a Alana ponerse en pie, con el bolso colgando del brazo y al tipo ese haciendo lo mismo, con una sonrisa irónica dibujada en la cara, que le quitaría de un golpe.

—Ya estoy lista —dice Alana, tomando del codo a Julia, que pasaba por su lado.

Frunzo el entrecejo. No entiendo nada. Menos entiende el payaso que la acompaña. La mira de arriba abajo y quiere tomarle la mano. Alana se suelta del intento de agarre y sigue dirigiéndose a Julia. La pobre tiene la mandíbula desencajada, se la nota perdida.

—¿A qué hora dices que salía tu hija de la guardería? ¿Llegamos bien? —cuestiona Alana, guiando a mi cuñada hacia la salida, que sigue sin saber lo que sucede.

Asiento con la mirada a la pregunta silenciosa que Julia me hace con un gesto. No me importa nada, que le siga la corriente, que es buena idea. El tipo se queda parado como un pasmarote. Quiero aplaudirla. Es una idea brillante la que tuvo Alana.

—¿A dónde me llevas? —escucho que le pregunta Julia, porque están muy cerca de mí, y el sonido se pierde en la distancia que, rápido, me separa de ellas.

—Hasta mañana —saluda Alana.

Quiere parecer natural, a pesar de estar un poco asustada por lo que está haciendo. Lo noto en la rigidez de sus movimientos.

Saludo con un gesto, en silencio y atento a lo que pudiese pasar en los próximos segundos.

El hombre se encamina hacia la puerta con sus pasos rigurosos y una cara de mala hostia que no puedo describir.

—Hey, amigo —pronuncio.

Quiero darles tiempo a las chicas para que desaparezcan.

Se detiene y bufa. No abre la boca, solo espera que diga lo que tengo que decir.

—¿Quién abona lo consumido? —pregunto.

Me tira un par de billetes y se va.

Xavier entra pálido al chocarse de frente con el desconocido. Parece que le dio fuerte con el hombro, porque se lo acaricia.

—Creo que está irritado —comenta con sarcasmo.

—Se le escapó. Es inteligente la chica —comento, orgulloso y alegre de que lo haya logrado.

—Doblaron en la esquina y se escondieron en la floristería —susurra mi amigo.

El esposo de Alana vuelve sobre sus pasos y pone cara de mártir antes de estar lo suficientemente cerca para dirigirse a mí. Idiota. Conmigo no sirve ese jueguito.

—Perdón por la interrupción. La chica que acaba de irse, la conoces, ¿cierto? La bajita.

Asiento con la cabeza, sin darle demasiada importancia a sus palabras.

—Me dijo la dirección donde me espera y no la retuve. No soy de aquí. ¿Me puedes indicar cómo llegar a su casa? Sé que está cerca.

Está intentando pescar información. No soy estúpido.

—No sé dónde vive y tampoco podría darte información personal de mis clientes —sentencio sin mirarlo.

Hace un sonido extraño y se va.

—Llámala —ordena Xavier.

—No tengo su número, chismoso —le digo, disimulando los nervios que me carcomen por dentro.

—A Julia, entonces —indica.

Lo pienso unos segundos y marco el número. No debería estar metiéndome donde no me llaman y Alana me lo dejó muy claro, odia que lo haga.

Un móvil suena en la esquina del mostrador y me acerco.

—No se lo llevó —expongo, tomando el aparato y mostrándoselo.

Me duele el estómago de pensar en lo que pudo y podría pasar si la encuentra. Lo cierto es que no tengo muchos datos, solo sé que él la maltrató porque escuché a la pelirroja…

—¡La pelirroja! —exclamo.

Abro mi cartera para buscar el número que dejó. Supongo que esto es lo que quiso pedirme cuando me lo dio. Marco su número sin meditarlo demasiado. Atiende con voz sexy y como está en altavoz, Xavier también la escucha. Eleva la ceja y tuerce el gesto, lo que me roba una sonrisa. ¡La chica esta se las trae!

—¿Celine? —pregunto. Por tonto, si sé que es ella.

—Depende de quién quiera saberlo —me explica.

Sonreímos otra vez al oír su ronroneo natural y seguro.

—Soy Malek, el dueño de la caf…

—¡Mierda! Sé quién eres —explica interrumpiendo mi saludo y la sensualidad se le va al demonio—. ¿Está allí? Dime que no, por favor, dime que me llamas por cualquier otra cosa.

—¿Te refieres al esposo de Alana? Sí, está aquí. Creo que es él. Acaban de dejar mi cafetería.

—¡NO! ¡Ve a buscarla! No los dejes solos, por favor.

—Tranquila. No están juntos. Ella supo evitarlo. Pero el tipo no parece de los que abandonan la búsqueda —señalo, más intranquilo que antes al conocer la reacción de una de las personas que conoce bien la situación, o eso supongo, siendo la amiga de Alana, es lo lógico, ¿no?

—No lo es. No se detuvo hasta que la encontró. Parece que le dio tiempo para que volviese y al no lograrlo, siguió los datos del GPS que le puso al coche que le regaló. Hace tres días que está en la ciudad, buscándola. Ya mismo la llamo. Malek, gracias —dice, y cuelga la comunicación.

—Bastante expeditiva parece la muchacha —murmura mi amigo, y yo asiento perdido en mis pensamientos.

Ahora entiendo todo. Él fue quien destruyó el coche, por impotencia o enfado, seguro. También entiendo las palabras de Alana, aquellas que me dejaron divagando en mis conjeturas,

intentando sacar conclusiones.

¡Qué complicado es todo!

¿Por qué lo digo?

Porque no puedo dejar de pensar en que quiero cerrar la cafetería, ir a su casa y encerrarme ahí con ella; abrazarla, mimarla y darle consuelo.

¡Mierda! Vuelvo a maldecir en silencio por cómo se dan las cosas. Hace mucho que no me interesaba una mujer como me interesa esta, pero veo tan difícil que esto llegue a algún lado.

Veo entrar a Julia, nerviosa, sudada, agitada.

—¿Qué pasó? —le preguntamos a dúo, Xavier y yo.

—Hace mucho que no siento tanta adrenalina corriendo por mis venas, o por donde corra la adrenalina —dice, bebiéndose de golpe un vaso de agua—. Se subió a un taxi y se fue a su casa. Me contó que el muy desgraciado es golpeador y un poquito psicópata.

Escucho sus palabras y me cubro la cara con las manos. No puedo dejar de pensar en que está sola y en peligro.

—Voy a verla —les aviso.

—No. Me pidió que te informara que necesita pensar. Está segura en su apartamento, eso me lo garantizó.

Golpeo el mostrador y me encierro en la pequeñísima oficina que tengo en el fondo del local para descargar la bronca. ¡Esto no puede estar sucediendo! Quiero, necesito dejar de pensar en Alana, porque el pecho se me cierra por la preocupación. Aun así, no concibo la idea de quedarme de brazos cruzados, siento que puedo, al menos, reconfortarla si me dejase.

¡Mierda!

Capítulo 36: Alana

Nunca creí que llegase el día, pero aquí está. Llegó. Estoy plenamente consciente de que es el comienzo de una nueva etapa. Sigo vibrando de miedo, ansiedad y un montón de otras emociones que apenas si puedo definir, o ni eso, no obstante, salí airosa. No me tembló la voz y tampoco tambaleé al dar un paso tras otro mientras me alejaba de él.

No negaré que el corazón me martilleaba en el cerebro por los nervios que pasé. Todo podía salir mal. Fue improvisación. Me arriesgué a todo o nada.

Suelto la carcajada histérica que tengo atragantada y me dejo caer contra la puerta de mi apartamento. Y hasta pataleo para descargar la tensión, golpeando el suelo con los talones. Me asusta el sonido de la videollamada y grito. Así de alterada estoy.

Sigo riendo. Son los nervios, lo tengo claro.

—¿Cómo estás? ¿Qué te hizo? Y no me mientas —ordena Celine, con un tono de preocupación que no me deja espacio para dudar cuánto me quiere.

—Hola, ¿dónde está? —se suma Val, desfigurada por la seriedad.

—Madre mía, dime que estás bien —murmura Conny, angustiada también.

Me río como loca, me pongo en pie y me voy quitando la ropa. ¿Por qué?, no lo sé. Necesito desnudarme, sentirme liviana, libre, segura.

—Esta chica no está bien —murmura Val.

—Estoy perfecta, amigas mías —digo por fin, ya en ropa interior—. Apareció con su altanería usual, intentó obligarme a que me disculpase, o algo parecido, para así volver a casa como si nada hubiese sucedido. Más de lo mismo. Siempre ocurría así, ¿saben? Ni siquiera tenía que pedírmelo, en realidad, yo me disculpaba y

olvidaba por convencimiento. Lo hacía como una rutina y por evitar discusiones —les explico con la vista perdida en la ventana del apartamento, sin mirar nada en concreto, buscando los recuerdos en mi cabeza.

—Ya no —dice Celine, y me guiña el ojo.

Su respuesta me trae de vuelta a la conversación.

—Ya no —repito con una enorme sonrisa tensando mis mejillas.

¡Madre mía, qué subidón tengo!

—¿Y cómo estás? —quiere saber Conny.

—Feliz. Acojonada pero feliz. Me da pánico no poder predecir lo que hará, pero siento que puedo enfrentarlo y ese es un paso que no sabía si podría dar si lo tenía frente a mí —explico, y chasqueo la lengua para reafirmar en voz alta lo que acabo de decidir en silencio—. Buscaré un abogado, lo tengo claro, me voy a divorciar.

Solo de escucharme pronunciar la frase cargada de seguridad, un escalofrío me recorre entera.

Converso con mis amigas un rato más, tratando de poner en palabras este torbellino de emociones que llevo dentro. Es extraño. Es como estar atrapada en un punto intermedio, entre la salida y la llegada a un lugar incierto. Un camino desconocido, sí, pero que aun así se siente como una meta crucial, definitoria, indispensable. Tal vez no sea el destino que en realidad busco, pero sé que es mejor avanzar que quedarme quieta, sin hacer nada.

Llegué hasta ahí.

Ya he recorrido más de medio camino, el más arduo y riesgoso.

Descubrir que el amor brilla por su ausencia, que el dolor casi no se siente ya y que el respeto se esfumó por completo, no es agradable. Supe idealizar a ese hombre, hermoso e imponente, ya no. Mis vendas cayeron. Sé que me comprenderás, porque estoy segura de que alguna vez se te fue el amor por alguien. Sí, mi experiencia es diferente, pero acaba en el mismo punto: no amando a quien amaba.

Celine me cuenta lo del GPS que David había puesto en el coche y agradezco haber tenido la feliz idea de abandonarlo en aquel galpón.

Si lo pienso un poco, tengo infinidad de preguntas para David,

aunque puedo morir sin las respuestas, la verdad.

Entre risas y suspiros, me ponen al día: Celine va a sufrir si sigue esforzándose con tanto ímpetu en su sexualidad libre y sin compromisos. Conny ya lo hace, pero busca soluciones en el diván de su psicóloga y me parece bien, necesita sanar. Val... Val está como una cabra, nadie puede convencerla de que la homosexualidad no es reversible, hasta ese punto ha llegado, y de que su corazón es demasiado permeable.

La distracción que me regalaron y la larga ducha que me doy después, me ayudan a olvidar a Malek también. Sé que no le debo explicaciones tampoco y él no me las pedirá, aunque lo vi preocupado por mí. Era una expresión sincera la que descubrí en sus ojos. Al igual que en los de Xavier.

Observo el computador abierto y repaso con la mente lo que me quedó sin hacer, después, busco las llaves del apartamento con la vista.

No sé qué hacer.

Quizá no debería salir.

¿Qué posibilidades hay de que me lo cruce?

Si hace días que anda por acá y no pasó, ¿por qué tendría tanta mala suerte de cruzármelo dos veces hoy?

Todo lo que sentí al enfrentarme a David fue verdadero. No me faltó valor, supe defender mis pensamientos; aun así, la posibilidad de estar a solas con él, sin testigos ni nadie que pueda socorrerme, no es lo mismo. No sé si me atrevería. Más que nada, porque no confío en él. La sola idea de que algo así pase me pone los pelos de punta.

Me visto con ropa nueva, nada que él pueda reconocer de lejos, y escondo mi cabello en una gorra con visera que uso para correr. Una vez en la calle, miro hacia todos lados. No voy despreocupada, como lo hacía hasta hace algunas horas. Vigilo los coches que pasan y estoy atenta por si reconozco el de mi ex.

Entro en la cafetería, que está a punto de cerrar, con el aire retenido.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Era tu ex? —me pregunta Malek, nervioso, observando hacia afuera cada dos segundos.

—Sí, era él —respondo de inmediato para calmarlo—. Quería hablar contigo. Hacerte saber que estoy bien —le explico cuando lo tengo cerca.

Deja sus pupilas sobre las mías un rato eterno y hace una mueca.

—Espérame un momento, que cierro estos números y… ¿Café? ¿Algo?

Niego con la cabeza y espero. Lo dejo hacer. Lo admiro. Sí, lo hago. Me estremezco de solo pensar que hace pocas horas estuve desnuda en sus brazos.

Jamás se me cruzó por la cabeza entregarme a otro hombre, no lo busqué ni lo deseé. Malek, simplemente, estaba aquí. Está aquí. Despertando necesidades y deseos que no sabía que tendría tan pronto.

Me gusta, me inspira pensamientos bonitos; me da esperanzas, unas que creí abandonadas para reencontrarlas, vaya a saber cuándo. Mi vida había dado un vuelco tan inesperado que no me atrevía a imaginar un futuro o un mañana cercano. La ilusión estaba desaparecida de mi vida, o no; la tenía, pero iba dirigida a resistir, a seguir huyendo, a aprender a vivir sin David, sola y sin miedo.

Lo veo cerrar la puerta con llave y apagar algunas luces.

—Saldremos por atrás. Ven —dice, extendiendo su mano para que se la tome. Entramos a un pequeño despacho y sonríe culposo—. Ya termino con esto.

Trastea con unos papeles y cuando por fin acaba, me enfrenta. Suspira, me recorre la cara con la vista y acaricia mis mejillas. Está muy cerca, demasiado cerca. Puedo sentir su aliento.

—Me asusté —susurra y cierra los ojos.

Apoya su frente en la mía y la risa que sale de su boca es impotente; es como un enfado que no puede dominar. Le sigue un gruñido.

No soy capaz de pronunciar ni una sola palabra porque estoy absorta en sus reacciones.

—Vamos —pronuncia por fin, y suena contrariado.

Capítulo 37: Malek

Niega con la cabeza y detengo mis pasos. Inspiro con profundidad para reafirmar mis ideas y me convenzo otra vez. No es el momento para dejarme llevar por lo que siento. No quiero seguir encerrado con ella en este mínimo espacio, donde todo se intensifica.

—¿Qué pasa? —le pregunto, porque no se mueve.

Me asusta demasiado lo que me produce su cercanía.

No soy del tipo de personas que tiene miedo a enamorarse, a compartir la vida, a permitirse los sentimientos inesperados. Soy de los que se arriesgan. Me dejo sorprender, disfruto, vivo el momento y si me toca sufrir, sufriré. Nadie está exento de llorar por amor. No seré yo la anomalía. No obstante, esto que está sucediéndome sí acojona.

De algo como esto sí tengo que huir.

Somos diferentes. ¡Nuestras realidades están tan lejos, son tan dispares!

Sus ojitos revolotean por mi rostro y me roba el aliento. Sin mediar palabra se acerca y me besa.

Cierto es que le llevo una cabeza, pero domina la situación de tal manera que acabo a su altura. Sus labios son dóciles, tibios, y mis ganas de devorarlos como si no hubiese un mañana son enormes.

Introduzco mi lengua y pego su cuerpo a mi pecho, apretándolo con un brazo. Con la otra mano posiciono su cabeza para tener mayor control. Quiero tenerlo, pero ella me lo roba con un sonoro gemido y una de sus piernas enredada a la mía.

Me muerde, se restriega en mí y me convence. Soy así de fácil. Le acaricio el culo, lo aprieto, lo amaso y subo a sus pechos, repito el movimiento. Parezco un pulpo.

Gime.

Jadeo.

«Si no te molesta que te use para redescubrir mi… no sé si

cuerpo, deseo o qué», repite mi memoria. Fueron sus palabras. Me pareció genial escucharlas en aquel momento. Hoy me parecen una mierda. Me humillan, me dañan, me aterran y lo peor de todo, me saben a poco.

Siento su caricia bajando por mi vientre; llega a mi entrepierna abultada, que ruega por atención, y cierro los ojos. Me encanta que me toque, que suspire al sentirme y me mata que intente meterse entre mi ropa.

Le tomo los brazos y la giro sobre su eje, le apoyo el pecho en la espalda y sus propias manos, sobre la pared más cercana.

—Malek —reniega.

—Shhh. Relájate —susurro en su oído.

Muevo mi pelvis contra la suya y le tomo una mano para hundirla, junto a la mía, dentro de su ropa interior.

Supongo que es lo único que toleraré en este momento. La veré gozar, lo haré también, pero intentando no implicar estos sentimientos sorpresivos que amenazan mi estado natural y mis rutinas.

Entiendo que necesite liberar su tensión, que se sienta deseada y pretenda tapar su dolor, o lo que sea que la haya traído a mi cafetería, con una revolcón rapidito y efectivo. No la juzgo. Sin embargo, yo no tengo ganas de volver a hacerme ilusiones, que mañana tendré que matar a fuerza de gruñidos y un humor de perros insoportable.

Si no me cuido yo, ¿quién lo hará por mí?

Su dedo sabe qué hacer mejor que el mío. Ya está gozando y se ve preciosa.

Su cabeza descansa en mi hombro y le beso el cuello.

Me encanta verla y oírla.

—Esto por la mañana, tarde o noche, da igual si es sobre la cama, en la ducha o la cocina —susurro, mordiéndole la oreja—. Mastúrbate a diario, preciosa.

Sigue rozando, mejor dicho, estrujando mi erección contra su culo. Me da placer, me gusta, quiero intensificarlo, pero sé que no llegaré a nada. Tengo la cabeza en otro lado.

Jadeo y clavo los dientes en su hombro cuando su mano

apresura el movimiento.

¡Qué lindo sería reemplazar sus dedos con mi lengua!

La oigo gemir, suspirar y ahogar un jadeo. Su cuerpo entero se tensa y reemplaza su mano con la mía. La acaricio y se estremece.

—Sí que recuerdas cómo se hace, mentirosa —bromeo.

Se ríe y gira para enfrentarme cuando es capaz de controlar sus movimientos con seguridad.

Le tomo los dedos y los chupo. Me mira con carita de pícara y mi instinto grita que la siente sobre mi mesa de trabajo y la penetre con fuerza, sin miramientos, sin pedirle permiso.

—¿Te llevo a tu apartamento? —pregunto, negándome la posibilidad de hacer nada más que no sea separarme de esta maldita tentación.

—Claro. Gracias. Solo si tienes ganas —aclara, balbuceando y acomodándose la ropa con rapidez y torpeza.

Sé que le afectó mi pregunta.

«Lo siento, bonita. Me priorizo. En contra de mis ganas de abrazarte y adorarte por horas, prefiero no negarme este cuidado», pienso y le beso la frente.

—Siempre tengo ganas de estar un rato más contigo —le aseguro, aunque no esté en posición de creerme.

Capítulo 38: Alana



Le abrazo la cintura sin apoyarme en él. Me hubiese gustado decirle que no me trajera a mi casa, pero no me pareció bien negarme.

Me sentí rechazada. Sí. Es horrible. Ese intento de darme «algo» para contentarme me pareció espantoso. No sé cuál es la palabra, no encuentro ninguna que describa lo que siento. Me da vergüenza haber aceptado esa *migaja* que me ofreció. No estoy tan necesitada y ¡por supuesto que sé masturbarme! No necesito que me enseñe o dé permiso.

—Me gustaría expl... —comienza a exponer cuando apaga el motor de la moto, ya frente a mi edificio.

Lo interrumpo, porque no quiero oírlo.

—No. No hace falta que me expliques nada —le aseguro, mirándolo a los ojos, después de haber bajado del vehículo.

Los dos sabemos que me rechazó y no hace falta que ahonde en su punto.

Me desubiqué.

Intenté utilizarlo una vez más y me descubrió.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. No me interrumpas, por favor —ruega con una sonrisa a medias—. Me gustas, pero no me atrevo a permanecer a tu lado en estos momentos. Por ti y por mí. Puedo perjudicarte y puedes dañarme.

—Comprendo. Sé que tienes razón —digo balbuceando. Doy un paso hacia la puerta de entrada, para dar por finalizada esta incómoda conversación.

Me asombra su declaración. Cierro los ojos, despotricando en silencio, cuando no lo tengo enfrente. Quisiera desaparecer, volver el tiempo y no haber ido a su negocio esta noche. Me siento culpable.

Elegí ese pedacito de ilusión que sabía que encontraría en sus brazos sin medir las consecuencias. Y no, por supuesto que no pensé que él pudiese sentirse así. Si estuviese en su lugar, supongo

que hasta le daría un cachetazo.

En este instante, me juzgo como una persona horrible. La adrenalina y el mentiroso empoderamiento logrado frente a David me transformó en un monstruo que intenta tomar lo que necesita sin pensar en el otro.

Sí, fue solo esta vez, pero ¿y si Malek no me lo hubiese hecho notar?

—Xavier me dio esto para ti —dice, colocándose a mi lado—. Casi lo olvido. Es el teléfono de una abogada que él conoce y ya está avisada de que podrías llamarla. Solo si quieres. Xavier no hace divorcios. No creas que quiere entrometerse, solo...

—Yo le dije que quizá lo llamaría y presumo que ver a David lo preocupó —comento, aceptando el cambio de tema.

—Yo también me preocupé, Alana. Se me retorció el estómago al ver que te tocaba o miraba con cara de resentimiento. Prométeme que harás algo al respecto, que te cuidarás y no le permitirás dañarte. No tengo derecho a meterme. Sé que odias que lo haga, pero no puedo contenerme —expone sin interrumpirse y mirando fijo mis ojos.

No puedo obviar que sus palabras me llegan al corazón y me dan ganas de abrazarlo. No lo hago, por supuesto.

Tampoco me abraza.

Me acaricia las mejillas y la boca con un dedo, niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Llegué en mal momento a tu vida, preciosa, y créeme que lo lamento un montón.

Los ojos se me llenan de lágrimas y es cuando lo ahuyento cubriéndome con una silenciosa coraza fría y dura. Si esperaba que dijese algo, no lo sé, y no quiero averiguarlo.

—Sube, que quiero ver que estás a salvo —me pide, señalando la entrada del edificio con un movimiento de cabeza.

Obedezco. Me resulta fácil obedecer. Es la costumbre, supongo. Aunque esta vez, no me arrepiento de hacerlo.

Sin encender las luces, me voy directa a la cama. Me quito la ropa

en cada paso que doy y me dejo caer sobre el colchón una vez que solo me queda la ropa interior.

¿Sabes qué? No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, de lo que busco de la vida en este momento o de lo que va a pasar en ella a partir de mañana. Desconozco mi persona, mis acciones y mis necesidades. Me angustia no poder dominar mis sentimientos. En realidad, los sentimientos no se dominan, pero al menos se reconocen. Yo ni eso hago.

Y sí, es lo que imaginas. Estoy pensando en Malek. El mismo chico al que miraba con desconfianza y maltraté verbalmente sin motivos reales, solo por los que mi imaginación creaba. Es poco tiempo, estoy casada, paso por un momento de porquería en mi matrimonio y ni siquiera me gustaba hasta hace ¿qué?, dos días, como mucho.

No, no confío en mis emociones. Este escape que encuentro en sus abrazos es una mentira, una ilusión que puede lastimarlo. Tiene razón. Si es cierto lo que sus ojos me expresaron, puedo hacerlo sufrir. No me imaginé nada de esto. No parece un hombre sensible precisamente, todo lo contrario.

«No lo conoces, Alana», recuerdo que me dijo Xavier.

No, no lo conozco. Me inventé a un hombre diferente prejuzgándolo y cuando me di de frente con el verdadero, me sorprendió.

Capítulo 39: Malek

Hoy es un día de esos en los que preferiría no existir. No suelo ser exagerado, por lo general, me dejo llevar por las horas y la piloteo. Hoy, no. Hoy no tengo ganas. Quiero pasar el día haciendo nada en mi sillón, frente a alguna pantalla que me distraiga los pensamientos.

Tengo un mal presentimiento, además de las emociones trastocadas por lo que pasó ayer con Alana. No sé cómo explicarlo. Nuestra conversación, mi actitud y su silencio al final. Nada de esto huele bien. Algo cambió para siempre entre ella y yo.

A ver, que tengo claro que no teníamos nada, aunque una relación de... un acercamiento, digamos, había. Lo sentía.

Al mirarnos, conectábamos. Siento que el comienzo fue sorpresivo y actuamos con torpeza; podemos decir que comenzamos con el pie izquierdo. Con los días, nos acostumbramos a la presencia del otro, sí, hablo en plural. Ella lo vivió como yo, lo intuyo. Las pocas ganas de vernos mutaron a la «necesidad» de hacerlo con las semanas. Puede ser que por distintos motivos. Y ahí radica la incómoda diferencia.

«¡Madre mía! Esta se operó las tetas. No puede ser que le crezcan por mes», pienso al verla llegar y agradezco que me traiga de vuelta al aquí y ahora, y me aleje de los nefastos pensamientos que estaba masticando. Por suerte, mis elucubraciones se van por otros derroteros al verla.

—Hola —ronronea.

Es la chica que viene por las tarjetas de las fiestas del club de Leroy. Aquella con la que casi profano mi oficina, nada más que por estar molesto con la pequeña mujercita de ojos bonitos.

—Puntual, como siempre —digo sonriente.

Le hago un repaso obligado, además de poco disimulado. Es imposible detener mi mirada. O la de cualquiera que pase por su

lado, sea hombre, mujer o niño, da igual. La chica no pasa desapercibida.

Duda, boquea como un pez y me guiña el ojo para darse valor antes de hablar:

—Si no lo pregunto, reviento. Ya pasó, ¿cierto? La única posibilidad que tuvimos fue aquel «parpadeo», hace algunas semanas, ¿verdad? —indaga, mirándome fijo.

No sé qué responder, porque no tengo idea de qué quiere decir en realidad. Si se refiere, con «posibilidad», al casi revolcón que estuve a punto de proponerle, sí. Ya pasó. Tengo la cabeza en otros menesteres como para preocuparme por meterla en caliente, como aquel día. Además, debería esperar que algo se caliente y está helado de momento. Ahora, si lo que piensa es que hubo alguna «posibilidad» de que tuviésemos una relación, o un intento de ello, como que le pifia bastante.

No me atrevo a responderle nada. No me gustaría decir lo que no es o incomodarla con una respuesta equivocada. Sonrío. No hago nada más.

—Quien calla, otorga, decía mi abuela. Nos vemos en unas semanas —comenta, después de tomar las tarjetas que le doy, y se va, con ese contoneo fatal que provoca la taquicardia de más de uno.

Lo mío sí que es preocupante. Las ahuyento solo respirando. No me pongo a maldecir porque Julia me está vigilando. Ya quiso sacarme algunas palabras nada más verme. Y la verdad es que soy un poco seco para hablar de mis problemas. Aunque me estoy ahogando con esta novedad que estoy viviendo. Llamémosle novedad al encaprichamiento que tengo con la chica bonita. No quiero preocuparme por encontrar otro vocablo para definir este… uf, qué difícil se me hace ponerle una etiqueta. No es amor, no es cariño y no es solo deseo, es algo más.

—Te sale humito —dice mi cuñada y señala mi cabeza.

—No puedo dejar de pensar —comento sin pensar.

—No hace falta que me lo digas. ¿Alana?

Afirmo y sonríe con tristeza. Me compadece. ¡Qué feo es sentir que alguien se entristece por lo que te toca vivir! Te hace más

consciente de la mierda en la que te estás hundiendo.

—Malek, está casada, y con alguien peligroso para ella y para ti. No puedes meterte ahí. Dale tiempo. Tiene que solucionar sus cosas antes y ni siquiera sabes si sigue enamorada de él o qué pasará entre ellos una vez que puedan hablar.

—Lo sé. Lo tengo muy claro y por eso anoche le dije que prefería alejarme —le cuento.

Revolea los ojos, bufa e insulta en voz baja, me golpea con el dedo antes de hablar, conteniendo un par de gritos que sabe que no puede dar en la cafetería:

—Si quieres alejarte es porque te habías acercado. ¡¿En qué cabeza cabe?! —gruñe entre dientes.

—Me gusta, Julia. Se dio —declaro en tono de defensa.

Vaya mierda de explicación que doy. Me mira como merezco, por supuesto, echando fuego por los ojos.

De reojo, veo que entra el tal David y su aparente seguridad me pone los pelos de punta. Mira para todos lados y al no encontrar lo que busca, se acerca al mostrador. Enseguida enderezo la espalda y me pongo en alerta. Julia, a mi lado, disimula trajinando con unos platos y tazas.

—Hola. ¿No han visto a Alana? La chica bajita que… —quiere saber.

—Sabemos quién es Alana y no, no la hemos visto —responde Julia, ganándome de mano.

—La esperaré un rato. ¿Me llevas un café a la mesa?, por favor —solicita, le guiña un ojo y cambia el punto de mira.

En este momento, soy yo su objetivo. Me da repulsión mirarlo a la cara. Lleva el mismo anillo que su mujer y me provoca náuseas saberlo. ¡Qué asco de tipo!

—¿Sabes de algún taller mecánico o grúa que pueda llevarme un automóvil dañado a otra ciudad? —pregunta con altanería.

—No tengo coche —miento—. Prueba con el seguro.

Tomo el trapo con el mantengo limpia la madera y comienzo a pasarlo por cualquier lado, para mantenerme ocupado.

—Sí, estoy a la espera de que me den la respuesta, pero no quería perder tiempo. Hoy mismo nos vamos.

¿Nos vamos?

Mis nudillos se ponen blancos cuando aprieto el puño.

¿Habla de Alana y él? ¿Se arreglaron? ¿Hablaron?

—Miente —susurra Julia al pasar con el café, rumbo a la mesa en la que acaba de sentarse y ni siquiera me había dado cuenta de que se había alejado.

Capítulo 40: Alana



Doblo la esquina y lo veo salir de su deportivo. Entra a la cafetería sin mirar a su alrededor y agradezco que no lo haga, porque por eso consigo escabullirme.

Hay una pequeña heladería desde donde veo el negocio de Malek. Entro y pido un helado cualquiera. Tomo asiento en una mesa coqueta y me dispongo a espiar.

Tengo que hacer tiempo.

Me tomé el día. Hoy no trabajo. Tengo infinidad de trámites que hacer y no puedo pensar en nada más que en solucionar mi vida.

Sé que debo hablar con David. Hablar de verdad, sincerarnos, y ver qué hacemos con lo nuestro.

Tengo algunas directivas de la abogada que me recomendó Xavier. Hasta hace un rato, estuve conversando con ella. En realidad, son consejos útiles que pueden servirme ante un posible divorcio complicado y con las características de nuestro matrimonio.

No es fácil, ¿sabes? No puedes decir adiós y cerrar la puerta como debería ser. No, si te casas con alguien como David. Ella me hizo recapacitar en algunos derechos que pasé por alto, solo por mi tranquilidad mental y emocional. Confío en poder mantener una conversación como los adultos que somos. Ella cree que sí, pero no conoce a mi esposo.

Descubrí varias cosas entre ayer y hoy: me canceló las tarjetas, destruyó el coche, amedrentó a mis amigas y vació la cuenta bancaria que teníamos con aquel ahorro para gastos extra. Quiso ponerme de rodillas y verme volver rendida, necesitada, débil.

Intentó que me despidiesen del trabajo y habló pestes sobre mí con sus compañeros. Hasta lloró frente a ellos para que me considerasen una mala esposa, aunque dejó claro que perdonaría todo si decido volver.

Como ya no tengo que esconderme, pude averiguar todo esto. Y me avergüenza. Me duele. Me enfurece. Es tan patético que hasta es capaz de tergiversar la realidad para su conveniencia y exponerse con tal de desprestigiarme. ¡Pensar que dice amarme!

Hablé con mi jefe y prometió ayudarme en todo cuanto pudiese. Me confió que David hizo algunos movimientos complicados en la empresa y parece que metió la pata en algo en lo que prefirió no ahondar, para no preocuparme. Dijo que no quiere sumar problemas, que es suficiente con los que ya tengo y que ya me enteraré.

Tengo la cabeza tan llena de pensamientos, que a veces creo que me va a explotar.

Advierto la presencia de Malek frente a su negocio. Parado allí, con las manos en los bolsillos, mira para todos lados. Le hago una seña y cuando me ve, se acerca con disimulo.

—Tu ex está en la cafetería —dice, nada más llegar a mi lado.

—Lo sé, lo vi entrar. Es por eso que estoy aquí —comento—. Iba a despedirme y lo vi entrar.

—No… —murmura y carraspea antes de seguir—. No sabía que te ibas.

—Tengo que solucionar algunas cosas —le explico.

Mueve la cabeza en señal de entenderlo. Juguetea con sus dedos, sin mirarme.

—Siéntate si quieres —balbuceo y señalo la silla vacía.

Toma asiento. Se lo nota nervioso. Yo también lo estoy.

—A pesar de todo, me gustó conocerte —digo, sonriendo, porque pretende ser una broma.

—Bueno, los primeros días no lo parecía —agrega, sumándose con diversión.

—Los primeros días pueden pasar al olvido —señalo, y ahora es él quien sonríe.

Sigo pensando que su mirada es intensa. Su atractivo aumenta millones de veces cuando comprendes lo linda persona que es.

Suspiro de solo pensar en lo diferente que sería todo si David no hubiese aparecido y no puedo alcanzar a imaginar la magnitud del error que hubiese cometido.

Percibo sus emociones revolucionadas y sus ganas de decir lo que no debe. Sé que se está mordiendo la lengua por soltar todas esas palabras que sabe que no puede pronunciar, por los motivos que solo él conoce y yo adivino.

—Cuando regrese, pasaré a saludar. Dejo todo como está. Además, tengo que devolverte las cosas —le recuerdo.

Pone cara de ofendido y los ojos en blanco.

—Saluda a Julia y a Xavier de mi parte. Con Xavier tengo una deuda pendiente. La abogada que me recomendó es excelente. Si puedes comentarle esto y darle las gracias de mi parte… —le pido.

—Lo haré. Igual ya sabes que sería mejor que lo hicieras en persona. A tu vuelta, digo. Supongo que no serán más que unos días —dice, mirándome de esa manera que pone nerviosa. Extiendo la mano y acaricio la de él.

—No lo sé, Malek. No tengo idea de lo que depara mi destino próximo. Todo esto es tan confuso, que solo estoy dando manotazos para no hundirme.

Asiente al escucharme y se mantiene en silencio.

Me pongo en pie y me imita. Nos miramos a los ojos y veo en los de él tantas emociones retenidas que me asusta. No quise que esto pasara, nunca pretendí nada más que… descubrir que podía ser yo misma y sentir, a pesar de David.

Y no, no pensé en Malek, pensé en mí.

—Perdóname por todo lo que hice mal, Malek —susurro, abrazándolo fuerte por la cintura.

—Regresa, Alana. Por favor, regresa —murmura y me aprieta contra su pecho.

Capítulo 41: Malek

Tres semanas después

Pasaron tres semanas desde aquella mañana en la que dije lo que no debía, en la que fui tan débil que supliqué su regreso.

A mi patética actitud de perdedor le siguió una escena digna de telenovela de las tres de la tarde. Cierro los ojos y todavía lo recuerdo todo, como si hubiese sucedido ayer:

Acaricio su rostro, sus labios y me acerco a besarlos. Solo es un pico. Mi cuerpo entero vibra con ese roce fugaz.

—Adiós —dice.

Levanta la mano y se aleja.

No mira para atrás.

Quiero ir tras ella, pero no soy capaz.

Menos mal que no lo hizo, porque me hubiese visto parado como un estúpido, adorándola en silencio y acompañándola en cada paso que la alejaba de mí.

Me sentí tan estúpido que, a la noche, me acosté con Mía. Y fue peor el remedio... No se merecía que le faltase el respeto de esa manera. Me comporté como una mala persona con ella.

Me lo dijo en la cara. Ella misma me hizo recapacitar en mi error. Todavía estábamos desnudos cuando me insultó y me obligó a disculparme. Y lo hice, por supuesto que sí.

A veces, nos enredamos tanto pensando y repensando que no somos capaces de discernir con claridad y actuamos en caliente, sin analizar nada. Así es como metemos la pata. No medimos consecuencias, no nos importa si dañamos a alguien haciendo esto o aquello, porque no pensamos, sentimos.

¡Estaba tan desconcentrado aquella noche!

La intuición femenina es real. La de Mía lo fue, al menos.

«Háblame sobre ella», me dijo, sonrió, se vistió y me preparó un café. Y lo peor fue que acepté y hablé.

¡Mierda! No merezco su amistad. Porque sí, desde aquella noche, somos amigos. Ese tipo de amigos que se cuentan secretos de amor. Se me suelta la lengua con Mía, sabe cómo desnudar mis sentimientos, esos que ni sé que tengo. Y por todo lo mencionado, dice que estoy enamorado de Alana, aunque yo todavía no lo tenga tan claro.

¿Cuánto tiempo se requiere para enamorarse?

No, no, lo mío es otra cosa. Puede que sea el escalón anterior al amor, si lo vemos como una escalera. Eso sí puede ser.

El tal David siguió en la ciudad un tiempo más. Vino cada día a distintas horas buscando a Alana. Yo disfrutaba tanto verlo esperar en vano que hasta me cambió el humor.

Mi *nueva amiga* dice que la presencia del tipejo ese me ilusionaba, que me hacía especular en que ella no se había ido por él y que me daba esperanzas de verla volver antes de lo pensado. No se lo reconocí nunca, pero no le erró en su razonamiento.

Una mañana, así como llegó, el tipo se fue. No lo vi más.

Alana tampoco volvió.

Mía pone los ojos en blanco al ver el grupito de chicas que entra haciendo alboroto. Se codean cuando se acercan y se ríen nerviosas.

—Las provocas con tanta miradita —bromea.

—Pero si las miro para decir hola y nada más —me defiendo. Y no miento, de verdad que no hago nada más que ser yo.

—Buscamos a Malek —aclara una, la más alta.

—Soy yo —digo, señalándome.

La de la *voz cantante* me mira el brazo que acabo de flexionar y se pone colorada.

—¿Tienes tarjetas para la fiesta del viernes? —pregunta una rubita con cara de ángel que había quedado rezagada.

Asiento, pero no hablo. Mía no se pierde ni un detalle y hasta hace muecas que ignoro.

—¿Todas son mayores? —les pregunto, y el mostrador se llena

de documentos que lo confirman.

Me río y ellas me imitan. Les doy las tarjetas a cada una en la mano, que me extienden con ansiedad. Por la edad que tienen, adivino que es la primera vez que van a la disco de Leroy.

—Nos vamos a quedar para tomar algo —comenta la chica.

—Acomódense. Ahora me acerco para que me digan qué tomarán —aviso.

Las veo alejarse envueltas en el mismo alboroto en el que entraron.

—Ya ves que todo está en tu sucia cabecita —comento, mirando a Mía, que eleva los hombros, restándole importancia.

Se me acerca y me abraza antes de soltar alguna de sus frases amistosas y con buenos deseos o consejos. Para ella es cómodo y natural ser así, para mí, no tanto. Todavía me estoy acostumbrando.

—Me voy a trabajar. Me encanta verte sonreír de verdad otra vez. Vuelve a empezar, Malek.

Típico de ella también comentar cosas como estas. Ahora, no sé si quiso decirme lo que creo que quiso decirme. Si es así, no, todavía no quiero volver a empezar.

Alana tiene que reaparecer.

Va a regresar.

Y cuando la vuelva a ver, cuando experimente en mi cuerpo lo que sea que me provoque su presencia, podré asegurar si lo que siento es algo que puede esfumarse de un momento a otro o, por el contrario, si estoy realmente jodido.

Capítulo 42: Alana

Recorro el dormitorio por última vez. Me encanta esta casa. Supe convertirla en mi hogar a pesar de todo lo feo que viví aquí.

—¿Llevo esta caja al camión? —me pregunta Celine.

—Sí, gracias.

Me acompañaron mis tres amigas. No solo quisieron ayudarme, también ser testigos y hacer las veces de escudo frente a David. No les importó que les dijese que me acompañaría un policía por consejo del juez.

Presenté los papeles de divorcio antes de venir. David dice que lo tomé por sorpresa. Que no lo esperaba, que imaginó que estaba poniendo mis cosas en orden para volver. Así es él. No ve el «elefante en la habitación» salvo que le convenga. Y como casi nunca me escuchaba o hacía de cuenta que no lo había hecho, no me llamó la atención su reacción.

Lo encuentro en el salón, con un vaso de algo. No sé qué bebe, solo escucho el ruido de los hielos cuando mueve la muñeca, jugando con el líquido. Haciéndose el importante.

No debería estar presente. Nuestros abogados así lo acordaron, pero es David… Debería hacer una denuncia para dejarlo como un precedente. No lo haré. No quiero comenzar esta nueva etapa con problemas. Por supuesto que se lo comentaré a mi letrada. Me interesa su consejo, ya que mi ex es un hombre problemático y peligroso. Lo tengo claro.

—¿Te llevas los sillones? —me pregunta con tono irónico—. Son un regalo, deberías llevártelos como recuerdo, por lo menos.

Justamente eso es lo que no quiero, recuerdos.

Como estoy dispuesta a no tener una nueva discusión, digo:

—Uno para cada uno. ¿Te parece? Sé que te encantan.

Asiente y me mira.

—Sigo amándote como siempre y estoy dispuesto a olvidarlo todo —susurra.

Quiere evitar que lo oigan mis amigas, que ya están fuera, por eso habla bajo.

No asume que mi decisión está tomada, que no hay vuelta atrás y que es el único responsable. No lo ve, o no quiere verlo. Estoy segura de que lo que más le duele es su ego. Si de verdad me amara, no seguiría sentado con su pose de *rey del mundo* divulgando un amor que, según él, yo pisoteé.

—David, quiero este divorcio —aseguro, sin alejar mi mirada de sus ojos, para que no tergiverse mis palabras.

—No te importa lo que siento y eso me da que pensar. Ya no sé con quién estuve casado —dice, apretando los dientes y jugando un papel de víctima que no tiene.

Deja el vaso y se acerca a mí. Me tenso de inmediato y me rebelo al temor. Me acaricia la cara antes de que yo sea capaz de dar un paso hacia atrás, pero sin demostrar miedo. Estoy dispuesta a no confrontarlo, ya no sirve de nada. Además, un solo grito haría que el policía se lo lleve esposado.

El muchacho que carga los muebles entra y le señalo el sillón que David quiere que me lleve.

—Te arrepentirás, Alana. Lo harás, y cuando quieras revertir los daños, no estaré disponible —gruñe, apretándome el brazo.

—Me arriesgaré —le aseguro, soltándome de su agarre con un tirón valiente—. David, no me busques, no me sigas, no intentes acercarte a mí porque te denunciaré y sabes que tengo pruebas. Enfócate en resolver tus problemas legales con el hombre que te mató el hambre por años, con un salario que no sé si te merecías. Le has robado clientes. Y los has hecho a base de mentiras.

—¿Qué sabes tú de eso? —indaga, nervioso y enojado.

—Todo. También sé que inventaste un montón de tonterías sobre mi persona. No les conté lo que pasó realmente. Te hice un favor. Me lo debes. Firma el divorcio, vende la casa y deposítame la parte que me corresponde. Es lo único que pretendo de ti —afirmo con una contundencia que seguro desconoce.

Veo su gesto furioso, el que todavía recuerdo como si hubiese

pasado ayer, y me alejo. No me gusta provocar al monstruo, pero si no lo enfrento, seguirá pensando que le temo.

Antes de cerrar por última vez la puerta de mi casa, la que quise que fuese el refugio de una familia, repaso con la vista todo lo que puedo observar y allí está él, David. El hombre imponente que supo hacerme sentir la mujer irreemplazable de su vida y una insignificante pelusa en el suelo en un mismo instante.

Vaya poder, ¿cierto? No cualquiera sabe hacerlo con tanta maestría.

Sé que dice algo con altanería, lo noto en su postura arrogante de hombros rectos y mentón elevado, pero mis oídos están sellados ante sus palabras. Es más sano ignorarlo. Sonrío de lado y me voy.

***

Un mes después

Hace poco más de un mes que estoy viviendo con Celine. No congeniamos, no somos buenas compañeras de casa. Como soy la intrusa, decido no quejarme. Ya me quiero ir para dejarla en paz. Odio molestar y aunque no lo diga, sé que rompo sus rutinas.

—¿Cómo estás? —pregunta Val.

Nos juntamos a cenar las cuatro, en el apartamento de la pelirroja, y quiero aprovechar para tirar la bomba hoy mismo. No va a volver a pasar aquello de ocultarles cosas.

—Mal. Estoy divorciada oficialmente, malvendí objetos valiosos que no me gustaban, no tengo dónde vivir y comencé a cargar con el peso de un fracaso por el resto de la vida —enumero con los ojos brillantes, pero sin derramar ni una sola lágrima, todavía.

—¿El fracaso es tu divorcio? —pregunta Celine con ironía y, ante mi confirmación silenciosa, suelta una carcajada exagerada—. Nena, ese es tu mayor éxito.

Le devuelvo una sonrisa, aunque no lo siento así. Me quieren convencer de eso y puede ser que hasta tengan razón. Lo que pasa es que yo me casé para siempre con el amor de mi vida. Pensé y soñé un futuro con él. Uno que se desvaneció entre golpes y abusos

de todo tipo. No te confundas, no lo amo. Hace mucho que no lo hago, es solo la sensación de perder algo que se suponía que sería mío, una elección de vida.

No puedo explicarlo mejor desde la razón, se siente.

Tampoco puedo explicar la paz mental que disfruto al reconocer que soy libre de hacer, decir, vestir, ir y venir, que no tengo que dar cuentas a nadie, que no temo a nada y que soy feliz otra vez. Supongo que también es difícil de entender algo que debería ser natural para todas las personas. Ojalá sigas sin entenderlo, porque eso significa que no te convertirás en víctima de un hijo de… de alguien como mi ex.

—Supongo que ya lo sentiré así —susurro, insegura, volviendo a la idea de ver mi divorcio como un gran logro.

Celine mira su móvil y bufa. Se pone en pie y desaparece dentro de su dormitorio.

Las tres nos miramos con el entrecejo apretado y no le decimos nada al verla volver, porque no parece estar de humor para contarnos lo que sucede.

Creo que ha llegado el momento y la bomba debe explotar. Inspiro profundo y cuento hasta tres en mi mente.

Tres… Dos… Uno.

—Chicas —comienzo a decir para llamar la atención de cada una. Mi corazón se acelera y me aprieto las manos—, en aquella ciudad dejé algo que quiero recuperar.

—Contrata la misma empresa de… —dice Val y, al ver mi cara, agrega—. Me parece que no se trata de muebles, ¿cierto?

Se muerde el labio inferior cuando niego con la cabeza para responderle.

—El morenazo —murmura Celine.

Asiento y me tomo unos segundos para decirles lo que pienso, algo que todavía no tengo claro y es por eso mismo que tengo que ir allí a buscar respuestas.

—No sé si es algo que valga la pena, pero… ¿y si lo es? No quiero perderme la posibilidad de averiguarlo, chicas.

—¿No te parece muy pronto? Lo pregunto de verdad, no te estoy juzgando —aclara Conny, después de indagar en algo que yo misma

pienso y repienso cada noche, hasta que me vence el sueño.

—Sí. Creo que es pronto. Mi idea es regresar y estar presente. Sentir lo que tenga que sentir y ver si a él le pasa igual. Supongo que, si no estoy allí, me olvidará. No deseo que lo haga y tampoco quiero hacerlo. No sé si idealizo todo debido a lo mal que estaba yo, pero fue tan bonito sentirme… —Me emociono demasiado recordando cada sensación que me regaló y no solo hablo de sus abrazos y besos, hablo de todo— viva. Me hizo tan bien su cercanía, que no puedo dejarlo pasar sin atreverme a averiguar si lo que siento en mi pecho es algo o me lo estoy inventando por el contexto en el que sucedió.

—Creo que no tenemos toda la información —asegura Val. La miro con culpa, porque tiene razón.

Les relato todo con lujo de detalles para ponerlas al día de lo sucedido entre Malek y yo. Mientras lo hago, recibo miradas de todo tipo y hasta gimoteos de asombro. Yo misma me sorprendo de lo que hice y dije. A la distancia, me parece una locura. ¿Lo habrá sido?

Lo que sí puedo asegurar es que fue algo inesperado, inoportuno, inapropiado y algún otro «in» que en este momento se me escapa. Es que no puedo pensar mucho con seis ojos inquisidores sobre mi persona.

—¿Y crees que se enamoró de ti? —murmura Conny con cara curiosa y pensativa.

—No sé si se enamoró, sé que algo sintió. Me pasó igual, y quiero saber de qué se trata esta excitante sacudida que me provoca pensar en él.

—En la noche que pasaron juntos, di mejor.

Todas soltamos una risita, porque razón no le falta, aunque no es así del todo.

—Te equivocas, Celine. Y eso es lo que más me inquieta. Extraño su mirada. Nunca nadie me había mirado así. Siento que le importo y que sabría tratarme como merezco. Me respeta y es sincero, aun cuando calla lo que no se atreve a decir.

Conny tiene los ojos cargados de lágrimas y me abraza.

—Arriésgalo todo, Alana. Sé valiente. Tú que sabes cómo… que

ya sabes cómo, digo.

Celine la mira con intriga, eso no ha sonado bien. Le tomo la mano y la miro a los ojos.

—Conny…

Niega con la cabeza, enérgicamente, y tuerce el gesto en una mueca angustiada, pero empática.

—No es mi turno. Vamos a brindar y emborracharnos —dice, y se va a la cocina—. Celine, ¿la *cachaça*?

—Ah, no, yo no tomo esa porquería. A mí dame otra cosa o me emborracho con agua —aseguro con las manos en alto y entre carcajadas.

—Yo solo brindaré. Mañana trabajo y quiero estar linda para mi gay favorito —asegura Val, poniendo los ojos en blanco, pero mordiéndose el labio inferior. Así de contradictorio es todo en su vida en este momento.

—No lo vas a enderezar, Val. Eso no sucede en la vida real —sentencia la pelirroja, molestándola.

—Tampoco crecerá tu *mocoso* y ahí lo tienes, deseando tus huesos —la provoca la rubia, y Celine le revolea un almohadón.

Capítulo 43: Malek

Un mes después

Muevo la última caja y me quito la camiseta. Estoy empapado en sudor. Quise acondicionar un poco la oficina y acomodar las reservas de mercadería. Una cosa llevó a la otra y me di vuelta el local completo.

Hacía tiempo que tenía que hacer esto y mi novedoso estado de ansiedad me llevó a ponerme en marcha. Las ansias son algo bastante desconocido para mí, «eran» algo desconocido. No obstante, debería agradecerles, porque pinté el salón, cambié la iluminación, compré un par de silloncitos para una esquina y renové el menú que se ofrece a la hora del *brunch*.

Se me pasan los días sin darme cuenta entre tantas actividades y agradezco que así sea.

Parezco un preso contando los palitos, tachando las semanas y los meses. Dos meses y tres días. Eso es lo que llevo contado desde que me dijo que volvería. Aunque yo soy más moderno, los marco en el calendario del móvil. Tengo una explicación para esta tontería: me puse una meta, un «hasta aquí esperas, pedazo de tonto». Parece una estupidez, aun así, me funciona.

Mi hermano dice que no la espere y que siga adelante, y que hay cientos de mujeres sin tanto problema que solucionar esperándome. Mía lo confirma contándole cómo actúan las chicas que van a la cafetería. Y eso que no conoce a la tetona. No todas gustan de mi apariencia y, en mi defensa, argumento que solo coquetean conmigo con un propósito: las invitaciones. Además de hablar sobre la edad de las nombradas. Es cuando Leroy, con su voz gruesa y amenazante, exclama: «¡Ni se te ocurra!». Puede que mencione que tienen menos años para que dejen de molestarme. Se han propuesto convertirse en casamenteros. Hasta Xavier quiere

presentarme a una amiga. Justo él, que todavía no se atreve con las aplicaciones de citas.

—¡Vaya! —exclama la voz femenina a mi espalda—. ¿En qué habíamos quedado tú y yo? De pronto se me ha olvidado.

—En que seríamos amigos —respondo sin intimidarme.

Las manos de Mía acarician mi pecho y juguetea conmigo, pegándose a mi pierna y utilizándome como si fuese el caño en el que baila en el club.

—Es que tu cuerpo me distrae —sigue bromeando e interponiéndose en mi camino.

Con un brazo le rodeo la cintura y la levanto unos centímetros para moverla hacia un costado. Su gritito histérico me hace gracia. Casi nos caemos los dos por hacer sandeces.

—Ho… Hola —escuchamos, y abrazados, recuperando el equilibrio que estuvimos a punto de perder, nos damos la vuelta.

Fantástico.

¡Maldita suerte la mía!

Puedo adivinar que lo que Alana acaba de ver no le agradó. Mucho menos me agrada a mí, al darme cuenta de que no se atreve a mirarme a los ojos.

—¡Hola! —respondo, emocionado y nervioso.

Mis pies se clavan donde están. No puedo moverme.

Mía me suelta y sí se aleja unos pasos.

—Creo que he llegado en mal momento —murmura la chica de ojos bonitos que me tuvo en vilo por tanto tiempo.

Como cerramos toda la semana para hacer una pequeña reinauguración para mostrar el cambio de decoración, cosas de Julia con las que me convence siempre, me es imposible saber si está recién llegada o hace días que anda por acá.

—No. Estoy redecorando. Pasa —digo.

Sigo sin moverme todavía. Los nervios me han atontado y la culpa por lo que acaba de ver, más aún.

¡Madre mía, qué bonita que está!

Mi amiga me da una patada disimulada cuando Alana gira sobre su eje para verlo todo. Con miradas y gestos nos entendemos y me vuelve a pegar, esta vez, en el brazo.

—Te presento a Mía —digo, después de carraspear para aclararme la voz—. Mía, ella es Alana.

Al oír el nombre, los ojos de la bailarina se abren con un desconcierto que me roba una sonrisa. Soy quien le da una patada disimulada ahora. Al darse cuenta, parpadea y cierra la boca.

—Es un gusto conocerte —la saluda.

Ambas sonríen y se dan la mano.

Su piel está radiante. Su mirada no carga la tristeza de siempre. Lleva los labios pintados con un brillo rosado que me provoca demasiado y hago un esfuerzo titánico para no observarle la boca. El cabello recogido me permite admirarle el cuello y la forma ovalada de su rostro queda en evidencia, así como la nariz respingona y bonita que no deja de ser un adorno más para su hermosa presencia.

Ahogo el suspiro que quiero dar para relajar mi mente y cuerpo. En este instante, concluye mi agonía. Acabo de dar por finalizada la espera.

Aunque, supongo que esta visita es la despedida que no esperaba.

—¿Cuándo volviste? —pregunto después de eternos segundos en silencio.

Mataré a Mía. ¿No se da cuenta de que tiene que irse?

—Hace unos días, aunque estuve ocupada buscando apartamento. Ya me mudé.

—Buena decisión. El que… Espera. ¿Eso quiere decir que te quedas? —pregunto, y estoy seguro de que parezco un estúpido ahora mismo.

La verdad es que pensé que había venido a despedirse para siempre. Prefiero ser pesimista y sorprenderme que, por optimismo, sentirme defraudado.

¿Se mudó de apartamento? Quiero saber a dónde, con quién, por qué volvió o hasta cuándo se queda en la ciudad. ¿Será para siempre?

—Ay, ¡por Dios! —murmura mi amiga, con los ojos en blanco y moviendo la cabeza hacia un lado y otro.

Ya sé que actué como un tarado. Son los nervios de verla así de

cerca y no poder creerlo todavía.

—El lugar está muy cambiado. Precioso, además. Me gusta —comenta Alana, cambiando de tema, y haciendo de cuenta que no escuchó a mi amiga burlarse por mí.

—Gracias —susurro, sin quitarle la mirada—. Está preciosa, precioso, sí, digo.

—Bueno. Esto se está poniendo incómodo. Creo que me voy —afirma Mía y chasquea la lengua.

¡Sí, por fin!

—No. No, no hace falta —ruega la recién llegada.

—Sí, hace falta —aseguro yo.

—No, de verdad que no. Solo vine a decir hola y a avisarte que ya tengo embaladas y listas para devolver las cosas que me prestaron.

—Regalamos, Alana. Creí que estaba claro. Dónalas o úsalas. Son tuyas.

Asiente y sonríe. Me encanta que sonría así, con una mueca tan amplia y sincera.

—Gracias, entonces. Quería corroborar que no hubiesen cambiado de opinión. Bueno…

Golpeo a Mía con el pie.

«¡Que te vayas!», le digo con la mirada.

Eleva una ceja.

¿No entiende o se hace?

—Ya vendré cuando esté listo. Soy uno de esos clientes leales —declara Alana.

—Habrá inauguración —anuncia la bailarina, feliz de poder aportar algo, si hasta se le acerca un paso, enérgica.

—¡Qué bien! —exclama Alana con exageración. Solo espero que no esté incómoda y haciendo conjeturas erróneas, que no soy capaz de aclarar porque no sé por dónde empezar.

—Toma. Hicimos invitaciones para repartir. Aquí tienes fecha y hora. Ven —la invita oficialmente Mía.

Alana sonríe y toma el panfleto que le da. Saluda con la mano y camina hacia la puerta de entrada. Salida en este caso. Se va y no encuentro excusas para detenerla.

—Nos vemos —dice dándome la espalda y desaparece.

—Es hermosa —señala Mía, una vez que estamos solos.

—Dame una explicación inteligente para entender el motivo de tu presencia, Mía —pregunto en tono seco y malhumorado.

—He venido a ayudarte, como todos los días —declara, asombrada.

—Me refiero a por qué no te has ido cuando dije su nombre —agrego, y entonces cae en la cuenta de que estaba sobrando.

¡No puedo creerlo! Me llevo las manos a la cabeza y rezongo en voz baja.

—Ay, no. No, no, no. Te juro que no me di cuenta. La curiosidad me pudo, por fin conocía a la tal Alana y… ¡Perdón! —Pone cara de perrito apaleado y agrega—: La llamas y listo.

—No tengo su número —digo, sentándome en el suelo y apoyando la espalda en la pared.

—Va a su apartamento. Ve, ahora. Yo cierro —insiste.

—Dijo que se mudó y no sé dónde.

—Mierda —susurra, golpeándose la frente y dando vueltas con desesperación.

Capítulo 44: Alana



Bueno, era una posibilidad. Puede que Xavier dijese que no era tan mujeriego como yo imaginé al principio, lo que no quiere decir que no tenga de dónde elegir y se decida por alguien en mi ausencia.

Insisto, era una posibilidad.

Tendría que haberles hecho caso a mis amigas y llamarlo antes para saludar. Aunque solo fuese para tantear el terreno.

Ya caminé tres calles y todavía tengo la boca seca. Está guapísimo. Apenas pude mantener la mirada lejos de su espalda desnuda, brazos y abdominales. Pero admiré su cabello despeinado y esa maravillosa mirada con la que soñé tantas veces.

La rubia que colgaba de su cuello era maravillosa también. Le pega. Combinan.

Llego a la esquina en la que me esperan mis amigas. Dan saltitos, emocionadas y contentas por mí.

—¿Y? —pregunta Celine, ansiosa.

—Llevas el mismo pintalabios —murmura Val, entrecerrando los párpados.

—Bueno, no pasa nada. Cancelamos el alquiler, tenemos tiempo. La vida no acaba aquí ni con él. Te lo digo por experiencia —recita Conny al ver mi negativa—. Vamos un rato al hotel. Nos damos un chapuzón y emprendemos la retirada de esta ciudad.

Obedezco. Hay costumbres que no se pierden del todo. Me dejo guiar, tomada del brazo. Sé que parlotean entre ellas, intentando cambiar de tema. No las escucho.

—¿Nos dejarán tomar c*achaça* a estas horas en la piscina? —pregunto sin venir a cuento.

—No lo creo, pero a la noche... ¡nos emborrachamos! —grita Celine, elevando los brazos.

Lo cierto es que eso de embriagarnos no sucede seguido. Lo

intentamos, aunque nos gana la sensatez y no damos el paso extra para perder la noción de todo y olvidar los problemas. Igual, nos encanta la «idea» de hacerlo, yo creo que con pensarlo nos alcanza. Solo ocurrió de verdad la noche en que Conny nos contó lo que nos contó.

Ella no es consciente de que su despedida de soltera cambió mi vida para siempre.

No hace tanto de aquella noche y, sin embargo, parece que hubiesen pasado años. Según Newton, el tiempo no es relativo, aunque lo parece según los eventos que vivimos mientras pasa, y aquí, si mal no recuerdo, entra Einstein con su relatividad.

No me hagas caso. Estoy divagando.

Prefiero filosofar, aunque no tenga ni idea de hacerlo, a pensar en Malek y toda su belleza masculina en exposición ante mis ojos, abrazado y feliz con la rubia simpática.

—Era una posibilidad —digo en voz alta para convencerme.

—¿Estaba con una chica? —quiere saber Celine, dándose cuenta de lo que insinúo.

Afirmo con la cabeza y tuerzo el gesto.

Verlos ha sido un golpe inesperado. No sabía lo que me encontraría, lo reconozco. Basé mi aventurera mudanza en suposiciones. Me lo inventé todo. Aluciné que podía leer sus silencios, miradas, gestos y las pocas palabras que me dijo la última vez que lo vi.

Durante mi divorcio, el papeleo del mismo, las discusiones con David y la distancia autoimpuesta con Malek, recordé y analicé todo lo que ocurrió en mi anterior estadía. Concluí que *el peludo* supo tentarme con su bondad, con su apoyo silencioso y ese cuidado que percibí con sus toscas acciones. Me conquistó más allá de su aspecto, que suma, no lo negaré, si es un placer para la vista. Está claro que confundí mis emociones y sentimientos por todo lo que estaba viviendo, lo veía todo borroso y ¿quién podría culparme por eso? Estaba en carne viva.

Hoy sé que no me estaba engañando, descubrí que es real lo que me pasa con él, que sí quiero conocerlo y explorar lo que pueda sentir por él.

«Quería», me corrijo. Dadas las circunstancias, no creo que sea posible cumplir mis deseos.

—Igual me quedaré —anuncio.

Me miran como si estuviese loca.

—Chicas, David sigue siendo David. Prefiero estar lejos, poner tierra de por medio. No lo creo capaz de acatar la orden de alejamiento por mucho tiempo. Aquí me siento más segura y me gusta pasear por estas calles. Tengo lindos recuerdos, pocos, pero lindos. Aquí renací.

Celine pone los ojos en blanco y todas nos reímos.

—¿Saco el violín? —ironiza, haciendo el ademán de buscar algo en su bolso. No quiere que me victimice.

Es que a mi amiga le da urticaria todo lo que incluya sensiblería. A ella no le gusta mostrar mucho las emociones y odia las frases hechas o de autoayuda. Es un caso especial. Yo creo que se puso una coraza para enfrentar el mundo con su apariencia.

—Yo te apoyo y te visitaré seguido —comenta Val, interrumpiendo mis pensamientos, a los que les gusta divagar cuando las sombras amenazan la seguridad en mí misma.

Llegamos al hotel dando un paseo. Nos ponemos los trajes de baño y pasamos unas horas distendidas en la piscina, conversando de todo y nada.

Ellas colaboran con mis intenciones de no darle vueltas al asunto de Malek y la rubia que lo abrazaba. Ya lo haré en soledad, a partir de mañana, cuando se vayan y me quede en mi nuevo apartamento, escuchando el eco de mi voz debido a la falta de muebles.

—¿Cuándo llega el camión con tus pertenencias? —quiere saber Conny.

—Mañana temprano —respondo.

Mudo conmigo algunos muebles de mi anterior casa, me quedé con varios de los que nos repartimos. Utensilios y cubiertos que sé que él odiaba, y yo amaba, adornarán mi nueva cocina. Compré platos y algunos electrodomésticos. Además de la escultura que me regaló el padre de Celine, que es enorme para mi nuevo apartamento. Poco me importa, porque es una belleza. Hasta el silloncito incómodo viene en ese camión.

Lo pensé mejor. Las experiencias sirven para aprender a no repetirlas, si fueron malas, claro. Esa butaca de mierda me recordará que no debo conformarme, que tengo que saber decir «no», que una palabra gritada es como mano levantada y que el instinto no debe desoírse, entre otros recuerdos que no tengo ganas de enumerar. Sobre todo, me hará acordar de que ya no soy rehén de ninguna situación; además, de que puedo y debo tomar mis propias decisiones. Supongo que cargaré en él todo el peso del pasado. Prefiero eso a cargarlo sobre mis hombros.

«Tengo mucho que hacer. Me mantendré ocupada y evitaré pensar. Sabré adaptarme a la realidad y la decepción no me hundirá», pienso una y otra vez.

Qué maravilloso que parecía aquel pensamiento hace dos días, ¿verdad?

Lo cierto es que desde que abracé y despedí a mis amigas, no pude dejar de llorisquear. Pasé la noche en vela, dando vueltas y borrando memorias.

Tampoco pude ahuyentar las imágenes del peludo riendo y viéndose fantástico abrazado a la chica simpática. Ya tendría que estar acostumbrada. Malek logra eso en mí: que piense bonito sobre él, a pesar de defraudarme.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. Hay un caos de maletas, bolsas, cajas, muebles...

Me sueno los mocos y sonrío.

Mis emociones, hoy, son ambiguas, porque logré una meta; sin embargo, perdí un objetivo. Tendré que aprender a soñar con otro mañana. El que imaginé no era para mí. Otra vez me equivoqué.

No pasa nada.

«Sé que mis ruinas se pueden levantar y que, aunque se rompan mis zapatos, tengo más», dice una de mis canciones preferidas. Eso mismo pienso. Mejor dicho, me obligo a pensar.

Capítulo 45: Malek



Desde que volvió Alana y asumí que está cerca, aunque no sepa dónde con exactitud, no me alejo de los accesos de cualquier lugar. No importa dónde esté, yo me quedo en la puerta para ver si pasa, si la descubro entre la gente o si por una puta casualidad divina cruzo mi mirada con la de ella.

Hoy reabrimos la cafetería. Julia está muy ansiosa, casi insoportable. La decoración es una idea de ella y le puso el cuerpo para que quede así de bonito todo.

—¿No piensas entrar? —me pregunta Xavier.

Niego con la cabeza.

—Tiene invitación —agrega.

—Lo sé. No es por eso —miento. Se mata de risa y me golpea la espalda antes de entrar—. ¡Estoy recibiendo a los invitados! —grito para que me escuche.

—Si tú lo dices… —acota, burlándose sin disimulo.

—Sí, yo lo digo —murmuro para mí, con la intención de hacérmelo creer.

Estoy solo y a varios pasos de la gente que ha venido a la reapertura. Bufo con impotencia, porque no soy capaz de razonar y actuar como debería un hombre adulto e inteligente. ¡¿Qué estoy haciendo?!

—¿No ha venido? —pregunta Mía, y baja la mirada antes de que logre responderle—. Te prometo que la encontraré.

—Sabe dónde hallarme —expongo, elevando los hombros.

Por momentos me vuelvo ese hombre que debería ser y entiendo que no puedo hacer mucho; mejor dicho, no puedo hacer nada.

—Tengo un dato para darte. Es mi regalo de inauguración. Sirve para todos los que te debo y los que te deberé —anuncia mi amigo, emocionado.

—Son treinta y dos y sumando los que me debes… —rezongo en broma y comienzo a levantar los dedos, como si de verdad estuviese calculando.

Xavier no hace regalos, no sabe qué comprarle a nadie. Entrega tarjetas de esas en las que se cargan una cantidad de dinero. Yo le prohibí que me obsequiase con eso. Odio lo impersonales y frías que son. Prefiero una visita, un abrazo; inclusive, que recuerden la fecha. Eso ya es suficiente.

—Son menos, no te conozco desde que naciste —protesta—. Disfruta del evento y antes de que me vaya a casa, te sorprenderé.

Pasaron más de dos horas en las que vi gente desconocida y clientes de siempre, reí, tomé, comí, trabajé, me sometí a besos y abrazos, acepté de buena gana las bromas de mi hermano y un montón de otras cosas; aun así, lo que mi amigo me prometió no pasó.

Estamos limpiándolo todo con mis tres empleados. Así mañana no tenemos que hacer nada más que abrir, como cada día, para recibir a los primeros consumidores.

Mía está dándonos una mano. Se siente muy culpable y ya no sé cómo decirle que se olvide. Lo que tiene que pasar, pasará.

No, no creo mucho en el destino. Soy más de la idea de que hay que potenciar las oportunidades que se presentan. La cadena de sucesos comienza cuando naces: las opciones que tomas, las elecciones que descartas, cada «sí» pronunciado, cada «no» dicho, cada palabra silenciada, cada persona que sumas a tu vida… todo se transforma en un eslabón más de dicha cadena. Así se suceden las consecuencias y otra vez te toca decidir el camino a tomar.

La vida se resume, para mí, en una rueda que no deja de girar o en un tren que nunca para; debes bajarte y subirte si eliges hacerlo, con lo que eso arrastre. No sé. Quizá me equivoque, hasta puede ser que si lo pienso en otro momento de mi existencia diga otra cosa.

Hoy estoy un poco negativo. No me hagas caso.

—Me voy… tengo… Malek, te voy a hacer sonreír cueste lo que cueste —me susurra al oído Mía cuando va a darme el beso de rigor,

como cada vez que se despide.

—¡Mía! —le grito, pero no se detiene y me deja anonadado.

—¿Discutieron? —quiere saber Julia, acercándose desde mi espalda.

Niego en silencio. Me desconcertaron las palabras de mi amiga, pero no digo nada.

Me suena el móvil con la llegada de un mensaje de Xavier. Esto lo descubro al ver la pantalla, por supuesto.

«De nada. ¿Ya lo has visto? Me la dio la abogada que le recomendé, tuve que extorsionarla. Igual, le debo una».

Marco su número, no estoy de humor para adivinanzas.

—¿Me explicas? —exijo al escuchar su saludo del otro lado de la línea.

Capítulo 46: Alana



Tengo que hacer compras porque si no, no como. Debo llenar la despensa de una vez. Me miro al espejo y confirmo que estoy hecha un desastre. Anoche me acosté sin ducharme. Estaba agotada.

Mi apartamento luce como el hogar que quiero que sea a partir de hoy. Me faltan adornos y darle el toque personal necesario para sentirlo mío, pero ha quedado lindo y acogedor. Mío no es, en realidad, no me lo puedo costear todavía. Es alquilado. Cuando se venda mi casa, veré si me compro algo acorde a mi nueva vida de soltera.

Después de la ducha matutina que me debía, salgo.

Sonrío como una tonta en el ascensor. Me siento contenta, porque le robé un poquito de felicidad a la vida que, últimamente, me daba golpe tras golpe. Eso me hace sentir renovada, bien. Dejo salir la carcajada que merece el momento y escribo la frase en mi móvil: «Hoy le robé un poquito de felicidad a la vida».

Me quedo esperando las reacciones. La única que se alegrará y le parecerá una frase linda será Conny. Las otras dos deben estar riendo y preparando la burla, en especial, Celine.

«¡Qué bonito lo que has escrito!». «Te voy a buscar. No estás bien». «Es romántico, pero bajemos a tierra. ¿No era yo la exagerada?». Adivina quién respondió qué. ¿A ver si has acertado? El orden es así: Conny, Celine, Val.

Salgo del edificio sintiéndome capaz de comerme el mundo. ¡Qué maravillosa sensación!

No, no tengo pensado darle minutos de mi día a Malek porque, entonces, todo se me vendría abajo y lo que me comería serían los kilos de helado necesarios para que el dolor pase a ser de estómago y no aquí, en el medio del pecho.

Cierro la reja que hace las veces de acceso del edificio, porque tiene un jardincito muy bonito al frente, y me doy de lleno con una

persona. Veo un móvil volar y no es el mío.

—Dime que está sano —ruego al ver a la chica que está en cuclillas, recuperándolo.

—¡Sí! —exclama desde allí abajo—. Uf, sí, está en perfecto estado, menos mal.

Se pone en pie y me mira de arriba abajo. Se me hace conocida. Sonríe con sorpresa en la mirada, puedo adivinarlo.

—¿Alana? Sí, sé que eres Alana. ¿Te acuerdas de mí? —niego con la cabeza, es tan vago el recuerdo que no me atrevo a decir que sí—. Soy Mía. Venía a verte, pero no me atreví a tocar timbre y entonces has salido y… eso —explica de corrido, mostrándome el móvil rescatado.

—Mía, ¿qué Mía? —le pregunto, y entonces sí, me doy cuenta de quién es—. Ah, Mía.

La voz de Malek golpea en las paredes de mi memoria diciendo su nombre: «Te presento a Mía».

La idea de no darle minutos de mi día acaba de morir en este choque, digamos encuentro, porque lo del choque ha sido un accidente.

El estómago se me revuelve un poquito al ver que es linda y sexy… y simpática, y un montón de cosas agradables que me encantaría no ver en ella. Suena más contundente poniendo muchas «y», ¿no te parece? A mí sí. Y me sonríe con sinceridad… y no es un detalle menor.

—Ya veo que sí me recuerdas. Soy la amiga de Malek —reafirma, como si quisiera darme el último golpe, el que sabe que noquea.

—Ahora sí —digo, por… por no parecer tonta.

Tuvo la decencia de decir amiga. ¿O fue piedad?

—Si tienes un minuto… o camino a tu lado y te acompaño para donde vayas. Necesito preguntarte algo.

La miro sin responder y comienzo a caminar. No tengo idea de cómo sabe dónde vivo, aunque es la menor de mis preocupaciones en este momento.

—Gracias —murmura andando a mi lado—. ¿Por qué no fuiste ayer a la cafetería? A la reapertura, digo.

—Estoy en plena mudanza y se me pasó. No recordaba que era

ayer —miento. Mal, pero lo hago, y ella se da cuenta.

—Malek te esperó todo el día —comenta.

Me detengo sin previo aviso y clavo mi mirada en ella, extrañada. Yo no quiero problemas de pareja. No. Me niego.

—Mía, ¿cierto? —Afirma, y me deja hablar—. Eso, Mía. No tengo nada con Malek. No sé qué te contó o inventó. Yo…

—Sé todo... —comienza a explicar.

—Ah. Bueno —la interrumpo—. Entonces, estás al tanto de que no me he vuelto a poner en contacto con él.

Me incomoda su presencia y mucho más lo hace su intento de recriminación.

—Malek es mi amigo. Sé que necesita hablar contigo y se me ocurrió interceder —dice y no reconozco el tono de voz ni la intención. No tengo ni idea de lo que se trae esta chica con esta conversación tan confusa.

—Amigo —repito, más para mí que para ella, retomando la caminata—. Amigo.

—Alana, el día que fuiste a la cafetería y nos viste juntos, yo debería haberme ido y dejarlos charlar, pero tenía curiosidad por conocerte. Por eso me quedé. No me di cuenta. Lo siento. Deseo revertir la situación y propiciar un nuevo encuentro entre los dos. Si es que quieres. No lo sé. Sentí la obligación de hacerte saber que él te está buscando —explica de corrido, para evitar nuevas interrupciones por mi parte, supongo.

—¿Para qué? —quiero saber.

—No me corresponde hablar por él —responde, y frunzo los labios—. Solo quise avisarte. Me alegra que hayas vuelto, no importa para qué.

Da unos pasos hacia atrás, alejándose mientras me mira sonriente y levanta una mano, despidiéndose.

Y ahora, ¿qué hago con esta información?

De momento, debo compartir un hecho importante con el grupo, antes de que me explote la cabeza y el corazón se me salga por la boca. No lo dudo más y me pongo a tipear:

«Malek no tiene novia. La rubia es una amiga».

Capítulo 47: Malek

Hoy pensé en ir al gimnasio a la mañana, porque mi hermano me invitó a cenar. Estoy tan cargado de frustración que lo preferí así. No quiero dejar pasar la posibilidad de descargar mi enojo de alguna manera.

Xavier me dejó anotada la dirección de Alana y perdí el papel en la limpieza, después de la reapertura. Hace un par de días de esto y no puedo dejar de pensar en dónde mierda puede estar. Doy por hecho que en la puta basura. Solo recuerda la calle y no retuvo ni un solo número. Para colmo, su amiga está de vacaciones y no atiende el móvil.

Como Julia abrió en mi lugar y debe estar sola, para no retrasarme más de lo necesario, voy directo del gimnasio a la cafetería. Me cambiaré allá, ya me duché en el vestuario.

—Buen día —digo, entrando y me dirijo detrás del mostrador.

Sonríe con picardía al oírme.

Me oculta algo. O está por hacerme una trastada de las suyas.

—¿Qué? —le pregunto, ya de camino a la oficina.

—Nada —responde, sin quitar esa cara de estar haciendo algo indebido.

La conozco más que bien. No me creo que no se traiga algo entre manos. Intento no darle importancia y sigo caminando. Me quito la camiseta sin cerrar la puerta y se apoya en el marco. Se ve que me estaba siguiendo.

—¿Puedes recibir a alguien?

—¿Un proveedor nuevo? —curioseo, mientras me cambio el pantalón delante de ella. Se da vuelta para no verme en calzoncillos y sonrío.

Adoro a mi cuñada. Es leal, fiel y una excelente amiga. También un grano en el culo, si se lo propone.

—No, es otra cosa. Espera. ¿Ya estás visible?

—Sí —confirmo.

Guardo la ropa en el bolso que me llevaré a casa. Antes de darme la vuelta para ver quién es la persona que quiere hablarme, escucho un golpecito de nudillos en la madera.

—Adelan… te —balbuceo, y casi me ahogo con mi propia saliva.

El aire se consume de inmediato en el reducido espacio. El tartamudeo es una tontería ante el trastabille que doy al apoyarme en el borde del escritorio cubierto de papeles. Lejos de sentirme torpe, sonrío encantado por la visita.

—Hola —susurra Alana, con una voz de ángel que me hace suspirar.

—Hola.

Me obligo a cerrar la boca y hacerle una seña para que pase, así cierro la puerta.

—Felicitaciones por la reinauguración. Ha quedado muy bien.

—No viniste —le recrimino en un tono amigable.

Niega y me mira mordiéndose el labio.

—Mía me dijo que me esperabas. No me pareció apropiado y…

—Después me explicas lo de que te lo dijo Mía, ahora, necesito saber por qué no te pareció apropiado.

Se retuerce los dedos y me mira con la cabeza baja. No se atreve, lo adivino. Tendré que tantear, adivinar y me parece que sé por dónde van los tiros.

—Mía no es mi novia.

—También me lo dijo.

Para que puedas recrear la escena. Estoy con el culo y las manos apoyadas en el escritorio. Ella está frente a mí, retorciéndose los dedos o la correa de su bolso, según el momento. Yo no le quito la mirada y ella me la esquiva, a veces, sin éxito.

—Estuve esperándote todo este tiempo. Te rogué que volvieras, lo recuerdo. Fue patético y me avergoncé muchísimo, pero necesitaba que entendieras que tenía un montón de cosas para decirte si decidías separarte para siempre de tu esposo.

—Lo hice. Me divorcié. Y volví —me cuenta.

Seguimos en las mismas. Lo único que ha cambiado es que sus párpados se abrieron por completo y sus ojos, ahora sí, me apuntan

con decisión.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso. No me malinterpretes, es que…

—No hace falta que expliques nada —me interrumpe y hago silencio. Mejor así.

—¿Tuve algo que ver en tu regreso? —pregunto, y baja la mirada otra vez—. Si no me lo dices, no puedo decirte lo que tengo atragantado en la garganta desde tu despedida.

—Sí. Y no sé si merezco…

A la mierda con todo. Estiro un brazo y la envuelvo con él para acercarla a mi cuerpo.

Me como su grito de asombro. Literalmente, me lo como de un bocado. Mi boca se pega a la de ella con tal fuerza que hasta nuestras narices se aplastan.

No miramos en esa posición. Sus ojos se van achicando y sonríen tanto como sus labios. Sí, sus ojos sonríen, igual que los míos.

No hace falta que digamos nada más.

Inclino la cabeza y transformo el beso en desesperación. Meto la lengua, muerdo, lamo, rozo y pego mi cuerpo al de ella. La aprieto con mis manos y siento las de ella en mi cuello y hombros en respuesta. Me acaricia, gime bajito y restriega su pecho en el mío.

Estoy perdiendo el control. La separo de mí e inspiro profundo.

—Espera —ruego.

—No quiero usarte esta vez, Malek —señala, y me quiero morir.

—No es por eso —murmuro y le acaricio la mejilla.

Recordar aquel rechazo me pone enfermo. Nunca me arrepentí tanto de algo, por más que sea consciente de que si viviese otra vez el momento, volvería a hacerlo igual. Ya sé que es contradictorio lo que pienso.

—Me comporté mal contigo y quiero pedirte perdón. No estaba pasando un buen momento. Tuve que alejarme para aclarar mis… —murmura, buscando explicarme sus motivos con una inusitada verborragia, que parece no pasar por ningún filtro.

—Tus… No te silencies. ¿Tus…? —ruego.

—Sentimientos, supongo —agrega sin tener el valor de mirarme.

Sonrío tanto que me duelen las mejillas.

Me devuelve el gesto cuando levanta los ojos y se encuentra con los míos.

Es la sonrisa más sensual y linda que vi en mi vida.

Capítulo 48: Alana



Verlo me afloja las rodillas. Que me mire como lo hace me desespera, me dan ganas de abrazarlo y besarlo hasta que deje de mirarme así, pero me encanta y quiero obligarlo a que nunca renuncie a hacerlo.

El espacio es pequeño, por eso siento la falta de aire y el calor. Todo él me da calor, cerca, lejos, si me mira o me toca… sé que puedo, sé que quiero, aunque también sé que es pronto.

Todavía no asumimos la idea de estar frente a frente.

Estamos confundidos.

—¿Has desayunado ya? —me pregunta sin acercarse.

Niego. No lo hice, estaba esperándolo.

—Estoy famélica —comento y asiente.

—¿Puedo hacerlo contigo?

No espera mi respuesta. Toma mi mano y salimos rumbo al salón.

—Julia, atiéndenos —bromea, y la nombrada bufa revoleando los ojos, aunque me guiña uno a mí.

Estuvimos hablando antes de que llegase Malek. Le conté algunas de las cosas que pasaron con David y le di mi nueva dirección para que me visite si quiere hacerlo. También me disculpé por desaparecer.

Me cae bien esta chica y me siento correspondida en la aceptación.

Malek y yo nos sentamos en una mesa lejana al mostrador. Elegimos la comida y nos tomamos de la mano. Levanta la vista y al ver a una mujer exuberante acercarse a Julia, dice en voz alta, sin dejar de acariciar mi palma:

—Viene por tarjetas, Julia. ¡Hola! —agrega después, saludando a la recién llegada.

La mujer saluda como si dudase de hacerlo y me mira. Hace un

gesto raro y después nos da la espalda.

—Es una de mis amantes, según tú —comenta Malek, divertido.

—Me disculpé por eso —protesto, chasqueando la lengua.

—No recuerdo que lo hicieras —asegura sin dejar de sonreír y masticar, sí, hace las dos cosas a la vez. Hasta que se pone serio—: ¿Estás bien?

Su pregunta es franca. La hace después de estudiarme en silencio por varios segundos.

Como si una catarata de palabras cayera de mi boca, le cuento por todo lo que pasé este tiempo y que involucra a David. Me escucha sin interrupción, aunque gesticulando según lo que oye.

Siento cómo se aflojan mis hombros y el rictus de mi rostro se ablanda. Me da escalofríos según qué recuerdo y se me estruja el pecho poner en voz alta alguna de mis reacciones ante las palabras de mi ex.

Estoy segura de que estoy sanando y lo sé porque puedo hablar sobre lo que viví sin que se me quiebre la voz.

—Me hubiese gustado poder hacer algo más por ti —dice al final de mi relato.

—No tienes idea de lo que has hecho solo apareciendo, gruñendo un par de respuestas y mirándome con tu cara de malo.

—No era de malo, sino de flechado. Fue a simple vista, fue… intenso y sorpresivo —susurra, acercándose un poco—. Te daré el tiempo que haga falta para que puedas aceptar lo que quiero proponerte y no lo haré hoy. Si te quedas por aquí, rondándome y provocándome con tu presencia, me armaré de paciencia.

—Ufa —reniego en broma—. Con lo que me costó tomar la decisión de venir a decirte que creo tener las cosas bastante claras. Pero bueno, si es lo que quieres —comento como si hablase del tiempo y hasta hago un gesto para restarle importancia a mis palabras.

Creo que lo noqueé. No respira. Presiento que el engranaje de su cabecita está girando rápido, lo veo en sus pupilas que no se quedan quietas. Mira el reloj que lleva en la muñeca y niega con la cabeza. Chasquea la lengua, se golpea la frente con la mano y suelta una carcajada.

—Alana —dice después, y suspira—. Puedes negarte.

El silencio que hace es demasiado largo para la carga de ansiedad que tengo. Elevo una ceja y cierra los párpados antes de hablar:

—¿Vamos a mi casa? Ahora mismo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo —repite—. Solo si quieres.

—Esto es una propuesta indecente —señalo en tono divertido. Él levanta la mirada para clavarla en mí—. ¿Lo es? —indago y las mejillas se me ponen rojas de inmediato al ver que asiente.

—Sí, no voy a mentirte. Es una propuesta más que indecente —ratifica y aunque me da un poco de vergüenza, la desestimo y tomo mi bolso.

—Invito yo —señalo, sacando un par de billetes.

Se ríe y me los guarda en el bolsillo cuando ambos nos ponemos de pie.

—Vuelvo en un rato —anuncia cuando pasamos por la barra.

Deja a Julia despotricando. Me encanta la cara que le pone ella y la manera en la que la ignora él. Son divertidos de ver juntos.

—Es una urgencia —murmura, tendiéndome el casco y mirándome a los ojos—. No me pongas ningún apodo como desubicado, atrevido, pervertido… ni te hagas ideas que no son. Tengo buenas intenciones, te lo prometo. Me gustan las relaciones; soy bastante romántico, eso dicen los que me conocen y tengo planes de larga duración contigo. Si aceptas…

—Todo sí —señalo, atándome la correa bajo el mentón.

Otra vez lo dejo descolocado con mis palabras. Niega, se sube a la moto y después de sentirme a su espalda, pone rumbo a su casa, acelerando más de lo debido.

Llegamos a un edificio bajo, tiene solo tres plantas, y subimos la escalera tomados de la mano. Abre la puerta y me deja pasar primero. El piso es moderno y bonito, no es muy amplio, aunque sí lo veo cómodo por su distribución.

Malek toma la guitarra que ocupa el sofá y la pone sobre un pie que debe ser para eso.

—¿Tocas? —le pregunto.

—Lo intento —responde, acercándose y abrazándome—. ¿Cómo es eso de que tienes las cosas bastante claras?

Me tomo unos segundos para pensar bien lo que quiero decir.

—Me gustas —digo por fin—. No sabía si porque estaba mal con… con mi vida, en realidad, o porque eras tú. Y sí, eras tú. Parece ser más simple de lo que imaginaba.

Me acaricia la mejilla y el labio inferior con el pulgar mientras me estudia la cara, sin detener las pupilas en ningún rasgo en particular.

—¿Estás segura? No quiero que te arrepientas o huyas. Me gustas también y tengo muy claro que es así, aunque puedo entender tus dudas. Si no sale nada bueno de esto, habrá valido la pena, ¿no te parece?

—Me parece —repito, aceptando sus palabras y sonriendo porque él lo hace también.

Más o menos pensé lo mismo. Nadie puede asegurarnos un futuro perfecto. Ya sé, por experiencia, que eso es imposible, que todo puede suceder y me quiero arriesgar. No me importa el después. Si falla, qué más da.

Necesito vivir una historia de amor hermosa, intentarlo al menos. ¿Es pronto? Sí, lo es. Pero si no lo hago ahora, si no asumo el riesgo, sé que me arrepentiré.

Quiero sentir que soy importante para alguien que lo es para mí, que me miman y desean, anhelo ser besada y acariciada con pasión, con dulzura. Mi cuerpo ruega por un trato bonito, por gozar al estar piel a piel con alguien que me gusta y por quien tengo sentimientos sanos, no oscuros y confusos.

No se trata de David, no se trata de Malek, se trata de mí. Soy sincera conmigo misma y lo seré con mi compañero en esta aventura novedosa y apasionante que quiero emprender ahora mismo.

Acerco mis labios a su boca y se deja besar. No colabora en nada. Inspira con los ojos cerrados y me aprieta un poco a él, nada más.

Al sentir mi lengua, abre la boca y me roza con la suya. El beso es lento, sentido, húmedo, caliente y espontáneo.

Sin pedir permiso, meto la mano bajo su ropa y le acaricio la

piel. Gruñe bajito y aprieta los dedos en mi cintura.

—Tengo un colchón muy cómodo —murmura, cuando abandono su boca para morderle el cuello.

Capítulo 49: Malek

La cargo a mi cintura, y sin dejar de besarnos y mirarnos, llegamos a mi dormitorio. Doy los pasos necesarios hasta el borde de la cama y caemos sobre ella.

Se ríe y la imito, devorándola con la vista.

No tiene idea de lo que estoy sintiendo en este instante. Tenerla aquí, justo debajo de mi cuerpo, mirándome embelesada, con la respiración agitada, el cabello enmarcando su rostro, sus manos recorriéndome con ternura y esos ojos que tanto me obsesionan fijos en mi boca.

—Puedo sonar intenso con mis palabras, Alana. Me arriesgaré. Te extrañé muchísimo y puse mi vida en pausa hasta verte volver —le aseguro.

—Nunca quise que eso sucediera —aclara, mientras me acaricia las mejillas y me roba el aliento, sin ni siquiera ser consciente de ello.

—Lo sé. Lo hice por mí, porque necesitaba esperarte.

Me besa. Otra vez es ella quien comienza a hacerlo y me encanta. En silencio, me prometo cumplir la fantasía de dejarme hacer lo que ella quiera. Me imagino tendido en la cama, desnudo, sin hacer nada más que sentirla.

Se me escapa un gruñido desde el pecho y se ríe.

—Eres muy sensible, parece —susurra, mordiéndome la oreja.

—Puede ser, pero también tengo una imaginación muy poderosa —le aclaro.

Sus pequeñas y entrometidas manos se adentran en mi ropa, no veo el motivo por el que las mías no se vuelvan tan o más curiosas que las de ella.

Le levanto la camiseta y con la palma le rozo el vientre. Subo hasta su pecho y deslizo la tela que lo cubre. La respiración se nos acelera cuando lo acaricio. Los besos comienzan a ser más

hambrientos y apasionados, y los sonidos se vuelven un poco indecentes.

Todavía no es mediodía, el sol brilla y calienta las calles, ilumina mi habitación y me importa un carajo. Solo quiero sellar este acuerdo con ella.

Estamos juntos.

Ha vuelto y tuve que ver en esa decisión. ¿Qué más puedo pedir? Hundirme en ella para recordar lo que se siente. Eso. Eso mismo. Ahora.

Mi mano se desliza por su entrepierna y la toco por encima de la ropa. Se retuerce un poco y gime, pero no se demora en intentar quitarme la ropa. Me dejo. Mi camiseta vuela por el aire y sus uñas me raspan la espalda. Mi erección reacciona como si tuviese un resorte. Mete los dedos entre las hebras de mi pelo y jadeo cuando tira un poco de él. Me estremezco por completo y hasta se me eriza la piel.

—Me encanta que hagas eso —le cuento mientras lucho con el botón de su vaquero.

Se lo quito y aprovecho la distracción para deshacerme del mío. Tomo un condón de mi cartera, antes de revolearla por ahí, y vuelvo a su cuerpo. Me desplazo sobre su piel, lamiéndola toda, hasta llegar a su cintura. Y otra vez atrapa mi cabeza y me roba un nuevo sonido gutural. Me encantaría retenerlos para no parecer un salido, pero no puedo. Le desnudo los pechos por completo y los devoro en silencio para escucharla gemir. Por suerte, no me niega el placer y se deja llevar por el goce que le provoco.

—Esto también me encanta —balbuceo entre mordiscos y lametones.

Me mira con el labio apretado entre los dientes. Guía mi boca y obedezco. Tiro de su pezón con un pellizco y una posterior succión y, siendo presa de la pasión, ella mete la mano en mi ropa interior.

Los sonidos de ambos inundan la habitación, no nos hace falta música para estimular el momento.

Nos desnudamos apurados, observándonos con lujuria y volvemos a la misma posición.

Cuando estamos recostados otra vez, ladeo mi cuerpo y me

preparo para lo inevitable, una vez que tengo el condón colocado. Es ella quien me posiciona en su entrada.

—Lento. Hazte sentir —ruega entrecerrando los ojos.

¡Mierda, es hermosa! Enmarco su cara con las manos y no me pierdo ninguna expresión. Se le cierran los párpados por completo y sonrío de puro placer.

Toco fondo y ya no hay «lento» que valga. Mi cadera toma vida propia. Sus manos siguen curioseando por todos lados. Estamos prendidos fuego.

Estar así con ella es todo lo que recordaba y más.

No tengo claro si es por la espera, las ganas acumuladas, por haberme relajado por fin, si son sus uñas arañando o sus dientes mordiendo, el sonido de nuestros cuerpos golpeando, sus ojazos abiertos explorándome de cerca, sus gemidos o mis gruñidos bestiales; lo que sí es seguro es que estallo en un orgasmo ruidoso y potente después del de ella, un poco más sutil, aunque perfecto de todas maneras.

No puedo moverme, mi cara está hundida en su cuello y la de ella, en el mío. Me abraza los hombros y acaricia la nuca.

Podría quedarme a vivir aquí.

Salgo de su cuerpo a regañadientes y me deshago del preservativo. Aunque no me alejo de ella.

Nos ponemos de costado y nos miramos, desnudos, sudados, con nuestros ojos cargados de infinidad de emociones.

—Bienvenida a mi vida, preciosa —le digo acariciando sus labios y mejillas.

—Gracias por esperarme, *peludo.*

Cuántas situaciones desconcertantes he vivido a su lado desde que me pregunté: «¿Quién es esa chica?».

Epílogo

Corto la llamada con mi abogada e inspiro profundo. No quiero preocuparme de más. Parece que David se enteró de mi relación con Malek, algo que no es secreto, aunque tampoco hice nada para que la información llegase a él. No lo creí necesario. No considero que sea un tema del que tenga que hablar con mi ex.

Parece que para él es relevante y, a pesar de haber malvendido nuestra casa, no quiere darme el dinero que me corresponde hasta no encontrarse conmigo a solas para conversar.

—No, eso no sucederá —murmura, categórico, Malek.

—Opino igual —lo secunda Celine.

Mi amiga está de visita. Me temo que hay algo más detrás de la sorpresa que me dio, apareciendo sin previo aviso. Tiene mala cara, no viste como si fuese a un desfile de modas en París y sonríe poco.

—Entiendo que se preocupen por mí, pero debo hacerlo. Será en un lugar público y pueden espiar. Tengo que cortar todos los hilos que me atan a él de una vez por todas —les explico.

Desde que me mudé definitivamente a esta ciudad, viajo seguido por trabajo. Mi jefe es de la vieja escuela y le gustan las reuniones presenciales cada tanto. No me quejo, por el contrario, me gusta visitar a mis conocidos y a las chicas. Por suerte, David ya no está en la empresa y no tengo que cuidarme de cruzármelo.

Ambos, mi novio y mi amiga, me estudian en silencio, después se miran entre ellos y, entendiéndose sin palabras, aceptan que vaya sola a ver a mi ex.

No es que necesite que lo hagan, pero me siento más cómoda con la aprobación de mi entorno en la toma de decisiones importantes. Hay hábitos que no se evaporan por más que lo intentemos y estoy segura de que también es parte de mi personalidad. Igual, trabajo en ello. Malek me ayuda.

Hablando de él. ¡Es tan cariñoso! Si tenía dudas sobre haberle

dicho que sí, desaparecieron en la primera semana de relación.

Me consulta, me apoya, cuenta conmigo para lo que sea y se ofrece para que lo que necesite. Me mima mucho. Me encanta que me llame «preciosa», aunque más me gusta sentirme así cuando me observa. Lo que no me gusta es que las muchachitas me lo miren tanto y lo piropeen. Sí, eso sigue sucediendo. Viene con el combo.

Si tengo que ser sincera, me siento poderosa cuando ellas aparecen y él se pone nervioso, me guiña el ojo y sonríe para mí con complicidad. Sé que le incomoda la situación y en alguna oportunidad, hasta se pone colorado cuando lo dejan sin respuesta con sus atrevimientos.

Borro comentario.

La vez que apareció aquella mujer con las curvas marcadas en un par de prendas ajustadas, me puse tan celosa que discutimos.

Estuve dos días sin verlo. Se ofendió y me explicó que no era infiel, que debía confiar en él y que si no lo hacía, era mejor dejarlo. A lo que respondí: «lo dejamos».

Ambos nos arrepentimos a los tres segundos y acabamos en la cama, desnudos y haciendo el amor como si fuese la última vez que lo haríamos. Ese día me dijo el primer «te amo».

Mentira, se lo dije yo, mientras nos duchábamos. Él me aseguró que no se atrevía a hacerlo antes que yo lo hiciera, para evitar asustarme, pero que cree que me ama desde que me vio correr hacia el baño a vomitar el c*achaça* del demonio que me hizo tomar Celine en la despedida de soltera (que no fue tal) de Conny.

No le creo. Puede ser que le haya llamado la atención, eso sí. Esa mañana no fue amor, como mucho, atracción. Igual, no se lo discutí ni lo haré jamás, porque su mirada se pone tan intensa cuando me lo dice que me derrite. En todos los sentidos.

Celine nos avisa que va a distraerse un rato en el hotel, que va a buscar compañía «agradable» y que nos veremos luego para cenar.

—¿Qué le pasa? —pregunta mi chico—. Está rara.

—Lo averiguaré esta noche —le cuento.

No pasará de esta noche que suelte la lengua; me lo prometo a mí misma.

—Adelantemos el trámite, entonces. Vamos a casa —bromea

Malek y me estruja el trasero para dejarme claras las intenciones.

—A ver si dejan las guarradas para la intimidad. ¡Qué asco dan, la verdad! —dice Julia en broma.

—Ahora sabes lo que se siente, *cuñada* —la pincha Malek y nos reímos al ver que levanta el dedo del medio de su mano derecha.

—Hola —escuchamos a nuestras espaldas. Es la chica de las curvas, la que desató los celos más ingobernables que te puedas imaginar—. Alana, qué gusto verte. ¿Cuándo nos tomamos otro cafecito juntas?

Sí, ahora compartimos algún cafecito de vez en cuando. Me permití conocerla y me enfrenté a mis inseguridades como la mujer adulta que soy. Ya no quiero sentirme vulnerable o insegura.

—¡Sara, tanto tiempo! —digo, abrazándola.

—Las dejo. Les traigo un café a cada una y dejan de poner excusas —nos avisa Malek.

Me da un beso en los labios y se aleja.

—El bueno de Malek —murmura Sara.

Sonreímos las dos, asintiendo.

Nos hicimos amigas, o algo así. Y es que me recuerda a Celine. Es una mujer imponente, por dentro y por fuera. Está saliendo con Xavier. En realidad, no son novios. Se ven cuando ella llega a la ciudad: «retozan», cenan, conversan y él va asomando la cabecita al mundo gracias a ella. Le costó mucho asumir su divorcio y nos convertimos en compinches al compartir esa fea experiencia.

Te cuento un secreto: Malek está celoso de los dos, dice que lo dejamos de lado cuando estamos juntos.

¡No se puede ser más lindo!

Me observa desde el mostrador con esa sonrisa preciosa que tiene y la mirada que me roba suspiros, y ya no puedo pensar en nada coherente.

Soy feliz.

Él me hace feliz.

Yo misma me hago feliz.

Tengo más de lo que pensé tener después de David.

Una vez, hace años ya, soñé que sin él no podría vivir. Me aterraba la idea de que fuese verdad y no supiese cómo seguir.

Aposté a ese amor con los ojos cerrados y el corazón abierto. Me defraudé por la elección. ¡Dolió tanto sentirse perdida!

Por suerte, David no consiguió convencerme de que no sirvo para nada, aunque lo intentara. Pude evitarlo, tuve suerte, fortaleza o lo que fuese. Hay mujeres que no salen tan bien paradas como lo hice yo. Voy a un grupo de ayuda, sé de lo que hablo. Puedo confirmar que tuve suerte al salir, antes de que fuese imposible, de una relación tóxica, mala, sucia.

Aquello no era amor.

«Nadie te amará como yo. Nadie, mi amor», me decía David.

Y es cierto, nadie me amó como él y ojalá ninguna otra persona, jamás, vuelva a hacerlo.

Me suena el móvil, interrumpiendo mi conversación con Sara, y me disculpo para atender a Val.

—No encuentro a Celine por ningún lado. ¿Qué sabes de ella?

Fin

¿Te gustó el libro?
Me encantaría saber cuánto. Me haría feliz conocer tu opinión. ¡Gracias!

Lee o toca el código



Agradecimientos

Escribir un libro es una aventura que, aunque comienza en soledad frente a la pantalla, no podría completarse sin el apoyo de muchas personas. Al final del camino, son ellas las que, de una forma u otra, hacen posible que esta historia llegue a tus manos. Quiero tomarme un momento para reconocerlas y agradecerles.

A mi familia, mi refugio incondicional, por comprender mi necesidad de desaparecer en un mundo imaginario cuando la inspiración me llama. A mi esposo, que siempre me apoya aunque tenga que escuchar mis ideas en horas absurdas, y a mis hijos, que siempre que tienen una oportunidad, hablan de su madre escritora.

A mis amigas escritoras, compañeras en esta montaña rusa creativa, por los consejos, los empujones cuando los necesito, por las críticas constructivas y por recordarme que cada palabra importa. Ustedes hacen que este viaje sea más llevadero.

A mis lectoras cero, Roseline Moyle, Yolanda Bordoy Arizay Maca Oremor (de El rincón de maca) gracias por ser mis primeras cómplices en esta aventura. Su paciencia, honestidad y entusiasmo dan vida a mis personajes antes de que lleguen al mundo. Y a mi talentosa portadista, Luce Monzant, por captar con su arte la esencia de cada historia.

A mis lectoras y lectores, los que me siguen desde hace años y los que recién me descubren. Gracias por emocionarse, suspirar y sufrir con mis personajes, por los mensajes que me envían, las recomendaciones que hacen y por dejarme entrar en sus vidas.

Y, por último, a ti, que estás leyendo estas líneas. Gracias por darme una oportunidad de darle vida a Alana y Malek en tu imaginación y por permitir que mis novelas encuentren un lugar en tu corazón. Los lectores como tú son lo mejor que nos puede pasar a los autores. Espero que disfrutes de este libro tanto como yo disfruté creándolo.

Ivonne

Sobre la autora



Ivonne Vivier no es mi nombre real, es mi seudónimo. Con él vivo historias de amor apasionado y dejo volar todas mis fantasías para crear romances de esos que roban suspiros. Desde que me atreví a escribir mis primeros párrafos, descubrí que esta era mi verdadera pasión.

Soy argentina, nací en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque, actualmente, resido en Estados Unidos. Estoy casada y tengo tres hijos, que ya aprendieron a volar solos.

Como madre y esposa, un día me encontré atrapada en la rutina diaria y me animé a volcar mi tiempo a la escritura.

Desde entonces, disfruto y aprendo dándole vida y sentimientos a mis personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano. Lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una necesidad.

Nota de la autora:

Si te ha gustado la novela / libro me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido (Smashwords, iBooks, Amazon, etc.) o en cualquiera de mis redes sociales. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Facebook Instagram TikTok

Los libros de Ivonne

Scan Me



Desde el año 2017, cuando comencé a escribir, hasta hoy, publiqué estos libros:

Libros autoconclusivos:

—**Helena, la princesa de hielo**. http://rxe.me/3T17XC

Helena Mackenzie es autoritaria, fría y calculadora, es por eso que la llaman Princesa de hielo en la industria de la tecnología.

Alex Caseros es decidido, racional, atrevido, tanto, que le promete convertirla en Reina, con un ambicioso proyecto.

Son diferentes, incompatibles y apasionados, el combo perfecto para complicar la relación laboral y transformarla en un desastre con demasiadas consecuencias que enfrentar.

Alex tiene que transformar a la Princesa en Reina, ¿o la convertirá en «simplemente» Helena?

Disfruta de esta segunda edición de la primera novela publicada de Ivonne Vivier, autora de más de diez novelas de romance erótico.

—**Besos de café y cerveza.** https://rxe.me/TT9X9D

«¡Mírame! —le ordenó con voz ronca y ella obedeció. Matías no controló su cuerpo ni su jadeo y ella se agitó ante esa orden que jamás dudó de cumplir. Los dos quedaron atónitos ante sus reacciones».

Sabrina es una sensible mujer de veintisiete años con una vida simple y una personalidad insegura. Es vulnerable y tímida, por ese mismo motivo, cuenta con un escaso, aunque memorable, historial amoroso.

Matías es un hombre con ideas algo antiguas y machistas con las que lucha a diario, y una juventud cargada de demasiadas experiencias. Por esa razón no puede creer que una mirada vergonzosa y un par de mejillas sonrojadas lo desestabilicen a tal punto de hacerle replantear alguno de sus más arraigados valores.

«Las hermanas de los amigos son intocables».

—Un inesperado segundo amor. http://rxe.me/XJXRJL

Un duelo, encuentros y un amor.

Maite tiene la vida hecha, no espera nada y no busca tampoco Es feliz con sus rutinas, sus sueños no cumplidos, sus amigos y su trabajo. Ya lloró, disfrutó, elaboró duelos y amó como nunca imaginó haber amado.

Luca, con su familia entristecida por la tragedia, intenta no ahogarse en el dolor y seguir avanzando, por sus hijos y por las promesas realizadas al amor de su vida, quien los abandonó para no volver.

Inesperadamente y en el lugar menos indicado, Maite se deslumbra con la inmejorable presencia de Luca y él comienza a replantearse lo que todos le

repetían, que su vida continúa.

Acobardados y desconcertados, se darán el permiso de conocerse y enamorarse. Aunque lo que comienza como un bonito romance se irá complicando tanto que las dudas pasarán a ser certezas, amenazando las ilusiones.

Maite y Luca tendrán que descubrir si pueden salvar el amor o la realidad inevitable arrasará con él.

—**Ven... te cuento (antología).** http://rxe.me/YGN7CL

Una recopilación de 11 historias cortas, algunas cargadas de romanticismo y otras solo de sensualidad, aunque todas sazonada con una pizca de picante. El condimento necesario para dejar en la mente del lector el saborcito de la fantasía.

—**Deseo compartido (Novela erótica)** https://rxe.me/K8HMWP

William es dueño de una enorme casa y alquila las habitaciones que no usa para poder costear los gastos, a pesar de ser poco social.

Benjamín es enfermero, es bromista, descarado y malhablado, pero nadie escapa a sus encantos.

Adriana es concertista de violín, ansiosa y extrovertida, también algo obsesiva y está un poco loca, así lo dice ella.

David es enamoradizo, tímido y vulnerable. Sus ojos y hoyuelos son sus armas letales, pero él no lo sabe.

Norah es una mujer complicada, con un pasado denso que sobrelleva como puede, y dueña de una sensualidad que deja a todos con la boca abierta.

Durante la convivencia surgirá la atracción, el deseo y la necesidad de rendirse ante él, sin compromisos y con libertad de elegir. Cada uno de ellos deberá lidiar con las consecuencias de sus actos y con sus cargas personales, convirtiendo la casa en una bomba a punto de estallar.

—**No entras en mis planes (HQÑ)** rxe.me/54JD2K

Cuando lo único que te queda es un futuro idealizado, ¿buscas el amor o juegas a enamorarte?

Emma ha cambiado de trabajo, pero sus objetivos siguen firmes: olvidarse de su corazón vacío y de su placer negado para encontrar a un hombre con una cuenta bancaria abultada. Nada va a interponerse en su camino. Ni nadie.

Pero el amor llega sin avisar...

Cuando conoce a Alan, ese hombre capaz de adorar todas sus imperfecciones y enseñarle el placer del cuerpo que sus experiencias le habían negado, deberá decidir.

¿Se arriesgará o dejará un corazón roto a cambio de lujos?

Serie amigos:

1— **Bilogía Aceptando el presente.** https://rxe.me/1983143774

El presente se encontrará amenazado por el pasado.

Al verse, después de diez años, Julián descubre una irresistible atracción por

Vanina, que ella corresponde con similar intensidad.

La realidad les impide ser más que amigos.

Deberán evitar cometer errores si no quieren lastimarse en el camino.

Amistad, pasión, despecho, amor, engaños… Las consecuencias pueden ser irreparables.

¿Serán capaces de evitar que eso suceda?

2— **Protegiendo tu sonrisa.** https://rxe.me/JQWYWP

Él buscaba algo que creía necesitar.

Ella no buscaba ni necesitaba a nadie, mucho menos, alguien como ese muñeco inflado.

Al conocer a Rodrigo, Mariel no imaginó que su vida daría tantas vueltas, ni que ese gigante risueño la expondría a circunstancias que hubiese preferido evitar.

Cuando Rodrigo vio a Mariel por primera vez, supo que ella sería la razón de muchos cambios. Esa preciosa sonrisa originó la promesa por la que lucharía sin descanso, incluso, cuando todo parecía acabar.

Serie Mujeres Fuertes:

1— **Sonya. Perdiendo a inocencia.** https://rxe.me/QC3H7X

Sonya es una joven tímida, dueña de una belleza y sensualidad indiscutibles con la que intenta lidiar desde pequeña, además de con su vida por momentos miserable. Cuando se ve catapultada en un santiamén a la fama por su nueva profesión de actriz, encuentra desafíos y una exposición que nunca imaginó. Se ve envuelta en actividades desconocidas y atrapantes de las que no sabe cómo salir ilesa. Por desgracia, vuelve a confirmar que su belleza no es un regalo, sino una trampa que le abrió muchas puertas, sí, aunque algunas deberían de haberse quedado cerradas.

Los cambios de su vida se fueron sucediendo sin proponérselos, salvo el más drástico, con el que dejará a todos sorprendidos y preguntándose qué ha pasado.

2—**Mónica. Sin adornos ni maquillaje.** https://rxe.me/LG7D3H

Mónica, en plena crisis tardía de los cuarenta, tiene un esposo, un amante y un mejor amigo, además de dos hijos y una realidad muy diferente de la que intenta mostrar de las puertas para afuera.

Nunca quiso asumir que su vida era una constante mentira, y hacerlo le obligó a tomar decisiones que la modificaron por completo.

Ahora, le toca lidiar con las consecuencias.

3— **Luna. Fiel a sí misma** https://rxe.me/5WTPZF

Luna Romans es una mujer divertida, alocada, políticamente incorrecta, sincera y libre, sobre todo, libre.

Esa libertad se verá truncada por alguna que otra circunstancia imprevista y su futuro dependerá de tan solo una complicada decisión.

El asumir las consecuencias de sus actos marcará un antes y un después en su vida, desencadenando con ello una serie de sucesos con los que nunca esperó lidiar.

Con tantos cambios ¿será capaz de mantenerse fiel a sí misma?

Serie Hombres:

1—Mauro. De regreso a casa rxe.me/JDXY4L

Mauro Zaldívar, hoy, es un reconocido director de cine, a pesar de su juventud.

No hubiese querido cambiarse el apellido, no obstante, fue la consecuencia de haber decidido ser una Drag Queen, siendo hijo del gran Leonardo Arguiazabal.

De poder elegir, hubiese preferido ser siempre el mismo y nunca tener que probar suerte lejos, en un país desconocido, buscando la aprobación que no conseguía manteniéndose cerca y huyendo de un desamor.

La vida no es justa, sorprende e ilusiona, también defrauda. Mauro bien lo sabe, por eso, le preocupa lo que pueda encontrar en su vuelta a casa. Claro que él ya no es un jovencito vulnerable.

Ahora tiene una familia, una carrera y un futuro, también un gran dolor.

2— Bóxer. Un lobo solitario rxe.me/5M6BSM

Bóxer es un guardaespaldas con apariencia de hombre peligroso, tiene valores fuertes y posee un corazón enorme. Es un caballero responsable, sincero y solitario… es simple. Por eso, pretende una vida así: simple. No obstante, es un lio de consecuencias inesperadas de un amor del pasado, caprichos y enamoramientos incómodos, metidas de pata con quien menos deberían suceder y extorsiones peligrosas.

Bóxer hará lo imposible por volver a tomar las riendas. Aunque sea difícil, lo hará, porque no se dejará vencer, nunca lo hace.

2— Chris. Decodificando el amor https://rxe.me/899JX3

No todo es lo que parece.

Chris Olson, por ejemplo, no lo es. No es presuntuoso y, tampoco, ese simple muchacho despreocupado que aparenta ser.

Inmerso en su más ambicioso proyecto, conseguirá quitarse el velo que, hasta entonces, cubría sus ojos, demostrándose así que lo que lo rodea es mejor que lo que en realidad ve. Mientras esto sucede (y con la compañía menos pensada), se enfrentará con aquel pasado olvidado para convertirlo en un presente que disfrutará gracias a una libertad mental y emocional que no sabía que poseía.

Chris Olson decodificará emociones y sentimientos, reconociendo que no todo es lo que parece, ni siquiera él.

Colección Romance y Sonrisas:

1— Los enredos de Bárbara Ross: https://rxe.me/Z7XJQC

Bárbara Ross tiene dos trabajos, un compañero insufrible (que está

buenísimo), un cliente que la pone tontorrona y un chantaje en su casilla de correos electrónicos.

Algo va a salir mal, sobre todo, si su referente en soluciones y consejos es Malaika, su inseparable amiga (sin filtro).

Enredos, confusiones, estadísticas dudosas y diálogos hilarantes en una enmarañada comedia romántica poco romántica y, quizá, no tan comedia. Enmarañada, seguro.

2—Un amor a prueba de clichés: https://rxe.me/62486S

La vida de Manuela es un **torbellino de emociones**. Vive en una nube de ideas propias, alimentadas sin piedad por las innumerables **novelas de romance** que consume.

Los clichés románticos son su perdición y su obsesión por ellos la arrastra a situaciones impredecibles en su **lugar de trabajo**. Allí, vivirá situaciones tragicómicas, descubrirá que el amor no sigue ningún guion y tendrá que enfrentarse a las **expectativas románticas impuestas por los clichés.**

Disfruta de los giros inesperados de esta comedia romántica.

3—Ni highlander, ni vikingos. Una de policías: https://rxe.me/FGN56R

Cloe Villar, una joven despistada, explosiva y que carece por completo de experiencia, decide convertirse en escritora con un único objetivo: independizarse. En un intento desesperado por lograrlo, se encontrará inmersa en situaciones tan caóticas como cómicas, revelando no solo sus límites y escasos conocimientos en la materia, sino también la formidable capacidad de meterse en problemas con la ley el orden.

Yago es la «ley y orden» que se cruza en el camino de Cloe. Tendrá que lidiar con las locuras de la temeraria mujer, enfrentándose a escenarios disparatados que lo llevarán a desafiar las normas establecidas.

***Mientras ella busca su voz en el mundo literario, él tendrá que solucionar el caos que eso va dejando a su paso*.**

4—La chica que coleccionaba canciones: https://rxe.me/G32JS6

Mila es divertida, espontánea y siempre lleva una sonrisa en el rostro. Aunque su canto sea algo... cuestionable, eso no la detiene, y menos cuando la vida la sorprende con un giro inesperado, literalmente, poniéndole en frente a *Brad Pitt*.

Calvin tenía un sueño y cumplirlo es solo cuestión de días. Nunca imaginó que salir a correr, como cualquier otra mañana, trastocaría sus planes, «todos» sus planes.

Prepárate para divertirte en una comedia romántica donde ella canta en lugar de hablar y él ladra pero no muerde.

**Además, participé en las antologías multiautor: Historias de amor en tu biblioteca (Librománticas) y Sensaciones divinas (Divinas lectoras).